

ANNE YOUNGSON

Nos  
**VEMOS**  
en el  
**MUSEO**



MAEVA

D.J.57

Nos  
**VEMOS**  
en el  
**MUSEO**

ANNE YOUNGSON

*Traducción:*  
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

# Índice

Portada  
Dedicatoria  
Cita  
Nos vemos en el museo  
Nota de la autora  
Agradecimientos  
Notas  
Sobre la autora  
Créditos

Apreciados lectores y librereros:

Es maravilloso tener la ocasión de escribiros para hablaros de mi primera novela, *Nos vemos en el museo*.

Cuando se oye hablar de un escritor novel, probablemente uno no se imagina a una abuela jubilada con tres nietos. Aunque llevo toda la vida escribiendo en mis momentos de ocio, he tardado en llegar a la escritura como profesión. Tras estudiar Literatura Inglesa en la universidad, mi carrera laboral se desarrolló en la industria automovilística y no empecé a tomarme en serio la escritura hasta que me prejubilé. Tal vez parezca una trayectoria extraña, partir de la literatura y pasar por la producción industrial para terminar regresando a la literatura, pero tiene su lógica, al menos para mí. Tiene que ver con la curiosidad y la resolución de problemas. Me encantaba leer y aprender, y al mismo tiempo quería ser capaz de resolver cuestiones prácticas. Pero hasta que no entré en las calmadas aguas de la edad madura no comprendí que la escritura también es una forma de resolver problemas, porque ¿para qué escribimos si no es para buscar sentido a lo que vemos y experimentamos, para poner orden en las cosas y darles una forma coherente?

Cuando empecé a escribir *Nos vemos en el museo* no tenía planeado que todo el libro adoptara un estilo epistolar, pero descubrí que podía explorar lo que quería contar sobre mis personajes, sus vidas y sus pensamientos a través de la correspondencia que intercambiaban. Si hubiera optado por una narración más formal, habría marcado una distancia entre esas dos personas, y entre ellas y el lector. De modo que seguí así.

Si tenéis la ocasión de leerlo, espero que veáis algo de vosotros reflejado en la historia de esta esposa de granjero de Inglaterra y el director de un museo de Dinamarca. Sea como sea, muchas gracias por estar ahí y por la importante labor que lleváis a cabo.

Cordialmente,  
Anne Youngson

Para Frank, Cormac y Holly, mis queridos jovencitos

Algún día iré a Aarhus  
a ver su cabeza marrón como la turba,  
las suaves vainas de sus párpados,  
su puntiaguda gorra de cuero.

De *El hombre de Tollund*, Seamus Heaney

EXTRACTO DEL PRÓLOGO de *La gente de la ciénaga* de P. V. Glob (Marbot Ediciones, 2012): el profesor Glob responde a un grupo de alumnas que han contactado con él por los recientes descubrimientos arqueológicos. Su libro, *La gente de la ciénaga*, está dedicado a las estudiantes que se animaron a escribirle:

Queridas niñas:

Al regresar a casa desde los desiertos de los emiratos encontré sobre mi mesa vuestra carta, tan llena de entusiasmo. Me despertó el deseo de contaros a vosotras, y a muchas otras personas interesadas en nuestros antepasados, algo más sobre los apasionantes hallazgos de las turberas danesas. Por eso he escrito la «larga carta» que ocupa las páginas siguientes, para vosotras, para mi hija Elisabeth, que tiene vuestra misma edad, y para todos cuantos quieren saber sobre la Antigüedad algo más de lo que se puede leer en las descripciones y los tratados científicos que hay sobre este tema. Como no me sobra el tiempo, la carta ha tardado mucho tiempo en estar terminada. Pero aquí está. Vosotras sois ya mayores y quizá podréis comprender mejor lo que escribo sobre la gente de las turberas de hace dos mil años.

Con afecto,

P.V. Glob

13 de agosto de 1964

*Bury St Edmunds*  
*22 de noviembre*

Estimado profesor Glob:

Aunque nunca nos hemos visto, usted me dedicó un libro una vez; a mí, a otras trece compañeras de estudios, y a su hija. Fue hace más de cincuenta años, cuando yo era joven. Ahora no lo soy. Últimamente le doy muchas vueltas a este asunto de no ser ya joven, y le escribo para ver si me puede ayudar a dar sentido a alguno de los pensamientos que se me ocurren. O quizá tengo la esperanza de que solo con ponerlos por escrito cobren sentido, porque no confío demasiado en que me responda. Que yo sepa, podría estar usted muerto.

Uno de esos pensamientos trata sobre los planes que nunca se llegaron a realizar. Ya sabe a qué me refiero: si sigue vivo, debe de ser usted un hombre muy mayor, y le habrá sucedido que algo que pensaba que pasaría cuando era joven, nunca llegó a producirse. Por ejemplo, podría haberse prometido practicar algún deporte, o dedicarse a un hobby, arte o manualidad. Y ahora se encuentra con que ya ha perdido la capacidad física o el aguante para ponerse a ello. Existirán razones para explicar por qué nunca lo intentó, pero ninguna es lo bastante buena. Ninguna es definitiva. No puede decir: tenía planeado apuntarme a clases de pintura al óleo, pero no pude porque resulta que soy alérgico a los componentes químicos de la pintura. Lo que pasa es que la vida avanza día a día y ese momento nunca llega. En mi caso, me prometí viajar a Dinamarca para visitar al hombre de Tollund. Y no lo he hecho. Sé, por el libro que usted me dedicó, que solo se conserva su cabeza, no sus hermosas manos y pies. Pero el rostro es suficiente. Tengo esa cara, tal y como aparece en la cubierta de su libro, clavada en mi pared. La veo todos los días. Cada día tengo presente su serenidad, su dignidad, su gesto de sabiduría y resignación. Es como el rostro de mi abuela, a la que apreciaba mucho. Sigo viviendo en East Anglia, ¿a cuánto queda el Museo de Silkeborg? ¿Mil kilómetros en línea recta? Es como ir y volver de Edimburgo. Y yo he ido y he vuelto de Edimburgo.

Pero esta no es la cuestión, aunque resulte desconcertante. ¿Qué he hecho mal para no haber sido capaz de hacer el pequeño esfuerzo necesario, teniendo en cuenta que el rostro del hombre de Tollund ocupa un lugar tan central en mis pensamientos?

Hace frío en East Anglia, frío y viento, y me he tejido un pasamontañas para tener calentitos el cuello, las orejas y la cabeza cuando paseo al perro. Al pasar frente al espejo del recibidor antes de salir por la puerta, me veo de perfil y pienso en cuánto he terminado pareciéndome a mi abuela. Y, al parecerme a ella, mi rostro se ha convertido en la cara del hombre de Tollund. Los mismos pómulos marcados, la misma nariz afilada. Como si me hubieran conservado durante dos mil años y siguiera existiendo. ¿Cree usted que es posible que pertenezca, por algún retorcido vínculo, a la familia del hombre de Tollund? Entiéndame, no es que pretenda darme importancia. Debemos de ser muchos en la familia; miles. Veo a otra gente de mi edad, en autobuses, paseando a sus perros o esperando a que sus nietos elijan un helado de la furgoneta, que posee en sus rostros los mismos rasgos que el hombre de Tollund, la misma mezcla de serenidad, humanidad y dolor. Pero son muchos más los que no poseen ninguna de esas cosas y cuyas caras son indiferentes, indefinidas, demacradas o necias.

La verdad es que quiero ser especial. Quiero dar importancia a la conexión que se produjo entre usted y yo en 1964, y que se remonta hasta un hombre enterrado en una ciénaga hace dos mil años. No estoy siendo muy congruente. Por favor, no se moleste en responder si considera que no merezco que malgaste su tiempo.

Atentamente,  
Sra. T. Hopgood

*Museo de Silkeborg  
Dinamarca  
10 de diciembre*

Estimada señora Hopgood:

Respondo a su carta dirigida al profesor Glob. El profesor Glob falleció en 1985. De seguir con vida, ahora tendría ciento cuatro años, lo cual no es imposible pero sí improbable.

Creo que en su carta plantea dos preguntas:

1. ¿Hay algún motivo por el que no debería visitar el museo?
2. ¿Existe la posibilidad de que esté remotamente emparentada con el hombre de Tollund?

En respuesta a la primera, le animo a hacer el esfuerzo, que no tiene por qué ser muy grande, de visitarnos. Hay vuelos regulares desde Stansted o, si lo prefiere, desde Heathrow o Gatwick, al aeropuerto de Aarhus, que es el más conveniente para llegar a Silkeborg. El museo abre todos los días de diez a cinco, excepto en invierno, cuando solo abre los fines de semana de doce a cuatro. Además del hombre de Tollund, aquí podrá ver a la mujer de Elling y una exposición que recoge todos los aspectos de las personas que vivieron en la Edad del Hierro; por ejemplo, en qué creían, cómo vivían, cómo extraían y trabajaban el mineral que da nombre a ese período. También debo corregir algo que decía en su carta. Aunque solo se conserva la cabeza del hombre de Tollund, el resto del cuerpo ha sido recreado. La figura que verá, si nos visita, tendrá el mismo aspecto que cuando lo sacaron de la ciénaga, incluyendo manos y pies.

En respuesta a su segunda pregunta, el Centro de Geo-genética de nuestro Museo de Historia Natural está actualmente intentando extraer ADN de los tejidos del hombre de Tollund, lo cual nos ayudaría a comprender sus vínculos genéticos con la población danesa de hoy en día. Habrá leído en el libro del profesor Glob que el dedo índice de la mano derecha del hombre de Tollund presenta un patrón cubital común al sesenta y ocho por ciento de la población

danesa, lo cual nos hace confiar en que este estudio pueda encontrar esos vínculos. A través de los vikingos, que llegaron más tarde a Dinamarca, pero que se cruzaron con la población existente, es más que probable que haya ciertos genes compartidos con la población del Reino Unido. Por eso, diría que es bastante factible que exista una conexión de parentesco, por leve que sea, entre usted y el hombre de Tollund.

Confío en que esta información le resulte de utilidad, y quedo a la espera de conocerla si nos visita.

Saludos,

El Conservador del Museo

*Bury St Edmunds*  
*6 de enero*

A la atención del Conservador del Museo:

Ha sido generoso por su parte que haya contestado a mi carta dirigida al profesor Glob y que haya intentado dar respuesta a lo que usted interpretó como preguntas mías. Pero no lo eran. La razón por la que no les he visitado no tiene nada que ver con los problemas que supone viajar. Aunque ya he cumplido los sesenta, estoy bastante en forma. Podría ir mañana mismo. Pocas veces en mi vida he dejado de estarlo. Dejando a un lado los embarazos y una vez que me rompí una pierna, siempre he sido físicamente capaz de subirme a un avión, o incluso a un ferri, rumbo a Dinamarca.

Siendo este el caso, me veo obligada a considerar cuáles deben de ser los auténticos motivos, porque su respuesta a una pregunta no formulada me ha dado ganas de sincerarme conmigo misma. Por favor, tenga en cuenta que escribo para buscar un sentido a mi vida. No es necesario que se preocupe por nada de esto. No espero que me responda.

Mi mejor amiga en la facultad se llamaba Bella. Este no era su nombre de pila y no es el que aparece en la dedicatoria del profesor Glob: es un apodo, nacido de la capacidad que tenía para pronunciar palabras italianas. Se le daban fatal los idiomas a la hora de aprender a usarlos para comunicarse, pero sabía representarlos hermosamente. Su palabra preferida era *bellissima*. Era capaz de añadir una carga de sentido a cada sílaba, que variaba según el contexto, de modo que la palabra parecía tener más significados cuando ella la pronunciaba que los que en realidad poseía. De hecho, todo lo que decía tenía más sentido, más intensidad, que cuando otra persona usaba esas mismas palabras.

Nos hicimos amigas desde el primer día que nos conocimos, que fue nuestro primer día de universidad. Ella era más vibrante que yo; aventurera, vivía el momento. Me aportó energía y confianza, y la quería por eso. Creo que lo que ella adoraba en mí era la estabilidad. Yo siempre estaba ahí, con una mano

dispuesta a sostener la suya. Fuimos amigas toda nuestra vida. Toda su vida, porque yo sigo viva, como ya sabe, pero ella no. El tiempo pasaba mientras hablábamos del momento en que iríamos a visitar al hombre de Tollund. Como ve, siempre estábamos a punto de hacerlo, pero nunca lo hicimos. Para empezar, no queríamos malgastar ese sueño sin disfrutar antes de la ilusión de tenerlo. También es posible que nos diera un poco de miedo que no fuera lo que nos esperábamos. Teníamos la ilusión de que se tratara de una de esas experiencias que te marcan en cierto modo. No sabíamos decir cómo, y existía el riesgo de que no fuera así. Nuestras amigas de la facultad habían ido en tropel nada más publicarse la traducción de *La gente de la ciénaga*, si no antes. Todas habían vuelto con una sensación aún más fuerte de estar unidas al hombre de Tollund, al profesor Glob y a todo lo demás. A Bella y a mí nos parecían superficiales y poco merecedoras de ello, y considerábamos que la experiencia que habían tenido había sido trivial en comparación con la que íbamos a vivir nosotras. Algún día.

Entonces, antes de que llegara el momento adecuado para el viaje, las dos cometimos el error de casarnos demasiado jóvenes. Yo lo hice con el padre del hijo que llevaba en mi vientre, y acabé encenagada, casi literalmente, en la vida de esposa de un agricultor. He tenido bastantes ocasiones para reflexionar sobre los siglos que pasó el hombre de Tollund en la turba, mientras seguía las vetas de cieno de diferentes colores por la pendiente de una acequia y me preguntaba cuál de ellas elegiría como colchón y edredón para un largo sueño. He pasado mi vida enterrada. El error de Bella fue bastante diferente. Se casó con un italiano. A veces pienso que si no le hubiéramos puesto aquel apodo, no se habría casado con él. Era un hombre ladino y manipulador. Después de pasar un rato con él, me quedaba la sensación de haber estado comiendo pasteles de nata y patinando sobre hielo al mismo tiempo. Aquel hombre apabullaba a Bella. La fue desgastando, y cuando estuvo casi transparente y vacía, el hombre se marchó a Italia con su niña, con la hija de Bella. ¿Verdad que no parece imposible que una mujer pueda recuperar a una hija que se ha ido a Milán? Pues lo fue. Había mucha gente implicada, tirando en distintas direcciones, todos resueltos a ganar, de un modo u otro. Cada una de esas partes (la Iglesia católica, los tribunales, los servicios sociales) estaba convencida de que su opinión era la correcta. Yo nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Tras una década, la facción italiana consiguió la victoria final y Bella también se marchó a vivir a Italia para estar cerca de su hija.

En la década anterior a su partida, en los momentos más oscuros, alguna de las dos sugería que nos fuéramos a Dinamarca, y la otra lo vetaba. Yo decía: «Si

viéramos el rostro del hombre de Tollund, nos prestaría un poco de su paz». Y ella respondía: «El propósito del hombre de Tollund es el largo plazo. Ver pasar los siglos. Yo no puedo aceptar el largo plazo».

O ella decía: «Ya no lo soporto más. Vámonos a Dinamarca. Nos sentiremos como cuando éramos jóvenes, llenas de esperanza». Y yo respondía: «Ya no somos jóvenes, aunque lo seamos, y tenemos que zanjar este asunto antes de empezar a pensar en tiempos mejores».

Cuando todo terminó, yo me quedé en casa con el ganado, las cosechas y mis hijos. Nos veíamos, claro, viajábamos aquí o allá, pero las preocupaciones de la mediana edad nos volvieron seres corrientes. Pensábamos, nos preocupábamos y hablábamos de todas las cosas que parecen importantes cuando el tiempo que una tiene por delante y por detrás está más o menos en equilibrio: el dinero, la salud, el aspecto físico, las parejas, los niños. En esa época casi no mencionábamos al hombre de Tollund, aunque creo que las dos comprendíamos que seguíamos esperando visitarlo, y que ambas sabríamos cuándo había llegado el momento adecuado.

Después de su regreso de Italia, Bella enfermó. Entraba y salía del hospital, siguiendo este y aquel tratamiento, y siempre, siempre, hablando de cuando se pusiera mejor. Esta vez lo planeamos. Buscamos las formas de viajar, calculamos los costes, diseñamos un itinerario. Era como si estuviésemos a punto de completar un círculo, llegando hasta el hombre de Tollund al final de nuestras vidas, igual que habíamos hecho al principio. Alargando el brazo para coger una mano preservada del pasado, confiando en formar parte de una cadena que en cierto sentido nos conservaría para el futuro.

Pero Bella murió antes de que pudiéramos llegar a ustedes. No sé si podré hacer el viaje sin ella. Nunca planeé hacerlo así.

Atentamente,  
Tina Hopgood

*Silkeborg*  
*20 de enero*

Estimada señora Hopgood:

Gracias por su carta, y por supuesto soy consciente de que mis respuestas no eran las que usted estaba buscando. Yo me dedico a los hechos. Recopilo y catalogo datos y artefactos de los cuales se deducen los hechos sobre la vida y la época del hombre de la Edad del Hierro. Mi mayor placer en el trabajo que hago consiste en especular sobre los hechos que no conocemos, porque el tiempo ha erosionado toda evidencia. Pero este no es, estrictamente, mi trabajo.

Estoy seguro de que me perdonará si le señalo aquellas partes de su carta que no concuerdan en general con los hechos tal y como los conocemos. En primer lugar, ha hablado de elegir estratos en las capas del suelo de Suffolk (usa una metáfora sorprendente para describir esto que a mí nunca se me hubiera ocurrido) como lugar para su descanso final, igual que la tumba del hombre de Tollund. Me he informado sobre la composición del suelo en su zona de East Anglia y he descubierto que es principalmente arcilla calcárea del último período de glaciación, con algunos depósitos arenosos más ligeros asociados a los valles de los ríos. Aunque en su país hay turberas, no creo que haya ninguna cerca de donde usted vive. El hombre de Tollund fue encontrado entre dos capas de turba y creo que a usted, para su sueño final, le costaría dar con un lecho así en las tierras de su esposo.

Existieron, por supuesto, asentamientos de la Edad del Hierro en su área de Inglaterra. Podría disfrutar de una visita a Warham Camp, una excavación bien conservada, o a Grimes Graves.

No querría ofenderla, pues veo que la muerte de su amiga ha sido difícil para usted, pero necesito corregir la idea que se ha hecho de que el hombre de Tollund «eligió» el lugar en el que su cuerpo fue abandonado y, finalmente, encontrado. La práctica habitual en aquella época, en la temprana Edad del Hierro, alrededor del año 600-300 a. C., era la incineración de los cadáveres.

Esta se realizaba mediante algún tipo de ceremonia y podemos suponer que era concebida como una forma de honrar al muerto y de asegurar un paso seguro al otro mundo. Una vez incinerado el cadáver, se recogían los huesos de entre las cenizas y se depositaban en urnas, o se envolvían en telas y eran enterrados, en ocasiones con una pequeña pieza de metal, un broche o un adorno. Son estos restos, en los túmulos funerarios, los que nos permiten hablar con certeza del modo en que se trataba la muerte.

El hombre de Tollund no falleció de muerte natural y, por lo que sabemos, no fue incinerado. Fue enterrado en un lugar muy alejado de cualquier asentamiento, en medio de una zona que poco tiempo antes había sido explotada para conseguir fuel, algo que, podemos estar seguros, era muypreciado por la gente entre la que vivió. Las temperaturas medias eran entre dos y tres grados inferiores a las actuales, y Dinamarca, incluso ahora, puede alcanzar en muchas noches de invierno los  $-10^{\circ}\text{C}$ . El fuel también era necesario para cocinar los granos de vegetal y hacer gachas; sabemos que esta era la dieta en aquella época por los contenidos de los estómagos de los cuerpos encontrados en las ciénagas y por otras evidencias. Los hombres de entonces temían las ciénagas. Eran lugares misteriosos; ni tierra, ni agua, sino algo intermedio. El hombre de Tollund no podría considerar aquel lugar como un sitio tranquilo en el que tumbarse para su descanso final. Todo esto es muy soso y aburrido, estoy seguro, y desearía tener la capacidad para llegar ya, con más elegancia, a la cuestión que quiero dejar clara: el hombre de Tollund, en mi opinión, fue un sacrificio destinado a honrar el poder que ofrecía la turba.

Bien, pasemos ahora al asunto de su visita largo tiempo pospuesta. Ha mencionado a su esposo e hijos. Si no desea hacer el viaje sola, ¿no podría venir con algún miembro de su familia? Yo también tengo hijos y suelen acompañarme a hacer cosas que yo no haría solo. Mi esposa, por desgracia, ya no está entre nosotros. Me complacen, creo que es la expresión en inglés. Será un placer para mí enseñarle el museo, si encuentra un modo de hacer el viaje.

Saludos,  
Anders Larsen, Conservador

*Bury St Edmunds*  
*9 de febrero*

Querido señor Larsen:

Es muy amable por su parte que siga escribiéndome. He descubierto que es una de las ventajas de hacerse mayor, la gente tiene tendencia a ser amable contigo: recogen cosas que se me caen, por ejemplo, o aguardan tranquilos detrás de mí en la cola mientras yo no consigo quitarme los guantes para abrir la cartera y pagar los artículos que intento comprar. Pero usted no me puede ver; está siendo amable con una desconocida que le escribe. De modo que gracias. También me ha contado algunas cosas que yo no sabía, y me siento avergonzada. Llevo toda la vida rodeada de este paisaje y nunca había comprendido su naturaleza, más allá de aspectos superficiales como su humedad, su desolación, su capacidad para dar frambuesas o su incapacidad para dar azaleas. Nunca he visitado ruinas de la Edad del Hierro; y pienso hacerlo. De verdad. Tengo una fecha marcada en el calendario en la que estaré libre y pienso ir entonces, pase lo que pase.

Sabiendo tanto como usted sabe sobre las personas que vivieron mucho antes que nosotros en unas circunstancias inconcebiblemente diferentes, y que dejaron tan pocas cosas, pero tan significativas... Sabiendo todo esto, ¿no es consciente de su propia insignificancia? Me gustaría que el inglés tuviera algún pronombre impersonal, como «uno», que ya nadie usa, porque esta última frase podría interpretarse como si yo estuviera afirmando que usted no es importante. Usted, Anders Larsen, conservador del Museo de Silkeborg, cuando lo que quiero decir es, ¿no sería uno consciente de lo insignificante que es la vida si supiera lo que usted sabe? (y aquí me refiero, en efecto, a usted).

Ha mencionado que la muerte de Bella me afectó. Es cierto, así fue. Todavía la echo de menos y me aflige su pérdida, pero ¿sabe?, ella se ha ido del todo, incinerada, como dijo que hacían los coetáneos del hombre de Tollund. Y sus cenizas fueron esparcidas sin dejar rastro. Al contrario que Bella, la gente de la

turbera parece que acabe de morir, o que no estén realmente muertos. Es como si estuvieran descansando a la vista de todos, atestiguando que han existido, que han vivido.

Estoy escribiendo cosas sin sentido, así que voy a dejarlo aquí.

Con mis mejores deseos,  
Tina Hopgood

*Silkeborg*  
*21 de febrero*

Querida señora Hopgood:

Que no se le pase por la cabeza que debe dejar de escribir. Sus cartas me hacen pensar, y me lo paso bien pensando, así que, por favor, no deje de escribir. En particular, he estado pensando en qué cosas son las que hacen historia, el tipo de historia que constituye mi campo de especialización. ¿Lo que permanece? ¿Y qué determina lo que permanece?

Primero pensé en la violencia. El hombre de Tollund y el resto de personas de las turberas sufrieron muertes violentas. Si no hubiera habido violencia, sus cuerpos habrían sido incinerados, como los de sus coetáneos. Además, si observo los artefactos de la época que han llegado hasta nosotros, veo cómo muchos de ellos servían para matar. Quizá por eso nos sentimos (yo también, como usted se imaginaba en su carta) insignificantes. Porque no vivimos de la violencia, y es improbable que vivamos de ella. Esto debe de ser algo bueno. Aceptaré la insignificancia a cambio de una vida tranquila.

Mi segundo pensamiento es la belleza. Entre los otros objetos que han sobrevivido, algunos son cotidianos y ordinarios, y se han conservado por casualidad. Pero la mayoría son hermosos. Los depositaban en las tumbas porque eran los mejores. O se conservaban como objetos de importancia religiosa que habían sido creados con el mayor esmero y atención a la belleza como tributo a los dioses.

Creo que la conservación de un objeto bello transmite un significado más allá de su apariencia, a aquellos que lo contemplan y lo manejan cuando quienes lo hicieron y poseyeron ya no están. He llegado a esta opinión no solo por lo que siento, y veo que sienten los visitantes del museo, al mirar una torques o un amuleto de fertilidad. Cuando falleció mi esposa, me dejó un brazalete que compramos juntos en nuestra luna de miel en Venecia, un sencillo aro de plata con un delicado diseño grabado en la superficie; algo que sostener, tocar y

estudiar atentamente para comprender su belleza. Lo analizo ahora que ella ya no está porque no tengo un lugar que visitar para sentirme más cerca de ella. Ni tumba, ni urna, ni un sitio donde estén esparcidas sus cenizas. De modo que veo este aro como un vínculo entre nosotros, aunque estemos separados para siempre. Le cuento esto solo para respaldar mi teoría de la belleza. No hay motivo por el cual no hubiera podido elegir, como amuleto para tenerla cerca de mí, un peine, un guante, un llavero o cualquier otra cosa que ella hubiese tocado miles de veces en su vida. Pero el brazalete es hermoso, y esas otras cosas no lo son.

Por favor, disculpe esta intromisión de mis asuntos personales en nuestra correspondencia.

Saludos,  
Anders Larsen

*Bury St Edmunds*  
*6 de marzo*

Querido señor Larsen:

No hay nada que disculpar. Yo también he entrado en temas personales, y, como usted, me lo paso bien pensando. De modo que seguiré escribiendo y esperando que me responda, pero no me ofenderé si no lo hace.

No estoy de acuerdo con usted respecto a la violencia. Vivo con ella y es degradante. Por supuesto, las mutilaciones y muertes que forman parte de mi vida cotidiana tienen que ver con animales, no con humanos. Pero es violencia, al fin y al cabo.

Cuando me casé, la matanza de los cerdos se hacía en la granja. El matarife era el marido de la dueña del pub local y su aspecto recordaba al de una araña: bajito, cuerpo redondo y piernas y brazos largos. Había adoptado una postura encorvada tras años de cargar barriles arriba y abajo por las escaleras de la bodega, y de llevar animales vivos y muertos. No tenía dientes y olía a sangre, excrementos y sudor. Si alguien vivía de la violencia, ese era él. Pero ahora está muerto, y si menciono su nombre en la tienda del pueblo, solo se acordarán de él tras pararse a pensar un poco, o ni siquiera eso.

Los cerdos que iban a ser sacrificados eran conducidos a un redil que estaba en un patio, junto a un cobertizo. Supongo que nunca ha tenido usted que relacionarse con un cerdo vivo. Son animales inteligentes pero físicamente incompetentes y tremendamente fáciles de guiar, basta con una vara apoyada en un lateral de la cabeza para llevarlos en la dirección que quieras. Su capacidad de visión es tan limitada en cualquier plano que no sea delante de sus narices, que es como si el mundo dejara de existir para ellos cuando no pueden ver. En inglés tenemos un dicho: «Como borrego al matadero», que se refiere a un inocente al que manipulan para dirigirlo al desastre. Siempre he pensado que este dicho debería usarse con los cerdos porque, en realidad, no es tan fácil conducir a los corderos hacia la muerte como en el caso de los cerdos.

Y me pregunto si sería así como se dirigió el hombre de Tollund a su muerte. Miro su rostro (en fotos, por supuesto) e imagino que debió, como un cerdo, dejarse conducir a la turbera y la cuerda, sin preocuparse por nada más que por seguir una línea recta. ¿Cree usted que habría allí un verdugo? ¿Un hombre que hubiera sido elegido, o que se hubiera presentado voluntario, para el puesto de sacrificar al hombre que era escogido o se presentaba por propia voluntad como ofrenda a los dioses? Ya lo sé, usted trabaja con hechos que se derivan de objetos y evidencias físicas. No estaba allí; ninguno de los que estuvieron dio cuenta de ello, ¿cómo vamos a saberlo?

La clave, diría yo, no es la violencia, sino el sacrificio. Mire a todos los santos. Se sacrificaron por su fe y en consecuencia forman parte del pan nuestro de cada día siglos después: en el calendario religioso; en los cuadros y esculturas de cualquier galería; en postales; recordados en los nombres de iglesias, calles, plazas y edificios. Pues claro que el sacrificio debía de merecer la pena, como el de los santos y el del hombre de Tollund, en el contexto de la época en que vivieron. Era un sacrificio por algo más grande que ellos mismos.

Yo siento que también he sacrificado mi vida, pero por nada. Me he sacrificado, en primer lugar, por las convenciones sociales de mis padres y sus contemporáneos, que me prohibieron abortar, o tener un hijo y seguir soltera. En segundo lugar, me he sacrificado por la granja. Mi marido (se llama Edward) está satisfecho mientras tenga tierras, cosechas, ganado y las faenas acabadas cada temporada que pasa. Yo no, pero como las estaciones se suceden inexorablemente y son tantas las tareas, no me puedo escapar. Hace tanto que realicé el sacrificio, era tan joven en aquel momento y me costó tantos años darme cuenta de que lo había hecho, que ya no soy capaz de decir qué fue exactamente lo que sacrifiqué; qué era lo que me hubiera proporcionado la satisfacción que Edward siente a diario. Quizá fuera el viaje a Dinamarca, eso pudiera haber sido suficiente. Pero el vacío que hay en mi vida es demasiado grande como para rellenarlo con un acto tan menor.

No quiero sonar como si me diera lástima a mí misma. No es así. He tenido mis momentos de alegría; nos lo hemos pasado bien juntos, Edward y yo, y estamos entrando en la edad madura en armonía. Tengo hijos y nietos que me han traído felicidad. Pero de principio hasta casi el fin, ¿qué me he perdido al descartar tantas opciones en una fase tan temprana de mi vida?

Acabo de levantar la vista del papel y he visto, por la ventana, a mi nieta más pequeña, una niña que todavía no ha cumplido los tres años, correteando por el jardín y parándose a meter sus guantes a través de la tapa de una alcantarilla.

Está en esa edad en que ponerse en cuclillas es tan sencillo como sentarse en una silla (hace tanto de eso que ya ni me acuerdo), y casi consigue que el guante atravesase los barrotes cuando su padre, mi hijo Tam, aparece y la recoge. Le seca las manos con su mono de trabajo y se la lleva. La niña chilla como los cerdos. Esto me ha hecho sonreír, me ha hecho feliz por un instante.

Pero hábleme más de su esposa. Quiero saber por qué no tiene tumba, ni urna ni cenizas.

Con mis mejores deseos,  
Tina Hopgood

*Silkeborg*  
*21 de marzo*

Querida señora Hopgood:

La historia de por qué no tengo una tumba, ni una urna, ni cenizas no me resulta fácil de contar, y quizá la reservaré para una futura carta si continúa escribiéndome, como así espero que haga, o tal vez para cuando visite el museo aquí en Silkeborg y nos conozcamos cara a cara. Yo puedo ver al hombre de Tollund cada día, si quiero, e igual que a usted, siempre me emociona su gesto de serenidad. Debería hacernos una visita.

Su última carta me hizo comprender lo diferentes que han sido nuestras vidas. Esto requiere una explicación, porque por supuesto nuestra experiencia podría parecer muy similar: ambos hemos nacido en un mundo posbélico y no hemos conocido un conflicto; ambos nos hemos casado y hemos tenido hijos; no hemos sufrido adversidades físicas. Pero mi vida ha estado consagrada al pasado, a objetos pequeños e inmutables hechos por el hombre. Cuando me despierto por la noche y me pregunto si, después de todo, no habré desperdiciado mis oportunidades y si debería haber hecho algo diferente con el tiempo y los dones que se me han concedido, me suelo asustar ante lo pequeñas que son las cosas que estudio y lo grande e inabarcable que es todo lo que representan.

Usted, por su parte, ha vivido en el vasto espacio del mundo natural, donde todo cambia. Me refiero a las estaciones, la tierra, el trabajo de la siembra, el cultivo y la cosecha, la fertilidad animal y sus consecuencias. Me pregunto si, cuando se despierta en mitad de la noche, también se asusta ante la enormidad de aquello con lo que tiene que lidiar día a día. ¿O es tan corriente para usted que no siente miedo?

¿Se despierta asustada? Supongo que a todo el mundo le pasa alguna vez. A mi esposa le sucedía con frecuencia cuando estaba viva, y yo me despertaba para calmarla. Nunca fue aburrida, ni una persona corriente. Cuando hablábamos de nuestros miedos y sueños, me hacía sentir en contacto con cosas que, de otro

modo, quedaban fuera de mi alcance. Ahora ella ya no está y no tengo a nadie más con quien hablar de estas cosas.

Concluyo, como siempre, con una disculpa. Usted no inició esta correspondencia para esto, para leer mis opiniones sobre conceptos que me resultan demasiado grandes para expresarlos como me gustaría, aunque mi inglés, como el suyo, fuera perfecto.

Con mis mejores deseos,  
Anders Larsen

*Bury St Edmunds*  
*2 de abril*

Querido señor Larsen:

Se equivoca, inicié esta correspondencia porque me asolan los mismos pensamientos que usted acaba de expresar de un modo muy sucinto y en un inglés excelente. Pero mi respuesta a este asunto deberá, como la historia de su esposa, esperar a otra carta, porque primero tengo una historia que contarle: he hecho una excursión. Le dije que visitaría un yacimiento de la Edad del Hierro en East Anglia, y lo he hecho. En el día que tenía marcado en mi calendario. Podrá parecer poco de lo que presumir. Decidí qué día ir y he ido. Pero para mí es un logro mucho mayor de lo que parece. Tengo el concepto de que los demás controlan sus vidas como un conjunto de cajas interconectadas, cada una acoplada perfectamente en la siguiente (como los Lego daneses, me doy cuenta mientras escribo esto, aunque lo que tenía en mi mente era algo más artesanal, menos artificial y colorido), y que se pueden mover de una caja a otra con un control total y con la absoluta seguridad de que es el momento adecuado para abandonar una caja y entrar en otra. Mi vida se parece más a una pila de leña. Aleatoria.

De cualquier modo, fui al castro de la Edad del Hierro de Warham Camp. Queda a unos ochenta kilómetros de donde vivo y conduje yo misma. Investigué los autobuses porque prefiero que un viaje se parezca a un viaje y no a salir de compras, pero hubiera sido imposible de compaginar con la tambaleante pila de leña que tuve que organizar para poder pasar tanto tiempo fuera de casa en ese momento en concreto. Para cuando hubiese preparado el desayuno, dado de comer a las gallinas, recogido los huevos y preparado el almuerzo, ya se me habría hecho demasiado tarde para partir. De modo que fui en coche. Iba a pasar directamente al relato de mis impresiones sobre Warham Camp, que revolotean en mi cerebro pidiendo que las ponga por escrito. Pero me contendré, para que pueda verlo como yo lo vi, como si hubiera viajado hasta allí.

Hacía un día precioso. El viento y la helada bastaban para que el aire cortase; el cielo azul y el sol eran suficientes para que todo resplandeciera. Durante el trayecto me molestaba el sol en la cara y tenía que mover la visera todo el rato para taparlo. No soy de esas mujeres (supongo que ya lo sabrá sin necesidad de que se lo cuente) que tienen gafas de sol. Tampoco tengo un sistema de navegación por satélite, pero me había memorizado los nombres de los lugares por los que tenía que pasar para llegar a Warham: Thetford, Swaffham y Little Walsingham, y llegué sin problemas.

Aparqué en el pueblo. No había señales, pero una mujer salió de la casa junto a la acera en la que había aparcado y lo primero que pensé es que venía a regañarme por haber dejado allí mi coche. Edward y Tam, mi esposo y mi hijo mayor, están siempre alerta ante cualquiera que parezca comportarse como si tuviera algún derecho sobre una sola pulgada de nuestras ciento sesenta hectáreas. Las sendas que cruzan nuestras tierras son una constante afrenta para ellos, y se saben las leyes de lo que se puede y no se puede hacer en una senda hasta el último subapartado. Por eso pensé que la mujer venía a informarme de que tenía derecho a disfrutar de las vistas desde su jardín sin la molestia de mi coche en primer plano.

—¿Le importa si dejo aquí mi coche? —pregunté.

—Claro que no —respondió—, no está prohibido. —Y se dispuso a podar sus rosas, que era claramente el motivo por el que había salido de su casa. Le pregunté cómo se llegaba a Warham Camp. Se acercó y señaló con sus tijeras la dirección que debía seguir. Me dijo que, si estaba interesada en yacimientos antiguos, debería ir también al túmulo de Fiddler's Hill.

—En ninguno de los dos sitios encontrará algo que no sea montones de tierras cubiertos de hierba —dijo—, pero los dos son lugares bonitos, y hace un día perfecto.

Me puse en marcha. Llevaba todo lo que necesitaba en una mochilita que uno de mis hijos usó en el pasado para ir al colegio, y creo que me hacía caminar con la espalda más recta de lo habitual, así que avancé más erguida y con la cabeza alta, mirando todo lo que me rodeaba como si luego me fueran a hacer un examen sobre lo que había visto. Que es lo que estoy haciendo ahora, en cierto modo. Por favor, considere esta carta como el texto de mi examen. Corríjame con bolígrafo rojo y puntúeme sobre diez.

Era una carretera estrecha y no me crucé ningún coche, solo un pelotón de ciclistas, vestidos de licra, que conversaban entre ellos. Me puse a imaginar lo que iba a encontrarme cuando llegase al lugar y me di cuenta de que no tenía ni

idea de lo que me esperaba, aunque lo había buscado en internet. Empecé a temer que mis expectativas fueran demasiado altas y que acabara llevándome una decepción.

Llegué a un puentecito y me detuve a contemplar el agua que pasaba por debajo. Tres mujeres me adelantaron, caminando en la misma dirección que yo. Llevaban botas y bastones de senderismo, y esas chaquetas diseñadas para el aire libre que cuestan más de lo que una persona inteligente se gastaría. Esta última frase es de mi esposo y se coló en mi mente, no porque me parezca bien condenar a esas mujeres, sino para evitar sentirme fuera de lugar con mis botas de cremallera que me pongo para salir a dar de comer a las gallinas, una mochila de niño y un viejo anorak guateado con el relleno asomando por los muchos enganchones con las alambradas. Una de las mujeres también llevaba una mochila con muchos bolsillos, algunos de malla, y era alta y fornida. La segunda mujer era bajita y guapa. La tercera, delgada y fea, con unos desafortunados pantalones que le quedaban muy holgados y muy cortos.

—Hermoso día —dijo la alta cuando me adelantaron.

Las dejé caminar un buen trecho antes de reanudar mi marcha. Pensé que ellas, como yo, se dirigirían al castro de Warham y me molestó. Había venido hasta aquí con la intención de sentirme cerca de la gente que vivió hace mucho en este lugar; parientes, tal vez, del hombre de Tollund. Ahora iba a tener que compartir el sitio con tres mujeres que, me imaginé, simplemente iban a tacharlo de forma inconsciente de su lista y a añadirlo a la de lugares destacados que habían visitado. En aquel momento deseé con desesperación tener a Bella conmigo. Alguien que comprendiera la confusión de ideas en mi cabeza que me llevaba a pensar que esta excursión era importante, visitar un montón de tierra en mitad de ninguna parte. Al contrario que las mujeres que iban por delante, Bella no llevaría el calzado adecuado (no solo en esta ocasión, la verdad, sino prácticamente siempre se podía confiar en que Bella llevaría en los pies algo completamente inapropiado para la situación). Me entraron ganas de poder decir «Mira eso» a alguien a mi lado, y saber que esa persona comprendería mis intenciones, aunque no hubiera nada que mirar.

«Estoy mirando», habría dicho Bella. «Solo veo matojos de hierba, pero son los matojos sobre los que están nuestros pies, nuestros cuatro pies. Vamos a mover los dedos de los pies.»

Entonces se me ocurrió que, si no en ese momento, luego podría decirle «Mira eso» a usted, en una carta. Espero que no le parezca presuntuoso, darle el papel de sustituto de la mujer que fue mi mejor amiga, pero estas cartas me empiezan a

parecer como si estuviera hablando con ella.

La carretera pasaba junto a un campo arado y por costumbre me detuve a ver si era capaz de identificar el cultivo que se había plantado (un cereal, demasiado pronto para decir cuál). Para cuando llegué a la entrada de Warham Camp, las mujeres no estaban a la vista. El camino que llevaba al yacimiento estaba flanqueado por setos y la escarcha se mantenía sobre la hierba; todavía podía ver las huellas de sus botas. Elegí una ruta cerca del seto donde no se habían posado sus pies, e intenté seguirla, como si sintiera que tenía más derecho a estar allí que las mujeres mejor vestidas que me precedían.

Pero cuando llegué al anfiteatro, ¿es la palabra correcta?, ya no me importaba un pimiento que hubiera más gente, gente viva, allí conmigo. Me pareció un lugar para los vivos y no lo que me esperaba, algo parecido a la cripta de una iglesia, donde los muertos tienen prioridad sobre aquellos que seguimos en pie. No sé a qué se debía: el brillo del cielo, las madrigueras de conejos y topos, los bancos cubiertos de un césped muy limpio pero natural, como si los hombres que los hubieran creado pudieran aparecer en cualquier momento por la cresta con sus guadañas, palas o rebaños de ovejas.

Me dirá, usted que sabe tanto, que por supuesto que no es un lugar para los muertos. No es un espacio de enterramiento ni un túmulo, sino un sitio donde la gente vivía. He estado pensando mucho, mientras preparaba la visita y durante el viaje, sobre el pasado enterrado, y ahí estaba yo, donde había vivido gente, y no había pensado en eso en absoluto. Los montículos en el flanco de los terraplenes eran como bancos donde una se podía sentar, y eso hice. Me senté y comencé a imaginar qué podría haber ocurrido en el espacio que tenía ante mí, y al momento me di cuenta de que no lo sabía. Tenía tantas ganas de venir, estaba tan convencida de que me emocionaría, que no me había preocupado por investigar ningún hecho. Me quité la mochila y saqué las páginas que había impreso de internet. Parecía totalmente fuera de lugar estar sentada en un día como aquel en un lugar como ese y pasar el tiempo mirando un papel. Comprendí, como nunca antes, cómo se siente mi esposo Edward. Él nunca recurre al mundo de lo escrito para descubrir lo que quiere saber. Prefiere confiar en el instinto, en la experiencia, en la textura del suelo y la dirección del viento, en las palabras de consejo de un compañero granjero. Nuestro hijo Tam, que cultiva las tierras con él, se lee todos los artículos sobre agricultura e intenta que su padre se interese por lo que tienen que contar, pero Edward dice: «Oh, sí, ¿y cuántas señales te pierdes mientras tienes los ojos fijos en lo escrito?».

Es una de las cosas que no descubrí hasta después de casarnos, que mi marido

no le veía sentido a la lectura, y me pregunté cómo íbamos a poder vivir juntos siendo tan diferentes. Sin embargo, ahora, cuarenta años después, he podido comprender a qué se refiere Edward con ese tipo de comentarios. Me apetecía mirar a mi alrededor y aprender a partir de lo que veía, no de lo que leía. Pero no tenía experiencia, ni amigo que me ayudara a leer las señales, así que revolví en la mochila en busca de mis gafas de leer. La mujer delgada y feúcha apareció y se detuvo cerca. Se fijó en mí e hizo un comentario sobre lo hermoso que era el día, igual que hizo antes su amiga. Abandoné la búsqueda de mis gafas. De cerca, parecía poco sana a pesar del atuendo deportivo. Su cara tenía el color, la textura y casi la forma de una remolacha arrancada de la tierra en mitad del invierno.

—Nunca había estado aquí antes —dije—. Leí sobre el sitio antes de venir, pero ahora no me acuerdo de nada.

—Yo lo conozco bien —dijo—. Estudié Arqueología. Dígame lo que quiere saber y veré si puedo ayudarla.

Así que, ya ve, había una alternativa a los papeles. Una arqueóloga de paso llamada Marion. Se sentó en el banco a mi lado y me estuvo hablando del yacimiento, y luego de ella.

Sentí, mientras hablaba, que la Edad del Hierro y los romanos se movían a mi alrededor, ocupados en cocinar, lavar y crear objetos domésticos, igual que yo. Como si se pudiera estar a la vez dos mil años en el pasado, pero también dos mil años en el futuro, cuando otro par de extrañas se encuentren en el lugar donde yo vivo ahora y reconozcan la vida que llevé a partir de fragmentos de mis mejores platos verdes de cerámica Denby y una oxidada pero reconocible aguja de coser del ocho. Marion me contó que algunas de las cosas encontradas en Warham Camp fueron descubiertas en toperas, o cuando los conejos perforaban los bancos, y otras cuando llegaron hombres a excavar con el propósito de encontrar algo. Me quedé con esta idea, que la tierra es como un barril de manzanas en el que día a día entran manos para sacar la fruta de arriba para su uso inmediato, y después lo rellenan para el día siguiente. Pero de vez en cuando una mano curiosa revuelve bajo la capa superior, o una rata se cuela por una grieta en las tablas y remueve los niveles inferiores de modo que las manzanas más antiguas salen a la luz, con todas sus variedades extrañas y olvidadas. Esto hace que cultivar la tierra parezca mucho más cercano al trabajo que realizan ustedes. Cultivar consiste en recoger y reemplazar la capa superior; las manos que acceden a lo más profundo son las suyas.

Marion y las otras mujeres no eran, como había supuesto, amigas de toda la

vida con exitosas carreras cuya distracción era dar paseos juntas. Se conocieron en unas sesiones para mujeres que habían superado un cáncer de mama y decidieron hacer algo, todos los meses, que les ayudara a concentrarse en el milagro de estar vivas. Marion me contó que el grupo había sido más numeroso. Me habría gustado que Bella hubiera conocido a esas mujeres cuando pasó por lo mismo. Pero en cuanto tuve este pensamiento, supe que Bella no habría sido capaz de unirse a ellas. Era demasiado irritable, demasiado irascible. No sé cómo reaccionaría yo en las circunstancias en las que se encuentran, pero sospecho que me lanzaría a los brazos de su amistad con mucha facilidad. Eso espero.

Ahora que lo pienso tras haber escrito el párrafo anterior, ¿su esposa murió de esta enfermedad? ¿Puede soportar seguir leyendo? Si no me vuelve a escribir, lo entenderé, aunque solo de pensarlo siento una sensación de pérdida mayor de lo que habría esperado.

Las demás se acercaron, sacamos nuestros termos de café de las mochilas y compartimos nuestras pastas, y luego ellas emprendieron el camino de vuelta a Warham y yo seguí por los senderos hacia el túmulo de Fiddler's Hill, que era un montículo de tierra, como había previsto.

Marion me había contado que los orígenes del yacimiento se podían remontar a un período anterior a la Edad del Hierro, y que después el túmulo se había usado durante siglos para enterrar a los muertos o las cenizas de cuerpos que habían sido incinerados. Experimenté lo que esperaba sentir mientras me dirigía a Warham Camp, como si pudiera poner la mano en la tierra e imaginar los huesos de otras manos apilados por debajo, pero en cierto modo a mi alcance. Solo que hacía frío, tenía hambre y casi no había nada que ver, así que regresé a buen paso por los caminos hasta Warham y me dirigí al pub a tomarme un tazón de sopa.

La mujer frente a cuya casa había aparcado era la que servía tras la barra. Me preguntó si había encontrado el castro y si había seguido hasta Fiddler's Hill. Sí y sí, le dije. Se disculpó por haberme enviado hasta el túmulo.

—Cuando usted se fue, me acordé de que no se puede decir que ese lugar sea precisamente bonito, sobre todo en invierno. El ayuntamiento ha plantado allí un huerto de variedades antiguas de manzanos, pero en esta época del año las ramas están muy desnudas.

Para compensarme por el desengaño que hubiera podido sentir sobre el lugar, me contó la historia del origen de su nombre. La leyenda cuenta que se encontró un túnel que iba de un pueblo llamado Blakeney al priorato de Binham, el siguiente pueblo después de Warham. Nadie tuvo la valentía de bajar por él,

excepto un violinista, que se metió con su perro y fue tocando una melodía mientras avanzaba. Los acaudalados del distrito lo seguían desde arriba, guiados por el sonido del violín, hasta que, justo donde hoy se encuentra Fiddler's Hill[1], se detuvo. Supusieron que el diablo se lo había llevado a él y a su perro, y levantaron un túmulo para marcar el lugar. La camarera podadora de rosas me contó que en el período de entreguerras el túmulo fue abierto para ampliar la carretera, y encontraron los esqueletos de tres humanos y... —se inclinó y bajó la voz— el de un perro.

—¿Ni rastro del violín? —pregunté.

—No, que yo sepa.

Supongo que el túnel tenía poca altura y que el violinista no tuvo más remedio que entrar encorvado, como si fuera la mitad de alto que un hombre normal. Por este motivo me lo imagino como el matarife jorobado del que le hablé, el que venía a matar los cerdos. Era el tipo de hombre que se adelanta de un modo temerario, con una especie de obstinada estupidez, cuando los demás se echan atrás.

No tengo nada más que contarle sobre mi excursión. La próxima vez seré dinámica y más coherente, porque esto ha sido una divagación autocomplaciente y siento hacerle pasar por el engorro de leérsela (si es que lo hace). Pero no lo siento por haberla escrito, ya que de este modo al menos uno de nosotros se ha divertido un poco con todas estas palabras.

Con mis mejores deseos,

Tina

*Silkeborg*  
*13 de abril*

Querida señora Hopgood:

Mientras leía su carta me preguntaba si no debería ser yo quien visitara su país para ver con mis propios ojos los vestigios de la Edad del Hierro que se han conservado, igual que usted se ha planteado visitar mi país para ver los restos de un hombre de la Edad del Hierro. Lamento no haber sido el arqueólogo de paso que le proporcionara información, pero usted está allí y yo estoy aquí, y no sé qué le contó esa mujer. Así que le escribiré mi propia guía para su próxima visita. Esto es muy arrogante por mi parte, ya que no soy un experto en la tribu de los icenos que habitaron esa región durante la baja Edad del Hierro. Además, nadie conoce la respuesta a la pregunta que me imagino que le hubiera gustado plantear, que es: ¿cómo era la vida de los hombres, mujeres y niños en las fortificaciones del castro? Estoy acostumbrado a los hechos basados en evidencias. Le voy a proporcionar los datos que pueda y usted deberá imaginar, por los dos, cómo debió de ser.

En la época que el hombre de Tollund vivía cerca de la turbera de Bjaeldskov Dal, los pobladores del castro de Warham, habitaban en cabañas circulares con paredes levantadas alrededor de postes y un techo sostenido por travesaños que descendían hasta tocar el suelo. Esto es muy diferente de los asentamientos en los que vivía el hombre de Tollund; aquí, en Dinamarca, construían casas alargadas, grandes rectángulos con un espacio en un extremo para hombres, mujeres y niños, y sitio en la otra punta para los animales. En las cabañas redondas que se construían en Gran Bretaña en aquel tiempo, un hombre solo podía ponerse de pie en el centro, y ahí es donde seguramente se desarrollaba la vida familiar: cocinar, comer, tejer, arreglar herramientas y otras actividades parecidas serían lo que entonces se hacía habitualmente en el hogar. Alrededor, junto a las paredes de la cabaña, estarían los dormitorios y las zonas de almacenamiento, encajadas entre los travesaños y debajo de estos.

No sé decirle cuántos miembros integraban la comunidad del castro, pero habría varias familias, quizá treinta cabañas. Estos castros existían porque había suficiente tierra para sustentar a todo el grupo, no por motivos defensivos principalmente, aunque siempre era posible sufrir ataques. La gente de estas comunidades llevaba una vida sedentaria y dedicada a la agricultura; acertó usted al imaginarse hombres con guadañas y ovejas subiendo por el terraplén dirigiéndose hacia usted. En los campos en derredor cultivaban cereales en verano, araban la tierra con la ayuda de bueyes, cosechaban maíz con guadañas y lo secaban para almacenarlo en invierno. Tenían rebaños para obtener carne, tirar del arado y conseguir cuero para sus ropas y otros usos en la granja. Tenemos indicios de que era habitual el consumo de carne de res. También tenemos pruebas de que los habitantes de asentamientos como estos criaban ovejas, pero menos evidencias de que comieran cordero. Podemos suponer que las tenían principalmente por la lana; tejer, junto a la producción de cerámica, era uno de los oficios más comunes. Se llevarían los animales a pastar en zonas más alejadas en verano, pero los traerían para fertilizar y remover la tierra de los campos de cultivo en invierno.

La mayoría de la gente que vivía en el castro de Warham debía de estar sometida a la autoridad de un caudillo, un hombre rico con su séquito de guerreros capaz de asegurarse suficiente tierra para producir alimento para él y su familia, y el apoyo de la mano de obra necesaria para hacerla productiva. Había una jerarquía, con los trabajadores (los campesinos) en el escalafón más bajo. Podría tratarse de esclavos. Aunque teóricamente fueran libres, no habrían tenido otro modo de conseguir sustento y refugio más que trabajando al servicio del cabecilla. Este tenía una cabaña más grande, con una estancia adicional o un porche; poseía mejores bienes y llevaba adornos en su indumentaria. Incluso en la muerte era tratado de un modo diferente. Era enterrado, tras la incineración, en una tumba cavada con esmero, con las cenizas en una urna o un cubo decorado, y junto a él se enterraban artículos de valor o de utilidad para la otra vida, como si fuera a vivir de nuevo. Las cenizas de la gente pobre recibían un trato menos solemne, aunque solo los más pobres carecían de algún objeto bonito o útil que depositar en sus tumbas.

La gente del castro obedecía al jefe en los asuntos terrenales, pero sus guías religiosos eran los druidas, que les enseñaban a creer que existía una vida después de la muerte, por lo que era importante que llevaran consigo algo que les ayudara en el paso a esa otra vida, fuera cual fuera.

Resulta complicado extraer de los hallazgos arqueológicos evidencias sobre

cómo era la vida de las mujeres en aquella sociedad. Sin embargo, tras la invasión romana, tenemos testimonios escritos. César dice, hablando sobre las tribus de las primeras zonas conquistadas por los romanos en Britania, que las mujeres eran compartidas por diez o doce hombres, en grupos familiares, de modo que los hermanos, padres o hijos del hombre que se llevaba a una mujer a su hogar también podían tratarla como esposa. Sin embargo, si tenía un hijo, este se consideraba como hijo del marido, sin importar quién fuera el padre. Los hombres, según César, tenían derecho sobre la vida y la muerte de sus mujeres. Pero luego estaba Boudica, reina de la tribu de los icenos, que llevó a su gente a la guerra contra los romanos, de modo que las mujeres del castro de Warham podrían no haber estado tan sometidas al control de sus esposos.

Temo estar aburriéndola con tantos detalles que no sé expresar de un modo entretenido. Así que voy a dejarlo. Sin embargo, tengo una última cosa que decir sobre su excursión. Dudo mucho que en Dinamarca la mujer que la vio sentada sola sobre la hierba del terraplén se hubiera acercado a hablar con usted. Creo que la mayoría de los daneses hubieran pensado que estaba sola por elección propia, y lo habrían respetado. Quizá esa señora, Marion, debería haber respetado su intimidad, y puede que usted deseara que así lo hiciera, pero me alegro de que se convirtiera en parte de la historia. Habría sido menos historia — una excursión menos importante— si no hubiera conocido a esa mujer.

Gracias por compartirla conmigo.

Anders

*Bury St Edmunds*  
*20 de abril*

Querido Anders:

Ojalá hubiera recibido tu carta antes de ir al castro de Warham. Como bien dices, lo que realmente quería sentir cuando estaba allí era cómo vivía la gente, cómo debía de ser para ellos la vida allí. Marion me habló de los objetos que hacían, pero no de cómo vivían, y ahora tú me has proporcionado detalles que me permiten hacerme una idea más cercana. Aunque no sea posible describir una existencia individual llevada a cabo en aquel lugar, ahora puedo imaginar lo que podría haber visto, oído y olido una mujer, por ejemplo, en pie junto a la entrada de su vivienda y oteando el horizonte para ver si su marido o sus hijos estaban a la vista y a salvo. Me puedo imaginar el grupo de bueyes en los campos, arrastrando un arado. En mi mente veo, entre humo, el barro revuelto por las pisadas de animales y humanos. Escucho los sonidos que hacen hombres y ganado, llamándose, y el repiqueteo y el zumbido de la maquinaria que usaban para hacer las cosas que necesitaban, tejidos y cerámica. Habría voces de niños. No mencionó los juguetes, pero seguramente hubo juegos para ellos, y cosas que harían para entretenerse. Veo a la mujer entrecerrando los ojos al salir a la luz desde la oscuridad de la cabaña, y no puedo evitar sentir que estaría ansiosa, mientras miraba y escuchaba, alerta ante cualquier cosa inusual. Olería el humo y los residuos orgánicos de personas y animales.

Me estuve imaginando a esa mujer mientras salía de mi casa, la mañana después de recibir tu carta. El cielo estaba cubierto, con cúmulos de nubes detrás del establo, y aunque todavía no llovía, la luz era más tenue fuera que dentro de la casa. Salí, como hago todas las mañanas, a dar de comer a las gallinas. Quizá ella solía hacer lo mismo. No has mencionado aves de corral, quizá porque no dejan evidencias, o quizá porque las variedades de aves concebidas para alimentar a las personas no se habían desarrollado todavía. No estoy segura de qué llevaría en sus manos mi mujer de la Edad del Hierro, pero yo llevaba el

pienso en un viejo cubo de plástico que antes servía para guardar el matarratas. Fuera como fuese, la mujer no llevaría nada de plástico ni que hubiera sido usado previamente para eliminar roedores de un modo tan sofisticado. Roedores, ahora que lo pienso, podrían ser una de las cosas que viera la mujer desde la puerta de su cabaña, y los aceptaría como algo inevitable. El patio que tenemos detrás de casa es de cemento, y Edward es un granjero meticuloso, así que está limpio. Escuché el motor de un *quad*: Tam, que vive en un bungalow a doscientos metros de la granja, saliendo para ver cómo estaban las ovejas. Por la puerta abierta a mi espalda, podía oír voces procedentes de una radio. Aunque Tam vive muy cerca y tiene dos hijos pequeños, no oía a los niños; en esto, la vida de la mujer de la Edad del Hierro era más rica que la mía. Cuando miro a mis nietos, me encanta ver cómo para ellos cada día es una aventura, mientras que en aquel entonces, supongo que una madre o una abuela vería cada día que un niño vivía como una batalla ganada. Pude oler la madreselva creciendo en la tapia del jardín y los gases expulsados por un remolque lleno de residuos orgánicos listos para ser esparcidos por el campo.

Debí de permanecer de pie, sujetando el cubo de pienso para las gallinas, pero sin moverme, durante varios minutos, porque Edward salió a preguntarme qué pasaba.

—Nada —dije—. Solo estoy echando un vistazo.

Se quedó a mi lado, y los dos contemplamos el paisaje durante un rato más. Señaló el canalón de un cobertizo que había que reparar, y un matojo de ortigas que estaban pidiendo una aplicación de herbicida.

—Es una buena idea pararse a mirar de vez en cuando —dijo.

Edward está mucho más cerca del hombre de la Edad del Hierro que yo de la mujer de la Edad del Hierro. Vive al momento, como ellos debían de hacer.

Sigo sin saber nada de tu mujer.

Mis mejores deseos,

Tina

*Silkeborg*  
*2 de mayo*

Querida Tina:

La mañana después de recibir tu carta, salí de casa y miré a mi alrededor. No tengo gallinas a las que dar de comer y, normalmente, no salgo hasta que es la hora de ir al trabajo, y entonces solo pienso en si me he olvidado algo y en las cosas que debo hacer al llegar al museo. Esto era nuevo para mí, salir al exterior antes de desayunar, solo para ver qué hay ahí fuera.

Tengo un seto entre mi casa y la calle, que ahora está verde pero se pone de color bronce en invierno. Me fijé en que necesitaba una poda; este es un pensamiento de padre de familia, y no quería parecer un padre de familia, así que me dirigí a la acera. Me di cuenta de que desde allí no hay mucho que ver. La mayoría de mis vecinos tienen setos, así que, aunque vivo en una pequeña colina que da a los lagos de Silkeborg, no puedo divisarlos. Acabé fijándome en que el asfalto de la carretera está roto y necesita unos arreglos, así que alcé la mirada. El cielo estaba espléndido. Siempre me ha gustado el cielo y no me fijo en él con la suficiente frecuencia.

Casi no oía nada. El sonido de la bandera de un vecino golpeando contra el mástil. A lo lejos se percibía un leve murmullo de tráfico, pero nada cerca de mí. Un pájaro cantó. No podría ponerle nombre por el canto. No creo que hubiera sabido de qué especie se trataba aunque hubiera podido verlo. No pude oír niños. Hoy en día en Dinamarca los niños van a la guardería, pagada por el Estado, desde que apenas tienen un año o así, y a no ser que pase delante de un colegio o guardería durante el recreo, cuando hace sol y sacan a los niños a jugar, nunca se les oye. Por mi puerta abierta podía percibir la música que había dejado puesta cuando bajé las escaleras. Shostakóvich. Lo único que podía oler era mi café, aunque tengo la sensación de que los olores me rehúyen a no ser que lleve un tiempo sin olerlos. Es entonces cuando me recuerdan su presencia.

Nadie salía de ninguna de las casas. Este es un buen barrio, conozco a mis

vecinos y me caen bien, pero ahí plantado, pensando en ti, en tu granja, imaginando cómo sería un asentamiento de la Edad del Hierro, pensé en lo reservados que nos hemos vuelto todos. En lo autosuficientes. Por supuesto, todos somos miembros de la sociedad en la que vivimos, pero no del modo en que los coetáneos del hombre de Tollund formaban parte de la comunidad en la que vivían. Ellos eran engranajes, ruedas, soportes, palancas, poleas, y cada uno hacía que su sociedad funcionara de acuerdo a sus capacidades y su posición. Ahora somos como rodamientos, completos en sí mismos y unidos a otros rodamientos solo para crear formas que convengamos a nuestros fines.

Cuando regresé a casa, el teléfono estaba sonando. Era mi hija que me llamaba desde Copenhague. Creo que no te he hablado de mis hijos. Pero no puedo hablarte de ellos sin que te haya hablado primero de mi mujer.

Mi esposa no murió de cáncer de mama, y no dejé de leer tu carta anterior cuando me describiste a las mujeres que eran amigas porque habían padecido esa enfermedad, sino que la leí hasta el final. Tienes un don para encontrar la alegría en los pequeños momentos, que es algo que yo solía tener, pero que he perdido, y en parte es debido a la historia de mi esposa, que es una historia triste. Quizá si la comparto contigo ahora, podamos continuar nuestra correspondencia de aquí en adelante con un tono más alegre.

Mi mujer se llamaba Birgitt. Nació en la ciudad, en Copenhague, pero a los cinco o seis años su madre ya no podía cuidar de ella. Birgitt lo recordaba como una época de medias luces, de hambre y sed, de frío y humedad. Un día que su padre volvió a casa de un viaje de negocios, Birgitt lo supo más adelante, descubrió que su esposa se había ido al parque y estaba durmiendo en un banco. Birgitt se había encerrado en el apartamento, con las cortinas echadas. Se había hecho un nido bajo la mesa, donde el mantel colgaba casi hasta el suelo. No había comida en la casa. La radio se había quedado encendida, sintonizada en una emisora de música clásica. Desde entonces no podía escuchar música clásica, en particular las grandes sinfonías, sin echarse a llorar.

La madre de Birgitt fue enviada a un asilo en el que murió casi de inmediato, o al menos eso le hicieron creer. No regresó ni una vez al apartamento de la mesa, ni volvió a ver a su hija. A Birgitt la llevaron a vivir con los padres de su padre, en una isla frente a la costa, en la punta noreste de nuestro país. Imagínate el contraste. Solo la vista del mar desde las ventanas... Toda su vida Birgitt había visto otros edificios y las copas de los árboles, con espacios de color azul cielo intercalados. Ahora solo podía ver un paisaje llano donde nada más alto que un árbol interrumpía la planicie. Luego estaban sus abuelos. Su madre no le

permitía aburrirse. Dormía y comía, salía y entraba, a la hora que elegía. Cuando estaba despierta y no estaba comiendo, creaba para Birgitt. Me doy cuenta de que «crear» en inglés es un verbo transitivo, y tiene que ir seguido de un sustantivo (tuve un profesor de inglés muy bueno en el colegio), pero me resulta difícil pensar en qué poner tras el verbo. ¿Juegos? ¿Arte? ¿Comida? ¿Cuentos? Todo eso, pero sobre todo creaba una vida que no era la típica de una madre y una niña de seis años en un apartamento en Copenhague.

Los abuelos —Birgitt los llamaba Ernst y Carla— llevaban una vida organizada tan dura y asentada como las piedras de la casa en la que vivían. Cada mañana, se despertaban a la misma hora, recorrían los mismos pasos para lavarse y vestirse, se sentaban en las mismas sillas para desayunar y así a lo largo de la jornada. Se supone que a los niños les gusta tener una rutina; les hace sentirse seguros. Pero la rutina de Birgitt había sido no tener rutina, y siempre esperaba que sucediera algo diferente.

—¿Cuándo vendrá lo diferente? —le preguntaba a su abuela.

—Lo diferente, ¿de qué? —decía Carla.

—Diferente, sin más.

—Diferente, ¿en qué sentido? —Su abuela era una mujer buena y paciente.

—Solo diferente.

Para ellos no era posible comprender que Birgitt no supiera qué era eso distinto que esperaba. Esa era precisamente la cuestión. Lo inesperado.

La única parte impredecible de su nuevo entorno era el mar, y se quedó fascinada con él. Aún siendo tan pequeña, recorría a pie la agreste pradera entre la casa de sus abuelos y la costa. Su madre sentía debilidad por las cosas chillonas y toda la ropa de la niña era de colores fáciles de ver en contraste con los grises, verdes y marrones del paisaje, de modo que Carla la dejaba irse más lejos de lo que podríamos suponer, con lo ansiosos que nos ponemos ahora con la seguridad de los pequeños. Birgitt decía que una de las cosas reconfortantes del mar, además de sus formas en constante cambio, era el ruido que hacía. En Copenhague había ruido. Aquí, no había ninguno excepto el viento cuando soplaba (cosa que sucedía con frecuencia) y las olas rompiendo contra la orilla.

En Dinamarca los niños empiezan a ir al colegio a los siete años, así que la primera experiencia escolar de Birgitt fue en la isla. Esto supuso otra forma de orden y un nuevo *shock*. No había conocido a muchos niños y le desconcertaba cuánto se parecían a ella, pero a la vez sin ser como ella. Supongo que todos los niños tienen un concepto de sí mismos como diferentes de los demás niños, pero muchos de ellos también tienen una noción de sus relaciones con una familia o

una comunidad. Comprenden dónde encajan. Birgitt no encajaba.

Carla la acompañaba hasta el colegio, que estaba a kilómetro y medio de distancia, todas las mañanas, y volvía para recogerla por las tardes. Una tarde, Birgitt no estaba allí a la hora de salir. La maestra le dijo a su abuela que ese día no había ido a clase. Carla la había dejado en la puerta, pero Birgitt no había entrado. Hacía un tiempo muy danés —sabrás a qué me refiero cuando te lo describa, porque supongo que lo identificarás con el tiempo de East Anglia—: frío, viento y la tierra empedregada bajo un enorme cielo azul con nubes alborotadas. Todo el pueblo se presentó para buscar a Birgitt. Tropezaban con la arena de las dunas, se limpiaban la arena de los ojos y el pelo, gritaban y gritaban. Hoy en día la mitad de las casas de la costa están vacías excepto en la temporada alta de verano, pero en aquel entonces vivía gente en ellas y todos salieron también a buscar en los cobertizos, a mirar debajo de lonas y detrás de casetas. Zarparon barcas para buscar en la costa; hombres y mujeres aferraban el timón y miraban con temor el oleaje y el rompiente de las olas, las ensenadas y las playas resguardadas y secas. Cayó la noche y la niña no había aparecido.

Hay muchas islas pequeñas en esa parte de Dinamarca, rocas que apenas asoman en el mar. Una de ellas tiene una grieta que la recorre de arriba a abajo, como la ranura de una tostadora. En la parte inferior, la apertura se hace más ancha y forma una cueva, ¿o sería mejor llamarla ensenada? Resguardada, con un suelo de arena. Las partidas de búsqueda encontraron a Birgitt en este lugar tres días después de que se la viera por última vez. Estaba sola. Tenía comida y mantas. Parecía que no había sufrido ningún tipo de daño.

La historia que contó era que un hombre-pepe la había invitado a acompañarlo y se había ido con él. ¿Habían llegado nadando a la isla?, le preguntaron los adultos. No, respondió. Él remaba en un barco y ella lo guio hasta la roca. Se interrogó a todos los hombres que poseían una barca o podían alquilar una y estuvieran en condiciones de remar —casi la totalidad de la población masculina de la isla en la que vivía Birgitt—. La descripción que hacía la niña del hombre se limitaba a repetir que era un hombre-pepe, una criatura marina, y resultó imposible relacionar a ningún hombre con las mantas y la comida de la roca. La búsqueda continuó en el continente, en las zonas vecinas a la isla, y más de un hombre inocente de ambas comunidades vio cuestionada su integridad y, tal vez, durante el resto de su vida no se volvió a creer en su inocencia. Pero nadie fue detenido.

De adulta, Birgitt reconocería que los hombres-pepe no existen y que quien la llevó en el barco no era más que un mortal con dos piernas. Sin embargo, en el

fondo de su corazón, no se lo creía. Esto no es algo que ella me dijese, pero conviví con ella treinta años y la amaba, así que me siento autorizado para afirmar que así era. Ella creía que no formaba parte de este mundo del mismo modo que los demás. Era alguien nacida para vivir sola, oculta en pequeños rincones, y la gente que crea estos rincones no está hecha de la misma materia que yo y que el resto de la humanidad. Su madre y el hombre-pez eran reales para ella, pero los niños y yo no lo éramos. Seguía el juego de la familia feliz con nosotros, pero no éramos más que juguetes, accesorios para ayudarla a fingir que era como nosotros. Cuando jugar se le hacía demasiado insoportable, nos dejaba durante unos días, una semana, en una ocasión más de dos meses. Nunca supe adónde iba, pero sé lo que andaba buscando. La puerta al mundo real donde vivía el hombre-pez. Al hacerse mayor, la melancolía se hizo más fuerte.

Hace un par de años estábamos en un ferri entre Gotemburgo y Frederikshavn. Volvíamos de unas cortas vacaciones para celebrar nuestro aniversario de bodas. Era un día tormentoso: viento, lluvia, mar gruesa. A pesar de todo esto (¿debido a todo esto?), mi esposa me dijo que quería salir a la cubierta exterior del barco; estaba mareada, dijo, por el ruido y los olores del interior del ferri. Le dije que la acompañaba, pero me dijo que no, que me quedara junto a las maletas. Antes de irse, me dio su pulsera. Siempre la llevaba puesta, pero su infelicidad la había hecho adelgazar y la pulsera le quedaba muy holgada. Me dijo:

—Guárdamela. Se me podría resbalar de la muñeca y no quiero perderla.

Nunca volví a verla. Su cuerpo no apareció. Se fue de mi lado como si llevara toda su vida soñando y de repente quisiera despertar a un nuevo día.

Me sorprende descubrir que nunca antes había contado esta historia, no de principio a fin como te la he contado. No me resulta fácil hablar de las cosas que me afectan en lo más profundo de mí. Pero es bueno haberla contado. Ya está hecho. Una historia que ya pasó.

Tu amigo,  
Anders Larsen

*Bury St Edmunds*  
*12 de mayo*

Querido Anders:

Quiero volver sobre la carta que me escribiste en marzo antes de decir nada sobre la última, porque me resultará más sencillo hablar de ello si lo enfoco de este modo.

Me hablabas, en marzo, sobre lo distintas que son nuestras vidas —la mía en mitad del campo y sus cambios, la tuya atrapada entre objetos inmutables en el tiempo— y te preguntabas cuál era mejor y cuál habrías escogido, si hubieras sabido que podías elegir. Sé que no formulaste la pregunta, igual que yo tampoco formulé las cuestiones que me respondiste en la primera carta que me enviaste (cómo llegar a Silkeborg, evidencias de vínculos genéticos con el hombre de la Edad del Hierro). Sin embargo, lo expreso como una pregunta porque eso era precisamente lo que quería plantearte, o plantearle al profesor Glob, como creía en su momento, cuando comenzamos esta correspondencia. ¿Verdad que es fascinante que, después del rodeo que te he hecho dar y que has aceptado sin rechistar, pasando por la matanza del cerdo y la muerte de mi mejor amiga, finalmente hayas destapado la verdadera esencia de lo que me impulsó a escribir?

Me preguntas si me despierto con miedo. No soy de las que se asustan fácilmente, pero tras la muerte de Bella descubrí que no podía parar de pensar, de día y también de noche, en lo que había terminado siendo mi vida, y hubo momentos en los que sentí el enorme peso del «lo que podría haber sido». Bella murió en una unidad de paliativos. Si no tenéis de eso en Dinamarca, deberíais tenerlo. Hacen soportable la muerte para los que se van y para los que se quedan. Comprenderás, ahora veo, qué regalo, qué bendición es algo así. Su hija, Alicia, estaba con ella. Yo también. Alicia es una muchacha de emociones desatadas. Grita si está enfadada (y se enfada bastante), ríe, canta y baila cuando está feliz, y es estruendosa y violenta cuando sufre. La quiero por Bella, pero es agotadora.

El día que Bella murió, se comportó con dignidad mientras hacíamos los preparativos con el personal del hospital, pero en cuanto llegamos al aparcamiento, se descontroló. Echó a correr entre los coches aparcados, dio patadas a la pared mientras soltaba unos sollozos y lamentos que debían de oírse en Sainsbury's, a medio kilómetro de allí. Además, se nos veía perfectamente desde las ventanas del hospital y yo detesto dar un espectáculo, así que me senté en el coche y esperé a que se agotara.

No sé si estarás de acuerdo conmigo en que hay momentos en los que haces aflorar a la superficie de tu mente un pensamiento enterrado, y entonces te das cuenta de que, sin ser consciente, has estado pensando en ello durante un tiempo. El momento y el lugar en el que te das cuenta se convierten en un paquete de memoria, tal y como fueron, para siempre íntegro y capaz de ser recordado. Sentada en el coche en el aparcamiento del hospital, con Alicia correteando de un lado a otro como un faisán asustado por un perro, inicié el proceso que terminaría llevando a mi primera carta. ¿Por qué había llevado el tipo de vida que tenía, hecho tan poco, logrado tan poco? Siendo mi vida algo tan importante para mí, ¿cómo es que no era capaz de defender su importancia ante los ojos de un observador desinteresado? ¿Qué vida habría elegido de haber hecho una elección racional? Si no hubiera acudido al baile de los Jóvenes Agricultores y conocido a Edward; si hubiera tenido menos curiosidad y apetito animal y me hubiera acercado al sexo con más precaución. Aunque dudo que mi elección pudiera haber sido más racional si hubiera sido consciente de estar tomándola. La diferencia evidente entre tu vida y la mía es que la tuya transcurre principalmente en interiores y la mía básicamente en exteriores. ¿Pensaste en eso cuando eras joven? No, yo no. No sé qué hubiera elegido si me hubiera planteado las alternativas cuando era jovencita. Si hubiera reconocido que existían y que podía elegir entre ellas. Soy bastante consciente de que si hubiera llevado una vida distinta a la que he tenido, habría sido como resultado de algún impulso inmediato y espontáneo, tan fuerte y aleatorio como el que me convirtió en esposa de Edward y madre de Tam a los veinte años. ¿Quién me dice que esa vida alternativa no me hubiera llevado también a acabar sentada en el aparcamiento del hospital con la sensación de haber elegido el lugar equivocado durante toda mi vida, un lugar donde nunca pasa nada?

Alicia dejó de caminar y se derrumbó junto a un BMW, gimoteando como una niña. Salí del coche, la ayudé a incorporarse y la llevé al apartamento en el que vivió Bella. Se dirigió al dormitorio y se tumbó en la cama con la cara en la almohada, y lloró en silencio, pero sin parar. La casa estaba hecha un desastre y

me puse a ordenar, como si lo que acababa de terminar fuera una fiesta, en lugar de una vida. Retiré cacharros sucios del salón y de la cocina y los fregué. Recogí y doblé la ropa que estaba colgada en un tendedero y llevaba mucho tiempo seca. Algunas prendas pertenecían a Alicia, más que las que eran de Bella, pero las fui dejando en una pila en el mismo orden que las recogía, sin separar la ropa de los vivos de la de los muertos, como si sus dos vidas fueran a estar para siempre intercaladas en capas. Luego reuní los libros del sofá, del suelo y de la mesa de la cocina, y los devolví a la estantería. Algunos estaban en italiano, la primera lengua de Alicia, pero la mayoría eran libros que había estado leyendo Bella. Lo supe porque en los últimos días de su vida habíamos estado hablando de los libros que ahora yo colocaba en la estantería.

Cuando terminé en la cocina y en el salón —limpié el polvo, ahuequé los cojines—, me dirigí al dormitorio. Alicia parecía haberse quedado dormida, así que deambulé con sigilo alrededor de la cama, agachándome para recoger montones de ropa. Al incorporarme con mi fardo, descubrí que Alicia tenía los ojos abiertos y que me estaba observando, en silencio, y al mismo tiempo me di cuenta de que había un libro abierto boca abajo junto a la cama, al alcance de una mano que se estirase desde debajo de las sábanas. Era *La gente de la ciénaga* de P. V. Glob. Al instante se me vino el mundo encima. Dejé caer la pila de ropa y, como había hecho Alicia en el aparcamiento, me derrumbé en el suelo y comencé a llorar.

Noté que Alicia se sentaba a mi lado, dándome palmaditas en la mano y murmurándome palabras en italiano. En la otra mano sujetaba contra su mejilla una chaqueta bordada de color púrpura que Bella se ponía siempre, fuese a juego con el resto de su indumentaria o no. Permanecimos sentadas en el suelo hasta que oscureció, con el libro y la chaqueta aprisionados entre las dos, mientras nos consolábamos la una a la otra con nuestros recuerdos. Al día siguiente escribí la primera carta a la que contestaste. Espero que tuvieses a alguien que se sentara a tu lado mientras agarrabas en tu mano la pulsera; alguien con quien hablar de Birgitt.

Estuve pensando sobre todo en ti mientras leía la historia de tu esposa, en lo que debió de ser para ti. A ella no la conocí y, en cuanto a ti, empiezo a sentir que te conozco. Cuando pienso en lo que debiste de pasar, solo en el ferri, me pregunto si estoy siendo autocomplaciente, dejándome llevar y lamentando que mi vida no haya merecido la pena cuando, a fin de cuentas, sigo viva. Tu pérdida es mucho mayor que cualquier otra que yo haya conocido, tan repentina pero a la vez tan presagiada. Como si Birgitt hubiera llevado años muriéndose sin que

fuera posible reconocer que así era, y nunca llegara un momento en que fuese inevitable que lo hiciera. Hasta que lo hizo. Tu relación con ella y la manera de perderla fueron mucho más intensas en tu caso que en el mío. Ahora lamento haber sido tan pesada con la muerte de Bella. Nunca volveré a hablar de ella.

Mi última idea sobre esto es que sea lo que sea que hayas hecho o dejado de hacer, lo que hayas vivido o dejado de vivir, tuviste esa relación con Birgitt. Algo exclusivo de vosotros dos, una relación más íntima y profunda que las que la mayoría de nosotros tenemos la oportunidad de conocer. Siento que la perdieras. Pero me alegro por ti, porque ella vivió y tú la conociste.

Gracias por contarme su historia.

Tina

*Silkeborg*  
*22 de mayo*

Querida Tina:

Mientras te escribo esto tengo el contenido de mi maletín ante mí, sobre la mesa. Mi portátil, mi teléfono, mi almuerzo, el *Copenhagen Post* y tu carta. Antes de que Birgitt muriera, estas cosas, exceptuando la carta, estaban todos los días dentro de mi maletín, pero también había algo que ella añadía, algo distinto cada día. Podía ser un dibujo que hubiera hecho, o algo que había leído y hubiera copiado para mí, o la receta de lo que íbamos a cenar. Si no tenía energía para esas cosas, metía un pendiente, un guante o una foto. Fuera como fuese, yo comprendía que aquello significaba que seguía viva y dispuesta a seguir estándolo cuando yo volviera a casa.

Cuando volví a trabajar tras su muerte, me llevaba el portátil, el teléfono, el periódico y el almuerzo en los bolsillos o bajo el brazo, para no tener que abrir mi maletín y ver, una y otra vez, que no había nada más que esas cosas. Por supuesto, eso fue al principio, cuando no era capaz de controlar mi dolor. Ahora puedo traer el maletín, y de hecho lo hago, todos los días. Pero cada mañana es una pena para mí recordar, al abrirlo, que no contiene nada que me haga sentir optimista. Nunca ha habido algo que deseara mucho. Me bastaba con saber que Birgitt estaría ahí cuando volviese a casa. Ahora solo espero recuperar la esperanza, o al menos la sensación que antes tenía, de que existe una satisfacción en las pequeñas cosas de la vida.

Habían pasado dos días desde nuestro trigésimo aniversario de bodas cuando ella murió, hace veinte meses. En todo este tiempo no ha habido nada en mi maletín más que cosas para el trabajo, comida y noticias sobre gente que no conozco y a la que nunca conoceré. Hoy está tu carta.

Gracias,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*1 de junio*

Querido Anders:

Yo nunca he tenido un maletín, ni me he llevado el almuerzo de casa al trabajo, a menos que cuente las veces que he llevado bocadillos al campo durante la cosecha. Sin embargo, sí que tengo un portátil.

Repasando tu carta de principios de mayo, veo que sugerías que continuáramos nuestra correspondencia en un tono más alegre, después de contarme la historia de tu esposa. Sin embargo, parece que nos hemos vuelto bastante lacrimosos. Debo reconocer que tu última carta me hizo llorar. Si tuviera que pensar en algo que pudieras encontrar en tu maletín y te sirviera de consuelo, te lo enviaría, como si se me hubiera colado en el sobre en un momento de distracción. Probablemente no debería haberte contado esta adorable idea, y así podría llegarte como un extra inesperado. Aunque pensándolo bien, nunca voy a encontrar algo adecuado que enviar, y si lo hiciera, a ti te iba a parecer un simple objeto a la deriva que se deslizó en mi mesa al escribir. (¿Te das cuenta de que te estoy hablando como si estuvieras aquí a mi lado?).

Ahora voy a pasar a una noticia alegre. Mi hija Mary, la pequeña, se casó la semana pasada. Fuimos a la iglesia del pueblo, muy elegantes; Mary, que estaba espléndida en un traje sencillo pero elegante, fue conducida al altar por su padre, que parecía comprimido como una de sus balas de paja en un chaqué alquilado. Se ha casado con un joven llamado Vassily, de Lituania, al que conocí cuando vino a trabajar en unos cobertizos que estábamos convirtiendo en chalets vacacionales. Él también había alquilado un chaqué y parecía un príncipe de Bohemia que hubiera venido a pedir la mano de su novia. Tras la ceremonia fuimos a un hotel y hubo comida (que no había cocinado yo y que, por lo tanto, disfruté) y discursos. Así estuvimos toda la tarde, porque la comida se servía muy despacio y había que pronunciar los discursos y luego repetirlos en el otro

idioma. Después, todos los miembros de mi familia, excepto Mary y yo, bebieron mucho más de lo acostumbrado, o de lo que sería saludable en su caso. Los lituanos bebieron mucho más que mi familia, pero les sentaba bien. Pasaron de estar serios a inmensamente felices, mientras que nuestro lado del salón me temo que pasó de alegre a sensiblero o susceptible. De cualquier modo, para mí era un placer ver a Mary tan feliz.

Nunca creí que fuera a casarse. Entiéndeme, no estoy queriendo decir que la vida de una mujer solo esté completa si se casa —sería feliz si Mary siguiera soltera—, pero todos necesitamos a alguien cerca; alguien por quien preocuparnos y que se preocupe por nosotros, y hasta que conoció a Vassily, Mary no parecía tener ningún amigo especial. Es un misterio para mí, aunque mis tres hijos lo son. No había problemas mientras eran pequeños e indefensos, necesitados de cariño y cuidados. A Edward no se le daban bien estas cosas, pero a mí me salía de modo natural y era feliz repartiendo abrazos y consuelo, y jugando. Pero en cuanto alcanzaron una edad en la que ya poseían cierta autonomía, no tenía ni idea de cómo comportarme con ellos. Eran tan claramente ellos mismos que yo sentía que no tenía derecho a decirles lo que tenían que hacer, ni siquiera a darles consejos. Nunca he tomado decisiones por mí misma, o no han sido las correctas, de modo que, ¿quién era yo para guiarlos? A Edward se le dio mucho mejor esta etapa de sus vidas. Se podría decir que los tomó de la mano y los condujo a los lugares a los que han llegado, aunque en realidad fue un proceso mucho más brutal (no en un sentido físico). Edward estaba convencido de saber cuál era el mejor camino para ellos y no les dio alternativa, aunque ellos tampoco parecían querer una, y hete aquí que mi marido estaba en lo cierto. Todos han acabado, de un modo u otro, trabajando en la granja familiar, y aparentemente porque así lo han deseado.

Mis dos chicos, Tam y Andrew, se han hecho agricultores sin siquiera considerar las otras opciones que podrían haber elegido. Mary estudió contabilidad y regresó al hogar para llevar las cuentas familiares. Mis conocidas me felicitan por haber resuelto el dilema de mantener a mis hijos juntos en el lugar donde crecieron, siempre cerca, para mi regocijo y para hacerme sentir anclada. Aunque digo «me felicitan», sé, y ellas también, que esto no ha tenido nada que ver conmigo; solo comentan lo que les parece mi inmerecida buena suerte.

Mary es algo más que la gestora de la granja. Lleva las cuentas de muchos negocios agrícolas en la zona. También es a la que se le ocurren todas las ideas para mejorar los resultados de nuestra explotación. No solo reducir costes y

maximizar beneficios, que es de lo que Edward, Tam y Andrew hablan todo el tiempo: menos fertilizante, menos mano de obra, productos de mayor rendimiento... Mary es la que consigue subvenciones para reemplazar setos, mantener las lindes, gestionar los recursos hídricos. De no ser por ella, no estaríamos ganando dinero por generar energía con paneles solares. Y no ofreceríamos alojamientos turísticos, que es como Vassily llegó a nuestras vidas.

Yo pensaba que Mary nunca estaría con nadie porque parecía preocuparse muy poco por lo que los demás pensarán de ella. Es extremadamente sincera, no habla mucho y cuando lo hace, no es sobre opiniones o sentimientos, sino sobre hechos. Cuando alguien dice algo estúpido o que según ella es equivocado, se lo dice. A veces pienso que el inglés es un idioma con demasiadas opciones para expresar una misma idea, y tendemos a expresar esto al máximo en las conversaciones, envolviendo las críticas en frases que reducen su impacto. Mary nunca hace eso. Es alta, esbelta y de rasgos marcados, como su madre, y siempre ha resultado, me temo, más fácil de odiar que de querer. Vassily también habla poco, y no solo porque su inglés sea limitado. De sus amigos lituanos, es el callado. Al principio me preguntaba si a Mary le gustó porque no expresaba opiniones que ella pudiera contradecir; no tengo ni idea de por qué Vassily la quiere. Sin embargo, encajan, y al verlos en la ceremonia, supe que serían felices. Había algo en la forma en que giraban la cabeza para mirarse sin hablar, y en cómo se rozaban sin premeditación ni fin alguno.

De modo que Mary es feliz. Edward es feliz porque, gracias a su hija, la experiencia en albañilería de Vassily beneficia al negocio familiar. Y yo soy feliz porque quiero a mi hija y deseo que sea feliz, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo desde que dejó de pedirme que jugara con ella. Ahora Vassily me ha librado de ese peso.

El resultado es feliz. Háblame de tus hijos.

Con los mejores deseos,  
Tina

*Silkeborg*  
*12 de junio*

Mi querida Tina:

Gracias por tu alegre carta, y por la pluma, ya sé que no se deslizó en la mesa mientras escribías, sino que la elegiste tú, para mí. Ya sabes que me dedico a los objetos, y el primer paso para comprender uno es ser capaz de ponerle un nombre. Asignarle una categoría. Disfruto de la pluma cuando abro mi maletín, pero realmente necesito saber: ¿de qué pájaro es?, ¿de qué parte del pájaro? Podría buscar en libros con clasificaciones de aves, o incluso en internet, con la esperanza de poder encajar mi pluma con alguna especie, pero tú, con la vida que llevas, estás más cerca de los pájaros, y estoy seguro de que me puedes decir lo que quiero saber. Prefiero que me lo digas tú.

Como has mencionado que tienes un ordenador portátil, quería preguntarte si deseas continuar esta correspondencia por vía electrónica. Lo he pensado mucho antes de proponértelo. A estas alturas, debo confesar que cuando llegó tu primera carta dirigida al profesor Glob y decidí contestarte, me irritó que no hubieras incluido una dirección de correo electrónico. De haber sido así, te hubiera respondido al momento con un e-mail. Hubiera escrito algo como: «Me temo que el profesor Glob ya no está entre nosotros. Si desea visitar el museo, por favor, consulte nuestra página web», hubiera cortado y pegado el enlace y dado al botón de «Enviar». He descubierto que no sirve de nada escribir un e-mail de más de tres o cuatro líneas, porque quien lo reciba no lo leerá hasta el final.

Pero en vez de eso, tenía que redactar una carta. Te imaginé leyéndola y supuse que lo harías pausada y atentamente, de modo que creí que debía escribir mi carta pausada y atentamente. Tenía que estar seguro de que había leído pausada y atentamente la que tú le enviabas al profesor Glob para poder responder las cuestiones que planteabas. Y así hemos ido haciendo. Nos hemos escrito largo y tendido, y al hacerlo, los dos tenemos que leer con atención las cartas que recibimos. Escribir y leer me ha resultado un placer inesperado, me

gustaría estar seguro de que no vamos a perder esto —es decir, la extensión y la atención—. Sin embargo, estoy tan acostumbrado a comunicarme por ordenador que la cuestión de mandar cartas me resulta una interrupción incómoda de la conversación que estamos manteniendo: encontrar el sobre, el sello, ir hasta el buzón, esperar durante días para poder saber que has leído lo que yo he escrito, cuando lo que quiero es que mis pensamientos te alcancen al mismo tiempo que se me ocurren.

De modo que tengo una propuesta. En lugar de sobre y sello, podríamos adjuntar nuestras cartas a un e-mail. Solo lo haré si me aseguras que las vas a tratar con la misma atención que pusiste en las cartas enviadas por correo postal. Me gustaría pensar que vas a imprimirlas y guardarlas para leerlas, pausada y atentamente, cuando tengas tiempo, en lugar de pinchar sobre el archivo adjunto e ir bajando por la pantalla en cuanto poses tus ojos en el e-mail. ¿Lo harás? Así me sentiré más en contacto contigo. Si respondes que no, por supuesto seguiré con los sobres y los sellos. Pedalearé varios kilómetros bajo la lluvia, si es necesario (que no lo es), para echar tus cartas, si este fuera el único modo de asegurar que sigues escribiéndome. Y tú deberás seguir con los sobres y los sellos, si eso es lo que prefieres, para las cartas que me envíes.

Me preguntas por mis hijos. Tengo una hija, Karin, y un hijo, Erik. Son una maravilla para mí. Mientras crecían estaba tan ocupado en hacer feliz a Birgitt que nunca pensé en ellos como personas individuales, solo como miembros de una unidad familiar en constante esfuerzo por mantenerse unida. Era nuestro trabajo, como familia, hacer feliz a Birgitt. No recuerdo que me pusiera nervioso por su culpa, como creo que se ponen la mayoría de los padres. Solo después de perder a Birgitt, mientras sufríamos juntos, pensé en ellos como adultos, con vidas propias que sacar adelante.

Cuando Birgitt estaba viva y los niños eran pequeños, solíamos ir a la isla en la que vivían los abuelos de mi mujer. La casa sigue allí y todavía es nuestra. Llegamos a conocer a las otras familias que pasaban allí las vacaciones, porque ahora es un sitio de veraneo. Habría sido un lugar aislado y lóbrego para vivir. Yo no disfrutaba mucho de aquellas vacaciones. Cada vez que Birgitt se alejaba de nosotros dando un paseo, hacia el mar o los arenales, me daba miedo que no volviera. La observaba con tanta concentración que mis ojos empezaban a ver cosas que no existían; confundía una roca con un barco, o un arbusto con una persona, y a menudo, cuando ella ya se había dado la vuelta y regresaba hacia

nosotros, estaba convencido de que todavía la veía alejarse. Mientras los demás padres vigilaban a sus hijos y se preocupaban de que estuvieran seguros y felices, yo vigilaba a mi mujer. Los niños siempre estuvieron seguros; eran niños listos y se portaban bien, y si Birgitt seguía andando hasta estar a punto de perderse de vista, normalmente uno de los niños, o los dos, corrían hacia ella para recordarle que se había hecho tarde, o que hacía frío, o que había llegado la hora de cenar. Mientras tanto, yo seguía intentando distinguir si algo entre el mar y la arena era un reflejo, una sombra o mi mujer. (¿Qué es correcto, «era» o «eran»? Corrige mi inglés si me equivoco).

Después de que nos dejara, volvimos a ir los tres. Al tener que cuidar solo de mis hijos, era como si me fijara en ellos por primera vez, y me fascinó ver lo serenos que eran. Estábamos viviendo un profundo dolor y hablábamos todo el tiempo, sobre todo de Birgitt y su infancia. Yo no suelo hablar mucho. No siempre encuentro algo que decir que resulte interesante para otras personas. Aunque los demás hablan de cosas que no me interesan y les escucho de buena gana. Así que quizá el problema no sea la falta de interés de los demás en escucharme, sino mis pocas ganas de hablar. Mientras conversábamos los niños y yo, pude ver que, incluso a pesar de la pena, Karin y Erik controlaban por completo la situación, eran capaces de apañárselas. No sé cómo sucedió esto. Yo tuve poco que ver en ello. Cuando me hablabas de tu hija Mary, decías que te habías sentido perdida a la hora de saber cómo hacerla feliz. Me avergüenza reconocer que nunca supe que mi tarea era hacer felices a mis hijos.

Karin es abogada y trabaja en Copenhague, y Erik es arquitecto en Estocolmo. Sus elecciones profesionales son prácticas pero duras. Ambos tuvieron que estudiar mucho y enfrentarse a una gran competencia para hacer lo que querían. Creo que sus dos carreras requieren comprensión, empatía y un cierto grado de creatividad. Estoy muy orgulloso de los dos. No les veo tanto como me gustaría, aunque ambos se prestan a visitarme o me invitan a hacerlo. Karin me ha llamado para decirme que vendrá el mes que viene y que se quedará en casa. Tengo muchas ganas de verla.

Escribe pronto. No te olvides de lo de la pluma.

Con los mejores deseos,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*16 de junio*

Querido Anders:

Envío esta carta, como propusiste, adjunta a un correo electrónico. Me ha encantado el método que hemos empleado para comunicarnos; el esfuerzo físico que suponía buscar el papel, el sobre, los sellos, el tiempo para ir al buzón, y el que pasaba hasta recibir una respuesta. Todo eso hace que nuestras cartas parezcan mucho más importantes que unas pocas líneas de texto en una pantalla.

La mayoría de los e-mails que recibo son ofertas de plantas, anuncios de eventos para agricultores, o recordatorios de que me toca estar en el puesto de tartas del Instituto de la Mujer en el mercadillo de agricultores. Tus cartas son un mundo muy distinto a todo eso. Me siento como si supiera cómo debió de ser formar parte de la última generación que veía como algo normal la luz de gas o de velas, y para quienes la electricidad era un invento novedoso. Al mirar atrás veo que escribo las cartas siendo consciente de que el nuevo modo de comunicación es más eficaz, pero deseando aferrarme a la finura y elegancia que estamos perdiendo. Sin embargo, principalmente deseo que sigamos en contacto, así que aquí va un documento adjunto enviado por vía electrónica. Te prometo, si me respondes por la misma vía, que imprimiré lo que me envíes y lo leeré como si hubiera llegado a mi puerta en un sobre. ¿Me haces la misma promesa? ¿Leer con la misma atención y pensar una respuesta con detenimiento antes de enviarla? Por supuesto, si encuentro algo más que me apetezca mandarte, como una pluma de pájaro, lo haré por correo postal.

La que te envié es una pluma del ala de una hembra de faisán. En este momento estoy dudando entre contarte todo lo que sé sobre faisanes, como si tú no supieras nada, o simplemente dejar reposar esa primera frase, como si bastara para transmitirme todo lo que necesitabas saber sobre la pluma que te envié. Dudo si contarte todo lo que sé, no solo porque no quiero suponer que no sabes nada, sino también porque podría sonar a que intento demostrar que yo, al igual que tú,

sé algunos datos. Podría parecer que intento contrarrestar tu información sobre la Edad del Hierro con mi información sobre aves de caza. Nada más lejos de mi intención, porque desgraciadamente carezco de ambición para demostrar que soy mejor que otros, y siempre he sido así. Cuando los demás son buenos en algo, deseo poder hacerlo igual de bien. Pero nunca he sentido que necesitara esforzarme por mejorar. Creo que eso es un defecto. Debería haber tenido un mejor concepto de mí misma.

Te voy a hablar de los faisanes, y espero que no te resulte muy aburrido. Tenemos corrales de cría en nuestras tierras. Un coto de caza local gestiona las aves, y seis veces al año viene un convoy de todoterrenos y un par de remolques llenos de hombres ataviados con gorras que llevan armas. Detrás les siguen varias camionetas con hombres, muchachos y, ocasionalmente, alguna mujer que llevan unas varas a las que han atado trozos de plástico blanco de sacos de pienso. Se bajan y salen por los campos agitando las varas para que los faisanes abandonen la tierra y echen a volar. Los «escopetas», el sobrenombre por el que se les conoce, como si hubieran perdido toda su humanidad a causa de este deporte, se dirigen a sus puestos y disparan a los faisanes desconcertados, que la víspera han sido alimentados por las mismas personas que ahora intentan matarlos. Mientras vuelan se preguntan qué demonios está sucediendo (estoy utilizando una prosopopeya, porque los faisanes son unas aves tremendamente estúpidas, y sin duda no tendrán ningún tipo de pensamiento en sus cabezas). Unos perros llenos de barro y excitados pero obedientes, recogen los cadáveres, que luego son colgados formando hileras en una especie de andamiaje dispuesto para ese fin en uno de los remolques. A medio día, los vareadores y los escopetas buscan un refugio o, en el improbable caso de que haga buen tiempo, una orilla donde sentarse a comer los bocadillos que han preparado sus esposas. Al final de la jornada, meten su parte de aves muertas y sus perros embarrados en sus todoterrenos y regresan a casa con sus mujeres. Esos días, Edward y Tam están entre los escopetas, por eso sé por experiencia propia que se espera de las esposas que feliciten al guerrero que regresa, que cuelguen el botín en algún sitio conveniente y que luego limpien el barro que el perro y el escopeta dejan en la cocina. Más adelante, cuando los pájaros estén a punto de echarse a perder, la agradecida esposa los desplumará y destripará, y los guardará en el congelador. El número de faisanes del congelador se mantiene a un nivel constante cocinando alguno que otro, pero básicamente tirando a escondidas a la basura las

aves no consumidas a medida que llegan nuevos trofeos.

Sé que sueno displicente, pero en realidad tengo sentimientos contradictorios respecto a este pasatiempo. Por un lado, es una forma de actuar ridícula: criar y alimentar aves, obligarlas a volar y entonces, dispararles. Si la carne de las aves fuese muy apreciada y el sabor mejorara asustándolas justo antes de reventarlas en el aire —en lugar de simplemente retorcerles el pescuezo como a los pollos— sería menos absurdo. De hecho, a nadie que yo conozca le gusta comer faisán con frecuencia, más bien casi nunca, y hasta los más apasionados de la caza están de acuerdo en que la carne no sabe mejor. Por otro lado, la caza precisa de bosquecillos, arbustos y franjas de tierra plantadas con cultivos de otra forma improductivos, como girasoles. Si la prohibieran o dejara de practicarse, no sería necesaria tal diversidad, y partes del campo que aprecio se convertirían en tierra cultivable. Además, me gustan los faisanes y los perros. Los faisanes, como ya he dicho, son unos cabezas huecas, pero tienen la costumbre de esconderse en un arbusto o matojo de hierba y aparecer, cuando se los espanta, con un estrépito de alarma de lo más maravilloso. Entonces se lanzan al vuelo hacia el espacio abierto más próximo como un avión de papel hecho a la perfección. También son bonitos. Los machos (estoy segura de que ya lo sabes) son los más coloridos, pero las plumas de las hembras poseen la belleza de un dibujo simétrico en tonos marrón y crema, sin ostentación. Me gustan los diseños más que los colores. ¿Alguna vez te has fijado en la hoja de un helecho cuando se despliega? Es una obra maestra de complejidad sin un solo elemento dejado al azar. Y me gustan los perros porque en ellos no hay artificio. Pueden ser malos y taimados, pero siempre de un modo predecible.

Disfruto del placer que este deporte, si se le puede llamar así, produce en Tam y Edward. Son hombres sobrios y trabajadores, y me agrada verlos emocionados, en la medida en que son capaces, cuando salen a cazar, y escuchar la satisfacción en sus conversaciones posteriores sobre cómo se ha dado la jornada. Se trata, a fin de cuentas, de un ritual, y este proporciona un sentido a la temporada. Edward y Tam rechazarían esta opinión, por supuesto. Si se les pidiera que justificaran la caza de faisanes mencionarían la economía (la caza nos da dinero), la gestión del campo (la caza controla a los depredadores) y la cohesión social (saca a hombres y chicos de las calles y los lleva al aire libre). Se negarían a reconocer que lo hacen porque les gusta y que eso solo bastaría como justificación.

Debo señalar que la pluma que te envié no pertenecía a un pájaro abatido durante la caza. Todo eso se acaba en verano y las aves supervivientes andan por

ahí, emparejándose y buscando comida como los pájaros normales. Cogí la pluma de una hembra atropellada por un coche en la carretera que lleva a nuestra granja. Me alegra que te guste. Saber que esta pluma es importante para ti hará que otras plumas similares que veo por ahí sean más importantes para mí.

Ayer, mientras recogía unas frambuesas tempranas, pensaba en cómo la gente de la Edad del Hierro confiaba en vivir otra vida después de la que estaban viviendo. Siempre que recojo frambuesas, recorro la mata con la mayor atención posible, buscando los frutos maduros. Pero por muy atenta que esté, cuando me doy la vuelta para regresar, encuentro frutos que no había visto al acercarme a las plantas desde la dirección opuesta. Otra vida, pensé, sería como un segundo examen a la mata de frambuesas; vería cosas buenas que no he visto en mi primera vida, pero supongo que descubriría que la mayor parte de los frutos ya estaba en mi cesta. Ya ves, estoy siendo mucho más optimista desde la primera vez que te escribí, cuando Bella acababa de morir. Cuando empezamos esta correspondencia, pensaba que sacaría más provecho poniendo mis ideas por escrito que leyendo tus respuestas. Pero estaba equivocada. Tus cartas se han vuelto importantes para mí. No te preocupes por tu inglés. Es perfecto.

Escribe pronto.

Con los mejores deseos,  
Tina

*Silkeborg*  
*23 de junio*

Querida Tina:

He imprimido tu última carta, que, como todas las demás, es importante para mí, y la he leído, como me pedías, igual que si hubiera llegado en un sobre. Ya me siento más conectado a ti al ver tu nombre en mi bandeja de entrada. Pero, por favor, envíame por correo cualquier cosa que te apetezca que vea y toque. Eso también es especial.

Nunca he recolectado frambuesas, pero comprendo lo que quieres explicar. Al contrario que tú, tengo la sensación de que he pasado por alto demasiados frutos en esta vida que llevo. Siempre atento, como estaba, a lo que tenía cerca, en lugar de a lo que había por encima o por debajo de la mata, entre las hojas. Tengo más motivos que tú para esperar que en otra vida pueda tener la oportunidad de encontrar algunos de los frutos que me he perdido. (Ahora me pregunto si en inglés la palabra «fruta» puede ir en plural, pero no voy a dejar de escribir para buscarlo).

Creo que haces lo correcto al ser tolerante con la gente que mata faisanes por deporte. Se trata, como bien dices, de un ritual. Del mismo modo que el hombre de Tollund murió por uno. En su caso, sin embargo, el ritual formaba parte de la representación de un mito, una historia inventada por hombres (y mujeres, por supuesto; uso «hombres» para referirme a la «humanidad») para intentar comprenderse a sí mismos y su mundo. Los contemporáneos del hombre de Tollund encontraban sentido a la vida y evitaban el terror a la muerte inventándose mundos alternativos, míticos, donde los dioses representaban dramas que afectaban a la condición humana mediante, por ejemplo, su influencia en las estaciones y en la fertilidad de la tierra. Pero contar una historia no es lo mismo que creer en ella, y creer en una historia no es lo mismo que representarla. Lo que quiero decir (con demasiadas palabras, como de costumbre) es que el ritual constituye una parte muy importante de la creencia en

mitos y que estos son muy importantes para ofrecer tranquilidad y dar sentido al mundo.

Me dirás que no te referías a «ritual» con el mismo sentido que yo cuando hablabas de tu marido y tu hijo cazando faisanes, pero me parece que parte de la historia que se forman sobre sí mismos al hacer esto tiene que ver con el hecho de conseguir comida. Estar en campo abierto, con frío y lluvia, sin tener la seguridad de que van a lograr el alimento y con la posibilidad de que el faisán se escape y ellos fallen, es una forma de representar el objetivo de sus vidas, llevado a un extremo. Del mismo modo que el sacrificio del hombre de Tollund pudo ser interpretado por los miembros de su comunidad como la representación de sus propias muertes futuras. Poseemos un instinto violento que cuenta con la aprobación de la autoridad, y disparar a unos pájaros es un modo de satisfacerlo mucho mejor que las demás alternativas: guerras, ejecuciones, sacrificios humanos.

A lo largo de los años he reflexionado sobre los mitos con frecuencia, porque, evidentemente, fue un mito creado por Birgitt en su cabeza lo que gobernó su vida. Ella veía aquel mundo imaginado con tanta claridad como el real y ansiaba alcanzarlo, como te conté. Le hubiera ayudado tener algún ritual para acercar ambas esferas, pero nunca descubrió cómo crear el puente, cómo conseguir una barandilla a la que aferrarse. Tenía lo que la gente suele llamar costumbres raras, que parecían proporcionarle alivio de vez en cuando. Nunca usé la palabra «ritos» para definir las, por miedo a parecer supersticioso. La superstición es una palabra muy desdeñosa con la que la gente racional se refiere a cualquier cosa que no se asemeje a un pensamiento racional, sin ver que existe belleza, sentido y finalidad en dejar a un lado todo lo que se puede explicar, e imaginar algo milagroso en, por ejemplo, una hoja de helecho al desplegarse.

Volvamos a Birgitt. Una de sus costumbres era recoger cosas. Piedras, ramitas o cosas tiradas en lugares públicos, como trozos de cinta o imperdibles. No importaba si eran bonitas o feas, si eran naturales o fabricadas; si algo le llamaba la atención, se lo metía en el bolsillo. Algunas de esas cosas no volví a verlas, pero otras todavía las tengo en mi casa, justo donde ella las dejó, en la posición exacta en la que las colocó.

Era resuelta y expeditiva cuando veía algo que quería. Resultaba difícil distraerla o hacerle cambiar de opinión. Tuvimos algunos momentos de bochorno. Una vez en una zapatería, cuando los niños eran muy pequeños, mientras comprábamos calzado para el nuevo trimestre que iba a empezar. Nos encontrábamos sentados en fila en un banco esperando a que la dependienta

trajera los zapatos que habíamos elegido en las tallas adecuadas para los niños. Erik vio a un amigo en otro banco, se levantó y fue hacia él dando saltitos, con un zapato puesto y el otro pie descalzo. Karin se movió para ocupar el espacio de su hermano, con los pies todavía colgando y dando patadas con los talones en la parte frontal del banco. Se le enredó el pelo en la correa de mi reloj y recuerdo que sentí desesperación e impotencia. Eran buenos niños, lo sé, bien educados, pero aun así me superó: que Erik echase a correr; que yo no pudiese ir a por él debido al pelo de Karin; que la niña no se levantara o dejara de dar pataditas, sin importar lo que yo le dijera. Creo que mi mente estaba siempre concentrada en Birgitt, y por eso cualquier pequeña distracción que provocaran los niños se convertía en algo casi insoportable.

Desenredé el pelo de Karin y me fui a por Erik, que jugaba tranquilo con su amigo. Conocía a la madre y charlé con ella unos minutos. Cuando me giré, Karin tenía los pies encima del banco y estaba recostada con las rodillas flexionadas, con el dobladillo de la falda por encima de la cabeza. Birgitt no estaba. Mi primer pensamiento fue salir corriendo por la puerta de la tienda como si mi mujer fuera un niño que no pudiera dejar solo en la calle, pero oí su voz y vi que estaba detrás de una estantería de zapatos. Tenía un cordón en la mano. Era largo, con rayas doradas y verdes en diagonal. Estaba sin estrenar y la mujer con la que hablaba le estaba explicando con claridad que debía devolverlo a la caja que tenía en la mano y que contenía un par de zapatos nuevos de los cuales solo uno tenía sus cordones. Birgitt le decía que el cordón no estaba hecho para estar encerrado en una caja. Dejaría de estarlo, le explicó la mujer, cuando alguien comprara los zapatos. Era una mujer tranquila y amable. Le pregunté a Birgitt si quería comprar los zapatos y dijo que no, por supuesto que no. Luego le pregunté a la mujer si podía vendernos un par de cordones iguales. Me temo que no, dijo. Solo se vendían con los zapatos.

—Estaba ahí tirado —me dijo Birgitt—. Libre.

—Pero no puedes quedártelo —dije—. No está libre.

—Lo sé —dijo.

Más tarde le pregunté qué tenía aquel cordón para que lo deseara tanto. El diseño continuo, me dijo, sus propiedades para crear formas.

En otra ocasión estábamos en un tren y se quedó fascinada con un hilo de un pañuelo verdemar que una mujer sentada cerca de nosotros llevaba al cuello. Supe lo que Birgitt estaba mirando porque normalmente la atraían cosas como esa bufanda o el cordón. Cosas que se movían con la brisa, de colores raros, ni sólidas ni voluminosas, sino alargadas y capaces de reconfigurarse adoptando

formas diferentes. Ninguno de los dos hablamos, pero cuando la mujer se levantó para bajar del tren, Birgitt la siguió por el vagón y volvió un poco después con aspecto triste.

—No me ha dejado quedármelo —dijo.

Ninguna de las cosas que guardo de Birgitt son como el pañuelo o el cordón. Lo que se quedaba solía ser más sólido, y me pregunto si buscaba algo que uniera una cosa con otra y nunca lo encontraba. Siempre se le escapaban el hilo de una tela o el cordón de la longitud exacta que hubieran conectado sus dos formas de realidad.

Estoy haciendo que Birgitt parezca una niña, por su manera de buscar cosas que no eran suyas y quedárselas, y supongo que lo era. Pero era dócil, mientras que los niños suelen ser impetuosos.

Voy a terminar con otra idea sobre la caza de faisanes: implica una relación profunda con la naturaleza. Yo vivo muy desconectado de ella debido a mis costumbres. Solo tengo dos aficiones, jugar al ajedrez y cantar en un coro, y las dos son de interior. El único ejercicio que hago es nadar (en una piscina cubierta) e ir en bicicleta al trabajo. Desde que iniciamos esta correspondencia, presto más atención cuando voy en bici. Para llegar al centro de Silkeborg, donde está el museo, tengo que cruzar un lago. Me fijo en el agua, porque cambia constantemente y refleja el día; es de color gris los días apagados, más azul los días relucientes; la superficie se agita con el viento o (cosa poco frecuente) está en calma. Pero ahora recuerdo que también debo mirar el paisaje y contemplar la carretera y el lago, no solo pedalear con la cabeza agachada. Hay bosques alrededor de Silkeborg, y una vieja senda fluvial junto al río Gudenå. Pienso en que debo ir a dar un paseo. Buscar hojas de helecho desplegadas. Descubrir una perspectiva más alegre.

Con todos mis buenos deseos,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*1 de julio*

Querido Anders:

Me gusta la manera en que hablas de cosas que con demasiada frecuencia son tratadas de simples, como los rituales, pero tú les das profundidad y sentido. Todo lo que hacemos en la granja posee un regusto a ritual. Cuando las cosechas se siegan, cuando los animales se aparean, cuando se degüella a las crías. No hay superstición en esto; hay motivos prácticos y racionales para hacer lo que hacemos, pero lo convertimos en un ritual con todas las pequeñas ceremonias que lo rodean. Una vez, estaba yo en Italia visitando a Bella cuando comenzó la cosecha de nuestros principales cultivos de cereal. Me había olvidado de preparar y dejar hecho el pastel de frutas que en nuestra familia es tradición (esta es otra palabra para ritual) comer ese día en concreto. Aquel año el tiempo se puso impredecible desde que comenzó la cosecha. Llovió cuando no debía. Además de reducir la producción, suponía tener que encender la secadora en uno de los graneros, un día tras otro, para reducir el contenido de humedad del grano, un recordatorio audible de que todo no estaba saliendo a la perfección. Edward decía, bromeando, que la falta del pastel de frutas era la causa de todo. Un mal augurio que nos trajo infortunios.

En ocasiones, el negocio de la agricultura se parece a una lucha en la que tenemos la posibilidad de no ganar, y, cuando más cerca estamos de perder, cuando es necesario un esfuerzo más intenso y físico para salir del atolladero, más felices son todos. Menos yo. Yo disfruto cuando estoy calentita, seca y ociosa tras una tarde bregando con los plásticos de un montón de ensilado bajo una tormenta de nieve, pero no siento ningún tipo de satisfacción por haber amarrado los plásticos y salvado el ensilado. A pesar de todo el tiempo que paso en la cocina haciendo comida para poner en la mesa, dar de comer no forma parte del relato que me hago sobre mi vida. Creo que el único mito que tengo en el que puedo sustentarme es la idea del hombre de Tollund. Para mí es como los

dioses en los que él creía; alguien que vivió antes que yo, luchó sus batallas y ahora posee una sabiduría que puede transmitirme si encuentro un modo de llegar a él. Estar constantemente planeando ir sin llegar a hacerlo quizá se haya convertido en un ritual. Pero tomármelo así hace que la decisión de ir parezca más importante todavía, un paso hacia algo grande, así que no ahondaré en esta idea por temor a que me resulte tan abrumadora que jamás llegue a realizarla. Todavía tengo pensado ir. Aún es importante para mí dar ese paso. Aunque Bella no esté conmigo, sé que tú estarás allí para darme la bienvenida cuando entre en el museo. Pero siento que no soy capaz de decir si esto será mañana, el próximo mes o el año que viene. Tengo la esperanza de que lo sabré cuando llegue el momento adecuado.

Con mis mejores deseos,  
Tina

*Silkeborg*  
*10 de julio*

Querida Tina:

Me hace mucha ilusión estar a tu lado cuando veas por primera vez al hombre de Tollund. Espero que sea pronto, pero confío en que sabrás cuándo ha llegado el momento.

He recibido la visita de mi hija, y te la voy a contar porque ha sido un acontecimiento muy alegre, aunque la alegría estuviera oculta en su interior y la esté descubriendo ahora que ella ha regresado a Copenhague. Espero encontrarla a medida que te escribo. Me temo que esta va a ser una carta larga.

Karin llegó el viernes por la tarde, con comida. En mi vida solitaria, soy meticuloso en ese aspecto. Cada noche me preparo lo que voy a comer y pongo mantel, cuchillo y tenedor, y el vaso de cerveza, vino o agua, la pimienta y la sal. Agarro el plato con la comida que he preparado y me siento a la mesa. Luego lo recojo todo y dejo la cocina como estaba antes de empezar. Hago esto porque es una versión de la costumbre que seguíamos cuando Birgitt estaba con vida. Seguir el mismo patrón me resulta importante para evitar que la superficie de mi vida se resquebraje lanzándome a cualquier forma de vergonzante desesperación. Sin embargo, no soy cocinillas. Como salchichas y patatas, o chuletas y patatas, o jamón con ensalada y pan. No disfruto con la comida, ni preparándola, ni comiéndola. Sé que la necesito, nada más.

Karin es una cocinera audaz. Vive, como ya te he dicho, en Copenhague, donde hay una nueva cultura de alimentos de temporada e ingredientes silvestres que no puedo entender. No sabría decirte qué fue lo que me preparó porque no estoy seguro de cómo se llaman en danés los ingredientes ni el tipo de plato, así que no tengo ni idea de cómo se dirá en inglés. Debería haberle pedido datos y anotarlo para ti. Se me ocurrió más tarde. En ese momento, disfrutaba mirando cómo hacía los preparativos y cocinaba, con esa conversación que se tiene cuando uno está ocupado y el otro ocioso. Hablamos de programas de televisión

que habíamos visto y de noticias de actualidad. Me preocupan los cambios que están teniendo lugar en el mundo, pero a ella no. Es lo bastante joven como para estar tranquila. Sabe que tiene una vida por delante y que podría lamentar las decisiones que algunas personas o políticos están tomando, y le parece que podrían conllevar problemas económicos o sociales, pero aun así hay tiempo para que las cosas vuelvan a mejorar antes de que se haga mayor. O quizá esto no tenga que ver con la edad y se deba solo a que es una persona optimista con una actitud esperanzada ante la vida.

La comida estaba deliciosa. Rica y sencilla. Mientras comíamos le conté tu historia de la caza de faisanes. ¿No era esa, le dije, el tipo de comida que le gustaba? De temporada. Sacada de la tierra. Karin no estaba segura. Hay una diferencia, dijo, entre recoger lo que la naturaleza da en abundancia y crear la abundancia para recogerla, que es lo que se hace cuando se cría ganado.

—Si estuviera en el tribunal —me dijo, resumiendo— yo propondría que la caza de faisanes fuera clasificada como una forma de ganadería, en lugar de defender que es una forma de extraer alimentos de la naturaleza.

Después de recoger la mesa y limpiar la cocina, salimos a sentarnos en el cenador que tengo en el jardín y me contó lo que había venido a decirme. Había anochecido y no tengo luces fuera, de modo que no la veía bien; ella tampoco me veía bien, y creo que así fue mejor. Me dijiste en tu primera carta —la primera dirigida a mí, no la primera que escribiste al profesor Glob— que escribías para ti misma y que no hacía falta que yo siguiera leyendo. Ahora voy a hacer yo lo mismo. Voy a poner por escrito la historia que me contó Karin para ayudarme a decidir lo que siento. No voy a decirte que no hace falta que la leas porque te conozco lo bastante como para saber que lo harás. Además, quiero que la leas porque tu opinión sobre este asunto me ayudará a conocerte todavía mejor.

Durante los últimos dos años Karin ha tenido una pareja que se llama Lars, un hombre implicado en la industria de la música, más concretamente en la industria de la música pop. Nunca he comprendido exactamente a qué se dedica porque no entiendo cómo funciona, pero creo que es mánager de bandas y también *disc-jockey*, y quizá tenga otras maneras de hacer dinero. Ahora ya no importa porque lo primero que Karin tenía que contarme era que su relación se había acabado. No lo lamenté. Es un hombre grande, desordenado y alegre, muy distinto a mí. Normalmente esto es un motivo para que te caiga bien una persona, pero en el caso de Lars me parecía que era una imagen que había elegido dar. No tengo ni idea de qué clase de hombre era en realidad, y prefiero

que la gente sea más directa. Que sean francos con sus opiniones. Me temo que parte de mi desconfianza podría provenir del hecho de que desconfío del negocio al que se dedica. Me cuesta valorar la calidad de la música moderna, así que sospecho de ella. Por supuesto, no soy yo quien debe realizar estos juicios. Pero yo decido si me gusta escucharla o no, y si lo hago, la calidad ha de ser tan alta como yo precise. La historia juzgará si estuve acertado en las elecciones que hice.

Ahora Karin me cuenta que lo suyo se ha terminado. Mi hija sabía que Lars era un hombre de grandes ambiciones y que disfrutaba satisfaciéndolas, pero había sucedido algo que le hizo comprender que no tenía límites, cuando ella pensaba que debía haberlos. Esto es lo que ocurrió.

En Copenhague hay una zona llamada Christiania, que es una especie de comuna con licencia para saltarse la ley. Allí hay diversiones al alcance de la mano que la Policía no se preocupa por perseguir, a no ser que provoquen alteraciones del orden o alguien resulte herido, e incluso en ese caso las autoridades son reacias a intervenir, o eso creo. Nunca he estado allí. No lo desapruebo, para nada; creo que es bueno que existan ese tipo de sitios donde gente más atrevida que yo puede entregarse a sus caprichos sin hacer daño a los demás. Es un lugar que frecuentaba Lars, y Karen iba con él. Una noche, hace tres o cuatro meses, fueron a un bar en Christiania en el que Lars había quedado con unos amigos. Los amigos no estaban, y todavía no habían llegado cuando Lars miró su teléfono y le dijo a Karin que tenía que irse. Estaba intentando cerrar un contrato con una banda que también andaba aquella noche por Christiania, en otro bar, y era importante hablar con ellos. No tardaría, le dijo, y ella podía esperar allí a que llegaran sus amigos.

Karin es una persona fuerte, pero se sintió incómoda esperando ella sola en el bar. Llamó a Lars, pero este tenía el teléfono apagado. Así que se levantó y se marchó, lo cual no le resultó fácil porque el local se había llenado y estaba muy animado. Sintió manos apoyadas en su espalda aunque, dice, podrían ser solo imaginaciones. Intentaba no ceder al miedo.

Una vez en la calle se dirigió hacia la izquierda, con la sensación de que Lars había salido en aquella dirección, y se puso a buscarle, caminando pegada a los edificios y mirando en los bares, los puestos de comida y entre la gente sentada en la acera.

Tres hombres que venían de frente se chocaron con ella, y luego se detuvieron y le dijeron algo. Ella no fue capaz de interpretar el tono. ¿Se estaban burlando de ella, provocándola, amenazándola o, como sugerían sus palabras, solo siendo

amables e intentando disculparse? Los miró directamente y, sin hablar ni sonreír, se dispuso a pasar de largo, pero ellos cambiaron de posición y le cerraron el paso. Entre la peste a fritanga y el humo de cientos de porros, captó un olor a sudor, cuero viejo y aceite de motor en la chaqueta del hombre que tenía más cerca.

La gente pasaba a su lado y un par de personas miraron en su dirección, conscientes de que el comportamiento de los componentes de aquel grupo del que ella formaba parte contra su voluntad despertaba sospechas: algo podía estar a punto de pasar. Cuando Karin volvió a moverse, todavía negándose a reconocer que aquellos extraños estaban, en realidad, impidiéndole avanzar, alguien se detuvo en la calle y la llamó por su nombre. Era un hombre al que solo había visto unas pocas veces, en fiestas o como parte de un grupo con el que estaba tomando copas o comiendo. Lo único que sabía de él era su nacionalidad, australiano, y su profesión, periodista. No se acordaba de su nombre. Pero lo saludó como si fuera un viejo amigo, justo a quien estaba buscando en aquella calle, y al instante los hombres que la rodeaban se marcharon y dieron la vuelta a la esquina, despreocupados y alegres.

El australiano, cuyo nombre era Ben —él mismo tuvo que recordárselo—, le preguntó si estaba sola, y cuando Karin le contestó que sí, hizo un gesto al grupo con el que estaba y se quedó con ella. No había visto a Lars, pero sí la publicidad que anunciaba una actuación de la banda que Lars había dicho que iba a buscar, y se acordaba del local. Estaban en la zona donde los puestos vendían abiertamente hachís, y había gente joven y no tan joven tambaleándose y tirada en la calle. Ben pasó un brazo por el hombro de Karin y la condujo entre la multitud. Era un hombre bastante grande y estaba sobrio, así que no tuvo problemas para abrirse paso. Ahora que ya no estaba sola, Karin también se sintió más segura —más ella misma, podríamos decir— y avanzaba con su habitual sensación de confianza y sin temor en un lugar público.

Cuando llegaron al local, un viejo almacén de ladrillo, era evidente que el concierto había acabado. Las puertas estaban abiertas de par en par y en el interior habían encendido las luces a su máxima potencia. En el escenario estaban desenchufando y recogiendo los amplificadores e instrumentos de la banda. Karin reconoció a uno de los miembros del grupo y lo llamó. El muchacho levantó la cabeza y se detuvo completamente inmóvil. Parecía receloso. Dijo algo a los que estaban trabajando en el escenario, muy rápido y en voz baja, y todos se quedaron parados y se giraron hacia ella, con cables, guitarras y micrófonos en la mano. En el silencio, Karin captó el sonido de unas

risas en una puerta que había al lado del escenario, y corrió hacia ella, entrando en el cubículo donde los artistas se cambiaban de ropa. Allí estaba Lars, tirado, medio desnudo, en un viejo sofá junto a la cantante, una muchacha casi sin ropa que le daba a Lars mordisquitos en la oreja.

Lars levantó la cabeza para mirar a Karin, y luego la dejó caer sobre los cojines. Dio una calada al porro que tenía en la mano que no estaba ocupada abrazando el cuerpo de la cantante, y se lo ofreció. La infidelidad no sorprendió a Karin; aquello no era nada serio. Era poco probable que la atracción de Lars por la cantante fuera algo más que física; dudaba que pudiera recordar su nombre dentro de un mes. El límite que Lars había cruzado era dejar a Karin sola y vulnerable; por mucho que intentara ser fuerte, se había sentido así. No le importaba que Lars fuera un juerguista, pero no a su costa.

Karin regresó al local, donde habían vuelto a ponerse a recoger. El grupo y sus ayudantes canturreaban la letra de una canción mientras trabajaban, intercalada con el acorde de una guitarra o una nota sostenida en un teclado. Karin se dirigió rápidamente hacia la puerta abierta y volvió a salir a la noche fría y oscura. Cuando estuvo entre las sombras, libre de la luz que caía desde las ventanas de la sala de conciertos, se sentó en un bloque de cemento decorado con pintura rosa, azul y naranja y con eslóganes que declaraban un desafío a la autoridad. Se llevó las manos a la cabeza, enfadada, disgustada y avergonzada, de Lars y de ella misma. Cuando alzó la vista, Ben estaba apoyado en una valla a su lado.

—Pensé que necesitarías compañía para volver a casa —dijo.

En realidad, todo esto no es lo más importante de la historia que Karin me contó. Es, supongo, una historia bastante común. Pero constituye una explicación de lo que sucedió a continuación; una justificación, quizá. Júzgalo tú misma. Karin me contó todo esto con tanto detalle para que yo pudiera juzgar por mí mismo lo que sucedió después.

Se fue a casa con Ben. No a su casa, la que compartía con Lars, sino al apartamento que Ben tenía alquilado en Christianshaven, el suburbio al que pertenece Christiania. Se quedó allí cinco días y cinco noches. Se abandonó, así fue como me lo describió. Una liberación de tensión, una forma de dejar salir la rabia y el dolor. No es el modo en que suele comportarse. Es una chica fría. Aunque creo que la palabra «fría» no tiene el sentido que pretendo darle aquí. Quiero decir que no se deja llevar con facilidad por el deseo. Cuando se rinde a la pasión, es como resultado de haber comprendido todas las consecuencias. La decisión sopesada de dejarse llevar.

Salió, se compró ropa y fue al trabajo ignorando las llamadas de Lars, y volvió

al apartamento de Ben. El séptimo día, Ben se marchó de vuelta a Australia. Karin no fue a despedirlo al aeropuerto. Le dio un beso de despedida como haría con un amigo que se ha portado bien con ella, pero que no va a ser importante para ella en el futuro. Así es como describió sus sentimientos, en el portal del bloque de apartamentos, cuando Ben se montó en el taxi.

Entonces Karin regresó al apartamento en el que vive, que es suyo, y le dijo a Lars que se marchara. He hablado con ella muchas veces por teléfono desde entonces, y siempre sonaba feliz. No tengo motivos para preocuparme. También sonaba feliz aquel día, sentada en mi cenador en la penumbra, cuando me contó que estaba embarazada. Sin embargo, no lo había buscado y fue un shock para ella. No hay posibilidad de que sea hijo de Lars. Lo sabe desde hace tres meses, pero la noticia era nueva para mí, claro, y mi primer pensamiento fue alegre. Un bebé. No hay nada más alegre que eso. Pero nada más sentir esa felicidad, me invadió la desesperación. ¿Qué iba a pasar ahora con mi adorada Karin? ¿Haría las maletas y se iría a Australia con el padre del niño, un hombre al que nunca he visto y que podría caerme mal o resultarme poco de fiar? ¿O criaría a su hijo ella sola, sin nadie con quien compartir la responsabilidad? ¿Habría algún modo, me pregunté, de que Karin hiciese el trabajo que hace en Copenhague desde aquí, en Silkeborg, para que yo pudiera ser la persona que compartiera con ella la carga? ¿Vendría ella conmigo, o debería yo prejubilarme e irme con ella a Copenhague? Lo primero que dije, entre aquel torbellino de pensamientos, fue:

—¿Has decidido no abortar?

Fue cruel decir algo así, pues implicaba que para mí esa era la mejor solución, cuando en realidad, si mi hija me hubiera dicho que estaba considerando esa opción, yo me hubiera puesto triste por ese bebé al que nunca llegaría a conocer, como si ya lo tuviera entre mis brazos y me lo fueran a quitar. De hecho, dijo:

—Esto es lo que he decidido. Voy a tenerlo.

Por supuesto, lo había pensado detenidamente. Fríamente. El bebé le ha sido dado, tal y como ella lo ve, igual que si hubiera acudido a un banco de esperma. La semana con Ben fue como un cuento que se hubiera narrado a sí misma. El bebé es el final feliz. Ben solo le había escrito una vez desde que se marchara, para contarle que había llegado a casa y para darle las gracias por aquellos maravillosos días. Karin no le había contestado ni tenía intención de hacerlo. No le iba a contar que estaba embarazada. Cuando me dijo esto, me dejó totalmente asombrado.

—¿Acaso él no tiene derecho a saberlo? —pregunté.

—Durante generaciones las mujeres solo han tenido los derechos que a los

hombres les apetecía concederles. Ahora, si una mujer reclama su derecho a negarle a un hombre algo que él considera legítimamente suyo, ¿por qué resulta tan chocante? ¿Acaso no es lo que siempre ha pasado, pero invirtiendo los géneros? No le está privando de nada que él haya pedido o espere. Ella tampoco le pide ni espera nada de él. Es —repite— como un donante de esperma.

A primera hora del día siguiente Karin se marchó de vuelta a Copenhague, y todavía no estaba seguro de mis sentimientos respecto a lo que me había contado. Hablé muy poco. Le dije que, por supuesto, decidiera lo que decidiera, yo la ayudaría en todo lo que estuviera en mi mano. Me dijo: «Lo tengo decidido», mirándome desafiante por un instante, y luego sonrió y me dio un beso. No es necesario que sea desafiante conmigo. No voy a cuestionarla; eso se lo dejo a otros.

Entonces, ¿qué te parece? ¿Debo discutir con ella por los derechos del padre? Mientras me estaba contando la historia, en la penumbra del cenador, yo estaba pensando todo el rato en escribirte. Creo que escuché con renovada atención para estar seguro de que luego te contaría la historia sin ningún error. Espero haberlo conseguido. Que te apetezca darme tu opinión, si es que tienes alguna, resulta menos importante que el alivio que me ha proporcionado poder compartir todo esto. Nunca hubiera creído que pudiera ser así.

Gracias,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*20 de julio*

Mi querido Anders:

Creo haberte dicho ya que no suelo tener opiniones firmes; son raras las ocasiones en que estoy convencida de tener la razón. Me resulta difícil no ver las dos caras de una historia. Creo que esto es algo bueno, pero también algo malo. Me cuesta indignarme, y la indignación es con frecuencia un desperdicio de energía. Me resulta fácil simpatizar con los que aparentemente son los pecadores, igual que con quienes aparecen en el papel de víctimas; no sé si esto me hace mejor persona que los que condenan sin titubeos, pero consigue que me quiera un poco más. Por otra parte, siempre he mostrado tendencia a aceptar lo que otra persona considera con vehemencia que está bien, porque soy capaz de ver tan claramente su punto de vista que no me siento con fuerzas para sostener lo contrario. Se podría decir que por eso me casé con Edward. Mis padres y los suyos fueron convincentes respecto a las consecuencias que tendría para ellos, para el bebé, para Edward y para mí que no nos casáramos. Todo eso era muy cierto, pero resultaba insignificante en comparación con el hecho de que no era lo que yo quería hacer con mi vida, de que se trataba de una solución a corto plazo que ponía el bienestar inmediato de los demás por encima de mi bienestar a futuro. No podía expresarlo con ninguna convicción.

Mi madre pensaba que yo no era capaz de ver cómo todas las partes estaban desesperadas por evitar el conflicto a toda costa, y que se debía enteramente a mi posición en la familia, la mediana de tres hermanos. Mi madre era una mujer adorable, pero muy apegada a las categorizaciones. (Sé que me estoy alejando de la finalidad de esta carta, que es responder a la historia que me has contado, pero lo haré, te lo prometo). De joven me irritaba la visión tan simple del mundo que tenía mi madre, pero ahora que sé lo duro que resulta mantenerse firme, alegre, equilibrada y con control —lo que se espera de nosotros como adultos—, soy capaz de apreciar los mecanismos que ella usaba para conseguirlo. No había

sutileza ni malicia en los juicios que emitía. Para ella, una familia era o «pudiente» o «luchadora». Una vez le pregunté a qué clase pertenecíamos nosotros, y se enfadó, algo que debería haberme hecho sentir culpable, pero que en su momento no lo hizo. Las categorías estaban ahí para mantener una distancia entre mi madre y la gente a la que veía capaz de apañárselas mejor que ella; una distancia que a su vez evitaba que ella fuera juzgada. Te cuento esto porque no sé hasta qué punto mi predisposición a tener en cuenta los puntos de vista de los demás es debida a mi naturaleza, o si de tanto repetir el mantra mi madre consiguió que me lo creyera, y por lo tanto llegué a asumirlo y a hacerlo cierto. O —y esto es una idea extraña— puede que mi madre tuviera razón. Tengo tres hijos, y creo que el mediano, Andrew, es el más atento y el más amable. Pero no tiene ninguna dificultad en expresar su opinión, y yo sí.

No soy, en todo caso, la mejor persona a la que pedir opinión sobre las decisiones que ha tomado tu hija. Sin embargo, tengo una fuerte sensación de que está en su derecho de decidir por sí misma. Pero tú querrás estar seguro de que no se ha visto del todo influenciada por emociones que al final podrían estar confundiéndola.

No le he contado a nadie lo de nuestra correspondencia. Me parecía una conversación sin espacio para otros, como las mejores charlas con un amigo íntimo. No obstante, tú me dijiste que habías compartido con tu hija nuestra discusión sobre los faisanes y esto me hizo pensar que yo debería compartir la historia de tu hija con la mía. Quería tener un punto de vista claramente expresado, y sabía que Mary, una persona muy segura de sí misma y franca al hablar, me lo daría. Además pensé que luego podría ser capaz de ver el otro punto de vista, la alternativa, con suficiente claridad como para quizá poder ofrecerte una opinión firme.

Mary y Vassily viven en un cobertizo reformado en la otra punta de nuestro jardín. Vassily se encargó de las obras para dedicarlo a alquiler vacacional, antes de pasar a formar parte de la familia. Es un edificio muy simple, por dentro y por fuera. Adaptado a su finalidad, se puede decir; la reforma se hizo gastando dinero únicamente en lo que un veraneante pudiera necesitar o echar en falta. Cuando Mary y Vassily se instalaron allí, pensé que lo harían menos frío: pondrían alfombras y cortinas de colores vivos, pintarían las paredes de un tono distinto al blanco, comprarían adornos, cuadros y otros muebles. En otras palabras, harían de esa vivienda algo más parecido a la casa de campo en la que habitamos Edward y yo. En cada habitación tenemos diferentes estratos de posesiones bajo la superficie; cosas que heredamos de los padres y abuelos de

Edward y de los míos, cosas que nos han dado o —este es el grupo más reducido — compradas por nosotros. Mary y Vassily, al empezar por los cimientos, por así decirlo, podían elegir el grosor y la diversidad del estrato que pondrían encima. Y bien sabe Dios que yo estaba dispuesta a prestarles parte de la acumulación de cosas de mi casa. Pero no han hecho nada. Sarah, la esposa de Tam, que transformó el bungaló que construimos para los padres de Edward en un nido de caprichos (estoy mezclando metáforas, lo sé, pero me gustan, así que voy a dejarlas), es muy crítica:

—Parece como si no tuvieran intención de quedarse —dice—. No se preocupan en absoluto por convertirlo en un hogar.

Sarah, solo te diré, es hija de otro agricultor local y, por toda la energía que dedica a colocar pilas compactas de toallas a juego en el cuarto de baño, velas aromáticas en el comedor, guardamalletas y alzapaños en las cortinas del salón, podría decirse que vive entregada a las tareas del hogar. El mismo empeño que dedica a tener su casa como un apartamento del catálogo de una inmobiliaria, lo dedicó a impulsar un matrimonio entre su hermano y Mary, en aras de los intereses económicos a gran escala que resultarían de la unión de las dos explotaciones agrícolas. Aunque no coincidieran con los intereses de Mary ni con los de su hermano, que jamás tuvieron nada en común y cada uno acabó eligiendo una pareja lo más distinta posible al otro.

No comparto la opinión de Sarah; Mary y Vassily son gente sencilla, directa, indiferentes a las comodidades materiales. La casa está hecha a su medida. Y ellos están hechos el uno a la medida del otro.

Vassily se encontraba en casa cuando fui a hablar con Mary. Nos sentamos a la mesa de la cocina a tomar té. Les conté que un amigo me había pedido opinión sobre si su hija, que se había quedado embarazada inesperadamente de un hombre con el que había pasado unos días de pasión sin el propósito, por parte de ninguno de los dos, de mantener una relación duradera, debería contar al presunto extraño que iba a ser padre. Cuando comparto con ellos noticias o cuando les cuento algo que he visto u oído, tienen una forma de escuchar perfectamente educada, pero que me hace sentir que están esperando que yo deje de hablar para poder volver a hacer o pensar lo que estuvieran haciendo o pensando antes de que yo empezase a hablarles. Sin embargo, no reaccionaron así a la historia de Karin. Me miraban mientras les hablaba, como si lo que les decía tuviera el suficiente interés para hacerles concentrarse, estudiar la cuestión y responder. No estaban satisfechos con los pocos detalles que les proporcioné y tuve que contarles toda la historia, tal y como me la contaste tú.

Cuando ya tenían toda la información que necesitaban, fueron contundentes y claros en sus opiniones. Para mí fue algo maravilloso de escuchar; quizá recuerdes mi preocupación porque el secreto de su intimidad residiese en que no se molestaban demasiado en hablar entre ellos para así no discutir. En aquel momento pude ver que su complicidad va mucho más allá. Se basa en una disposición a discrepar el uno con el otro y disfrutar con ello.

Mary está totalmente de parte de tu hija. Vassily cree con la misma vehemencia que tu hija se equivoca. Mary expresó las mismas opiniones que me describiste en Karin. La madre tiene todo el derecho, o eso dice Mary, a decidir por sí misma si tendrá el hijo y también si lo criará, o confiará su crianza a otra persona, o compartirá la responsabilidad de la crianza con otra persona. Mary no respetaría, dice, a una mujer que tomase esas decisiones sin tener en cuenta el impacto en el niño y en cualquier otra persona que pudiera tener un interés en el niño. Primero debería asegurarse de que puede mantenerlo, cuidarlo y evitar daños emocionales a sí misma y a terceros. Debería estar segura de que, con la decisión que toma, no arruina la vida a nadie. En este caso, afirma Mary, Karin parece una mujer perfectamente capaz de proporcionar al niño todo lo que pudiera necesitar —dice que parece una mujer a la que le gustaría conocer—, y el padre no puede echar en falta al hijo porque no sabe de su existencia y tampoco lo deseaba. Mary defendería con todas sus consecuencias la decisión tomada por Karin.

Vassily, sin embargo, dijo que Karin no tiene suficiente información como para tomar una decisión así. No sabe, por ejemplo, si Ben tiene una madre en Australia a la que el egoísmo de Karin está privando del derecho a conocer a su nieto. Añadió, encendiéndose, que a esa mujer se le podría estar negando tener nietos, muy a su pesar, que podría ser vieja y quizá estar enferma, y esta noticia, la posibilidad de tener un bebé entre sus brazos, haría que sus últimos meses o años fueran felices. (Nunca hubiera sospechado que Vassily tuviera una imaginación tan viva, pero Mary me contó después que él pensaba en su abuela, que era el centro de la familia en la que se crio). ¿Cómo me sentiría, quiso saber, si no me hubieran dado la oportunidad de conocer a los hijos de Tam y Sarah, de llevarlos en brazos siendo bebés y de disfrutarlos como personas? Mary no me dio tiempo a decir lo que pensaba: que me siento una privilegiada por haberla tenido, pero que no es un derecho; no me defino por mi condición de abuela y no me sentiría inferior por no tener nietos.

—Estás truncando sus derechos como mujer anteponiendo los posibles derechos de otra mujer —dijo Mary.

Vassily se levantó y se puso a dar vueltas, como si le preocupara que su falta de soltura en inglés no le permitiera expresar adecuadamente el ímpetu que quería imprimir a sus argumentos. Dijo que Karin estaba siendo falsa y manipuladora en su actitud hacia los hombres en general, y hacia Ben en particular. Reivindicaba su derecho a decidir por sí misma ignorando los derechos que la sociedad le reconoce al padre, pero necesitaba y usaba a los hombres para sus propios fines y no podía negar el papel que desempeñaban. Señaló que Karin no había puesto reparos a la hora de aprovechar la protección que representaba Ben en la situación intimidante en la que se había visto envuelta. Una protección basada enteramente en su condición masculina. Si se hubiera encontrado con una amiga, quizá se hubiera sentido un poco menos vulnerable, pero no se habría sentido segura, capaz de salir de la situación con la cabeza alta, como sí hizo con Ben a su lado.

—Y además —se volvió a sentar y tomó la mano de Mary—, ¿qué hay del niño? ¿Acaso ese pequeño o esa pequeña no tienen derecho a conocer a su padre?

—Lo tendrá —dijo Mary—, cuando tenga edad para comprender. Mejor eso que una infancia arruinada por pertenecer a dos sitios a la vez, yendo y viniendo de la casa de un progenitor y unos abuelos a la de otros, sin llegar a entender por qué tiene que hacer eso, sintiéndose menos querido que sus amigos de la escuela, creyendo constantemente que cuando se va de casa de un progenitor, este en el fondo se alegra de verlo partir.

Estaban disfrutando tanto de su discusión que me dio la impresión de que se habían olvidado de mi presencia, pero entonces Vassily se volvió hacia mí y dijo:

—Tú decides. La abuela sin nietos y la criatura sin padre, o el derecho de la madre a decidir su propia vida.

Para entonces yo ya había llegado a una conclusión y te diré, igual que les dije a ellos, cuál es: debemos buscar la satisfacción en nuestro interior. No es justo cargar a niños o nietos con la obligación de dar sentido a nuestras vidas. Nuestras obligaciones para con ellos son ofrecerles seguridad y una educación. Karin puede hacerlo sola, si es lo que elige. No le debe nada a nadie. Se debe a sí misma hacer lo que sea mejor para ella. Cuando dije esto, Mary me dio un beso. No recuerdo la última vez que mi hija hizo algo así. Ni la última vez que había disfrutado tanto con una conversación.

Tengo más reflexiones sobre tu última carta, pero me las voy a reservar para poder enviarte esta cuanto antes.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*1 de agosto*

Querida Tina:

Sabía que hacía bien esperando lo que tenías que decirme en respuesta a mi última carta. Después de escribirte y recibir tu contestación, me fui a pasar un fin de semana a Copenhague con Karin. Le leí tu carta en voz alta. Al principio, se molestó conmigo por haber compartido su historia con extraños. Sin embargo, le dije que solo podemos elegir cómo actuar, y no cómo juzgarán los demás las acciones que realicemos, lo que pensarán, con quién hablarán de ello o lo que dirán. Si no le avergonzaba su decisión de tener el bebé y criarlo sola, tampoco tenía que preocuparse por quién se enterase de ello o cómo se hablase de ello, cosas que no tiene forma de saber o controlar. Estuvo de acuerdo.

—Por supuesto, nunca voy a conocer a esta mujer ni a su hija —dijo. Me puso triste pensar que pueda ser así.

Después comentamos los argumentos contenidos en tu carta; tus ideas y lo que dijeron Mary y Vassily. Esto resultó de gran ayuda. Hablamos largo y tendido sobre los otros abuelos, sobre la necesidad del niño de conocer a su padre, sobre la propia Karin y la manera en que, a pesar de toda su fuerza, será vulnerable. Más adelante, cuando tuvo tiempo de reflexionar sobre todo lo que se había dicho, Karin me contó que se había empezado a preocupar por lo que querría el niño cuando llegase a una edad en la que fuera consciente de la ausencia de un padre y quizá hiciera preguntas. Me dijo que por este motivo había tomado la decisión de mantener contacto con Ben, para asegurarse de ser capaz de encontrarlo, si esto algún día fuese importante para la felicidad de su hijo. En un principio había sentido reticencias a la hora de responder al e-mail que Ben le había enviado, por temor a que lo interpretara como si estuviese buscando una relación a largo plazo. Pero ahora consideraba que esto era egoísta. Iba a contestarle con prudencia. Soy feliz con eso. Y ella es feliz. Nunca la había visto con ese brillo tan especial, pero me temo que no le había prestado tanta atención

como debería hasta ahora.

Pasamos un fin de semana espléndido. Me llevó a Christiania y yo la llevé al Jardín Botánico de Copenhague. Cuando ella propuso su excursión, no quise ir, pero luego pensé en las matas de frambuesas y en la necesidad de recoger todos los frutos posibles, porque no habrá una segunda oportunidad de recorrer la mata, y acepté. Era un lugar lleno de ruido y color. Por todas partes las paredes estaban cubiertas con dibujos de dragones, caras con las bocas abiertas, duendes, montañas, todo pintado con colores chillones y brillantes. En una calle normal, esos dibujos me hubieran gustado; me hubieran parecido vivos y alegres, pero allí no lo eran. Quizá porque había demasiados, o porque los edificios estaban muy sucios y destartalados. En el pasado fue una base militar, por eso no tiene una arquitectura bonita: todos los edificios son funcionales y la gente que vive aquí no se preocupa por arreglarlos, o al menos por mantenerlos en buen estado. Fuimos al comienzo de la tarde, antes de la hora en que Karin conoció a Ben, todavía no había oscurecido. Aun así, pude ver lo intimidante que podía ser. Me resultaba deprimente a pesar de los colores. Y había demasiado ruido. Llevo una vida silenciosa, excepto cuando me doy el capricho de la música, que no es del tipo que se escuchaba en Christiania, exceptuando a un clarinetista que tocaba a Mozart sentado en una silla plegable. Me detuve y eché una moneda en la funda abierta de su instrumento. Unas calles más adelante nos topamos con una chica que llevaba un vestido tan estrafalario que no soy capaz de describirlo, con tatuajes en la cara, y que cantaba una canción que me hacía daño en los oídos. Karin echó una moneda en el sombrero que la mujer tenía delante. Le pregunté si prefería la canción de la muchacha a la melodía que tocaba el clarinetista. No, me dijo.

—Prefiero a Mozart, pero me ha parecido que la chica interpretaba mejor la canción que el clarinetista a Mozart. Tocaba la música que había elegido con más habilidad e imaginación.

El chico no era un buen clarinetista, ya me había dado cuenta. Yo le había recompensado por tocar una pieza musical que me gusta, pero no sabría decir si la chica era buena o no en lo que hacía.

—¿Puedo aprender a apreciar el tipo de canción que interpretaba la chica? —pregunté a Karin.

—No necesitas hacerlo —contestó—. Ya obtienes suficiente placer de la música que sí comprendes. No necesitas más.

Puede que tenga razón. El número de frambuesas que un hombre se puede comer es limitado.

Cenamos comida de un puesto, sentados en un banco. No me gustó demasiado lo que comimos y no tengo palabras para describirlo. Un hombre —o quizá una mujer— vestido de payaso, sobre unos zancos, pasó a nuestro lado y se inclinó para quitarme de las manos el último trozo de esa cosa que me estaba comiendo y llevárselo. Karin se rio mucho, y esto me puso contento.

Cuando propuse ir al Jardín Botánico, pude ver las reticencias de Karin igual que yo había dudado respecto a Christiania, pero finalmente aceptó. Yo pensaba en las hojas de helecho desplegándose, pero esta no es la época adecuada del año. No me imaginaba cuántas cosas más había para ver y oler. Aquel sitio fue una sorpresa para los dos. No teníamos ni idea de qué era lo que estábamos viendo y eso, como ya sabes, me incomoda. Me gusta poder ponerle un nombre a las cosas y no sabía cómo se llamaba ninguna planta del jardín. Sin embargo, como en los mejores museos, había paneles llenos de información. Casi demasiada. Cada cartel me decía a qué familia pertenecía la planta, y me puse a comparar dos plantas bastante diferentes de la familia rosácea, y a especular sobre qué aspectos de su taxonomía habían llevado a incluirlas en la misma familia. Karin me pidió que dejara de hacer eso, las plantas eran hermosas, ¿qué más daba? Pero luego ella también se impacientó cuando vio algo que le gustaba y no tenía puesto el nombre. ¿Ves?, los nombres importan, le dije.

—Los nombres, sí —me dijo—. De lo contrario, tendría que decir «el árbol pequeño con las hojas verde claro y las flores rojo oscuro y blanco de olor adorable».

Nos cruzamos con un empleado del jardín que nos dijo que era un *Clerodendrum trichotomum var fargesii*. Me lo escribió. «A qué familia pertenece» le pregunté, y me respondió que había cierta controversia al respecto. ¿Tenéis ese árbol en Inglaterra?

Entramos en el invernadero. Hacía calor y humedad, y el follaje y las flores de las plantas eran exuberantes (¿está bien dicho?). Había una escalera de caracol que subía a una pasarela en el techo, y los pies de la gente que recorría la pasarela parecían sombras de pájaros revoloteando alrededor de las palmeras, pero no lo eran. Solo eran pies. Por mucho que se esforzaran las plantas y las personas que las cuidaban en crear la impresión de una selva natural, eso era claramente un espacio techado. Había venido al jardín buscando exteriores. A esas horas estábamos demasiado cansados para verlo todo. Volveré cuando se abran las hojas de los helechos. Si no lo hago antes.

Escribe pronto,

Anders

*Bury St Edmunds*  
*10 de agosto*

Querido Anders:

Pues sí, tengo un *Clerodendrum trichotomum*, y me encanta. No le gustan nuestros vientos hostiles, así que lo tengo plantado en un rincón protegido y ha crecido hasta ser un precioso ejemplar. Como decías, es algo espectacular con un olor maravilloso. Florece muy tarde en primavera. Las hojas son de las últimas en aparecer en el jardín y brotan lentamente, de modo que cada año temo que mi planta haya muerto por las heladas. Pero creo que solo se niega a mostrarse demasiado temprano. Ahorra fuerzas para ofrecer ese grandioso torrente de flores suspendidas encima de las hojas, ofreciéndote ramo tras ramo. No sé nada sobre familias de plantas, pero no me sorprende que sea difícil encajar esta planta en una u otra familia. Es única.

Bueno, solo quiero decir un par de cosas sobre la música. En esto somos distintos; resulta evidente que para ti la música es importante, pero en mi caso es una de las frambuesas que me dejé en la mata por el camino. En mi casa no hay música, y en el día a día no siento su ausencia, pues nunca he aprendido a valorarla. Sin embargo, he sido consciente de cómo pasaba ante mí en las escasas ocasiones en que no me fue posible no fijarme en ella. (Espero que comprendas esta doble negación). Puedo describirte esas ocasiones, dos en concreto. Seguramente hubo otras, pero ninguna digna de mención.

Estuve en La Scala de Milán con Bella durante una visita que le hice cuando ella vivía en Italia. Ninguna de las dos habíamos visto ni escuchado una ópera, pero Bella quería que yo experimentara Italia y, al mismo tiempo, intentaba evitar sumirse de lleno en la desesperación ante el embrollo en el que se encontraba metida: exmarido manipulador, hija tentadoramente cerca, pero a la que raramente veía, vivir en medio de un idioma, comida, costumbres y olores extraños... De modo que comprar entradas para la ópera nos pareció una buena idea. Y lo fue, en mi opinión. Teníamos unos asientos en lo más alto del teatro,

donde eran más baratos, pero llevábamos nuestras mejores galas. Yo, un vestido sin mangas —era una noche calurosa— que me había confeccionado yo misma con una tela blanca y negra que compré en el mercado de Norwich. Estaba muy orgullosa de aquel vestido: de cómo me quedaba; de su cuidado corte; de cómo me hacía sentir. Te cuento todo esto porque forma parte de la emoción del momento. Nos pellizcaron varias veces el trasero hasta que conseguimos llegar a nuestros asientos. La gente que teníamos alrededor era bulliciosa, ruidosa y se mostraba eufórica, muy distinta al público de cualquier teatro en el que hubiera estado hasta entonces. La orquesta comenzó a afinar y el director recibió aplausos mientras subía al estrado. Antes incluso de que comenzara la obertura yo estaba tan emocionada por la velada como si ya estuviera sucediendo el acto principal. Los primeros acordes de la obertura fueron casi una molesta interrupción a mi disfrute de todas aquellas sensaciones.

Estábamos lejos del escenario y no habíamos comprado el programa (que tampoco habría podido leer, en cualquier caso), ni teníamos las monedas que hacían falta para extraer los pequeños binoculares del respaldo del asiento que teníamos delante. Por eso no tenía ni idea de qué estaba sucediendo, lo cual probablemente hizo que el espectáculo y la música me resultaran más apabullantes que si hubiese estado intentando seguir la historia. Tal y como era, no importaba para nada que la historia me resultara desconocida, o que no pudiera ver los rostros de los intérpretes. El sonido era como un chorro de agua fría y cristalina cayendo de un viejo depósito; era lo único que existía en el espacio que ocupaba. Tú tendrás una manera mejor de describir la sensación de escuchar ese tipo de música, estoy segura. Has estado abierto a ella, mientras que yo no.

La ópera era *Madama Butterfly*, una elección desafortunada, no musicalmente, pero sí en lo concerniente a la historia. Estuvimos bien durante el primer acto, que ninguna de las dos entendió, y en el primer descanso nos tomamos el vino que habíamos traído en una botella de agua. Parecía que lo estábamos pasando bien. A ver, sí que lo estaba pasando bien, y Bella conseguía aparentar que eso también podía aplicarse en su caso. En el segundo acto, pese a lo confuso del argumento, comprendimos que Butterfly era una mujer abandonada y, lo que es peor, que tenía un hijo. En el segundo entreacto, Bella estaba alterada, y el resto del vino tibio solo consiguió empeorarla. Dijo que la música la asaltaba, que la incomodaba con su belleza y se burlaba de ella con su tristeza. Cuando las luces se volvieron a apagar, comenzó el acto final —probablemente conozcas la ópera— con un coro tarareado, sin letra, mientras Butterfly aguarda recibir noticias de

su marido infiel. Sentí que Bella empezaba a temblar, a mi lado. Echó la cabeza hacia delante y cuando le tomé la mano, estaba húmeda de las lágrimas que se había estado secando. Lágrimas frías que me pusieron la piel de gallina en los brazos cálidos y desnudos. No me quedó más opción que ayudarla a pasar por delante de media docena de italianos enojados para llegar al final de la fila y bajar las escaleras hasta la calle. Nos sentamos en los escalones de la ópera, Bella gimoteando y yo tranquila por fuera pero ansiosa por dentro, después de que me hubieran arrancado de aquella música. Seguíamos allí sentadas cuando la obra terminó y se abrieron las puertas, y una ola de italianos alborotados nos obligó a levantarnos.

Hice la promesa, mientras volvíamos al apartamento de Bella, de ir en cuanto pudiera a otra representación de *Madama Butterfly*. Nunca lo he hecho. No he vuelto a ver ópera en directo. Me compré un CD. La primera vez que lo puse, Edward estaba conmigo. Mi marido no podía comprender el motivo por el que quería escuchar «aquel ruido», y yo, ante su disconformidad, ni siquiera fui capaz de fingir en el salón de mi propia casa que lo estaba disfrutando. A veces me ponía el CD en el coche, yo sola, pero empecé a pensar que me había dejado confundir por la situación, por el vestido, por los italianos, por el calor y por Bella, y que en realidad yo detestaría la ópera si fuese a ver una en la fría y sosa Inglaterra, como pensaba Edward. Así que nunca lo he intentado. Nunca he vuelto a comprobar si era una frambuesa que mereciese la pena rebuscar entre las hojas.

Mi experiencia con la música pop en directo es igual de limitada. Bella y yo fuimos algunas veces a pubs donde se programaban conciertos, y éramos tan apasionadas en nuestra devoción por los grupos o cantantes que veíamos en la televisión como cualquier otra adolescente, pero hacía décadas que no iba a nada que se pareciera a un concierto de pop, hasta hace un par de años. Mi segundo hijo, Andrew, se gana un dinero suministrando pacas de paja para eventos. Siempre hemos vendido algunas de las pacas más pequeñas y aplastadas, del tamaño adecuado para ser levantadas por un hombre (o una mujer, yo misma), para hacer de asientos en las ferias locales o para la gente que tiene corrales en sus casas. Andrew, sin embargo, ha montado un negocio de alquiler de pacas para grandes eventos: bodas, festivales de música y cosas así. Construye estructuras y las vende: castillos, fuertes o cabañas de paja. Es el técnico de la familia. Se encarga de conseguir la maquinaria. Mientras Tam lee sobre rotación de cultivos, Andrew se dedica a buscar las especificaciones de lo último en equipamiento para cosechar. Este chico encierra más misterio para mí que sus

dos hermanos, y bien sabe Dios que ya me resultan bastante misteriosos. Supongo que Andrew es feliz: nunca parece infeliz y su entusiasmo por las piezas de ingeniería complejas es real, aunque me pregunto si lo suficiente como para ganarse la vida. Es muy reservado. Todavía vive en la casa familiar, pero se ha construido un acceso independiente a su cuarto, que está encima de la cocina y tiene su escalera propia. Ha convertido una ventana en una puerta y ha colocado una escalera de madera para subir, de modo que se pueda acceder a su habitación sin que haga falta entrar en casa. Por eso casi no me entero de qué hace cuando no está en la cabina de un tractor o en el cobertizo de las máquinas. Solo sé que lo veo salir de vez en cuando con el camión y un remolque lleno de pacas, junto a un par de amigos y el equipo necesario para colocarlas.

En esta ocasión, iban a un festival de música pop no muy lejos, aunque lo suficiente para que quisieran acampar allí, así que necesitaban a alguien para acompañarlos en un coche con todo el equipo de camping, la comida y demás. Creo que fui porque era la única persona disponible incluida en el seguro del único coche que quedaba libre. Aunque también podría ser que Andrew me eligiera como la persona cuya compañía prefería. No estoy segura. Mientras conducía, me intimidaba bastante la idea de aquel recinto enorme y toda esa gente joven. Me había formado una imagen de cómo sería por los reportajes de festivales que había visto en la tele, y me podía imaginar la osadía y energía de los festivaleros, su aire de saber todo lo que necesitan para controlar sus destinos. La gente mayor también va a festivales, gente mayor que yo, pero estaba convencida de que ninguno iría con un forro polar con el nombre de una marca de piensos agrícolas. Me hubiera sentido más feliz con una falda cosida de retazos y unas trenzas en el pelo, pero no tengo ninguna, y mi pelo tampoco es tan largo.

Evidentemente, cuando llegamos allí no había comenzado el evento, y me sentí tonta por todas las ideas que me habían atormentado durante el trayecto. El lugar estaba lleno de gente de todo tipo que trabajaba levantando carpas y escenarios, retretes y puestos de comida. Si hubieras puesto en fila a todas las personas que estuvieron aquel primer día en el recinto, yo habría sido la que menos desentonaba. Así suele ser, cuanto más nerviosa me pongo pensando que voy a llamar la atención entre los demás, resulta que soy la que menos destaca de todos.

Me quedé todo el día, dando comida y bebidas calientes a Andrew y sus amigos mientras colocaban en su sitio las pacas para formar un castillo, con parapetos a los que se podía llegar por una escalera de pacas más pequeñas con

tablones de madera encima para formar los escalones. Cuando terminaron, subí a lo alto y contemplé la actividad a mis pies, y luego el paisaje llano, llanísimo, el verde y oro de los campos cultivados, la masa oscura de árboles y las gruesas líneas negras de los setos. Les llevó tanto tiempo construir el castillo que los primeros artistas ya estaban afinando cuando nos sentamos en lo alto. No iban a abrir la estructura a los visitantes hasta la mañana siguiente, así que teníamos una vista privilegiada solo para nosotros. El ambiente fue cambiando a medida que caía la noche, la gente que trabajaba con ganas terminó sus tareas, y a nuestros pies fue creciendo una multitud que solo buscaba diversión. Entonces comenzó la música y me cautivó de tal modo que no fui capaz de irme. Me quedé hasta que Edward, que normalmente no es un hombre ansioso, llamó para preguntar que qué me creía que estaba haciendo por ahí hasta tan tarde. Yo sabía lo que estaba haciendo. Estaba siendo absorbida, en mente, cuerpo y espíritu, por las vibraciones creadas por la música y la gente; estaba conectada a la energía de miles de personas que compartían el mismo sonido. Si, antes de que se desvaneciera la luz, hubiera mirado más allá de los límites del recinto del festival a los campos vecinos, y hubiera intentado imaginar esa música siendo creada solo con campos alrededor, sin el montón de gente en constante movimiento, sin los olores de la comida cocinándose, los gritos, chillidos y risas ocasionales de los festivaleros que llegaban tarde, no habría sido más que ruido. Pero era mucho más que eso. Era algo totalmente absorbente, pero incluso siendo yo parte de ello, antes de bajar por las escaleras de paja al coche para volver a casa, sentí que era algo que ya había dejado atrás. No como en la ópera, con la que me prometí volver a encontrarme. Me pareció que ya se me había pasado el momento de formar parte de aquello como la gente que se encontraba allí abajo. Jóvenes o mayores, estaba segura de que ellos eran capaces de comprender y experimentar lo que estaba sucediendo de un modo en el que yo no podía. Pero ya lo había sentido en su momento.

Es importante no ser muy glotón, como dices. Disfrutar de las frambuesas que has podido coger. Estoy contemplando el *Clerodendrum* en flor por la ventana mientras te escribo esto.

Escribe pronto.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*17 de agosto*

Querida Tina:

Entiendes la música aunque hayas tenido tan poca relación con ella. Describes muy bien la sensación de estar envuelta por el sonido de la música en directo cuando es en un recinto grande o hay muchísimos instrumentos o voces creándola. Como te conté, canto en un coro y actuamos en la iglesia más grande de Silkeborg. No es porque cantemos para alabar a Dios; se debe simplemente a que se trata del mejor lugar de Silkeborg para que cante un coro. Cuando canto, me siento, como has descrito, «conectado» a la energía de la gente que canta a mi alrededor. (Espero que mi inglés mejore al escribirte. Si eso pasara, será porque usas un lenguaje muy expresivo y estoy captando su ritmo, igual que capto el ritmo de la música de los demás miembros del coro. ¿Quizá estemos empezando a cantar en armonía?).

En julio, el coro dio una serie de conciertos de ópera ligera. Canciones de Hoffmann, Lehár y folclore danés. Eran canciones alegres y melodiosas, fáciles de cantar y de escuchar. Es el tipo de música que yo me cantarí a mí mismo, aunque no en voz alta, para distraerme del viento o la lluvia mientras pedaleo de camino al trabajo. Esto es, no grandiosa ni inspiradora pero sí estimulante. La iglesia se llenó todas las noches con gente que pagaba su entrada, y esto no siempre sucede. Además, el público estaba feliz, aplaudía estruendosamente y pedía besos. Esto tampoco es habitual. Los conciertos terminaban antes de que anoheciera, que en julio es tarde, y todavía hacía calor para dar un paseo por las calles y sentarse en las terrazas de las cafeterías. El público y los músicos salían a la plaza de la iglesia y se mezclaban con los demás residentes de Silkeborg que ya estaban allí, disfrutando del calor y de la luz, sentados en los cafés y bares charlando de la música que habían escuchado. En resumen, se podría afirmar, como el director del coro nos dijo a nosotros y a los periódicos, que fue un gran éxito y trajo felicidad y risas no solo a la iglesia, sino también al centro de

Silkeborg. Pero, aunque era agradable, no creo que fuera la misma sensación que describes cuando visitaste la ópera o fuiste al festival. Era demasiado simple.

Yo prefiero los conciertos que tienen una música más compleja, quizá menos melodiosa, más difícil de aprender, más difícil de cantar y más difícil, supongo, de escuchar. Entonces me sumerjo entre las notas y las demás voces produciendo una armonía que parece tener lugar sin que ninguno de nosotros haga un esfuerzo por producirla. Salgo de mí y me meto en la música. Nunca antes había expresado esto.

Por norma, los miembros del coro nos reunimos y ensayamos, nos reunimos y actuamos. Algunos eran ya amigos o se han hecho amigos. La mayoría de nosotros hablamos solo sobre música o sobre los problemillas de ser parte del coro: las corrientes de frío en invierno, la falta de tiempo y esas cosas. Me pregunto si Jürgen, que se pone justo a mi izquierda y es ingeniero en una compañía eléctrica, o Martin, que está a mi derecha y es profesor de Historia, sienten lo mismo que yo. Debería preguntárselo. Pero no creo que lo haga. En parte porque pensarán de un modo distinto al mío, y por eso no creo que se lo pregunte. Puede que queramos ser distintos a como somos, pero no queremos alterar la opinión que la gente ya se ha formado; y quizá reemplazarla por una opinión peor.

Entiendo por qué no te fue posible disfrutar del CD de *Madama Butterfly* al tener que escucharlo en fragmentos, con interrupciones, cuando la música era algo nuevo para ti. Primero necesitas descubrirlo. Escucharlo con la debida atención. Luego, cuando ya te resulte familiar, cada nota se desplegará como tú esperas, y podrás disfrutar escuchando solo unos pocos compases, porque será un recordatorio de la hermosura de toda la pieza.

Tengo una foto de mi futuro nieto (o quizá nieta, Karin sabe la respuesta, pero no me lo ha dicho). La cara y el cráneo tienen algo del hombre de Tollund. Primigenio. Reducido a los elementos de lo humano, pero tan poderosamente presente que me sorprende pensar que no puedo alargar la mano y tomar la suya.

Escribe pronto,

Anders

*Bury St Edmunds*  
*23 de agosto*

Querido Anders:

Tenemos jaleo en casa. Resulta que Sarah tenía razón, aunque todavía pienso que su deducción era errónea. Mary y Vassily no tienen intención de quedarse. Se han comprado un terreno a las afueras de Inverness y tienen pensado vivir en una caravana mientras Vassily construye una casa. Mary ha aceptado un empleo en una gestoría de Inverness y saldrá todas las mañanas de la caravana en tacones y una blusa blanca, y con maletín, para ir a la ciudad. Vassily saldrá con su mono de trabajo y pondrá la hormigonera en marcha.

Lo planearon todo durante un par de viajes a Escocia que los demás nos tomamos por unas simples vacaciones dedicadas a hacer senderismo, visitar monumentos y beber whisky. Edward está fuera de sí. (Es una expresión curiosa, pero no se me ocurre otro modo de decirlo. Es una mezcla de enfado y frustración que te va carcomiendo hasta que ya no te encuentras cómodo en el espacio que ocupa tu cuerpo). Para empezar, cree que se han comportado de modo deshonesto al organizarlo sin contar a nadie —es decir, sin contarle a él— lo que tenían en mente. Pero me habría sorprendido si lo hubieran hecho. No son dados a hablar de su vida (ni de nada), y aunque hubieran superado sus naturales reservas, contárselo antes a Edward habría desatado un insoportable torrente de palabras, la mayoría ofensivas. Mi esposo nunca ha comprendido la diferencia entre hablar y sermonear.

La segunda queja de Edward hacia Mary y Vassily es que lo dejan en la estacada. Esta es una cuestión más seria, por lo que a él respecta. Todavía queda un mes para que se vayan, pero por mucho tiempo que tenga, nunca sería suficiente para encontrar otro gestor que le lleve las cuentas, o un empleado de mantenimiento para hacer las chapuzas.

La tercera cuestión, y la más grave, es que le va a costar dinero. Mary y Vassily le salían relativamente baratos. Le señalé que tras su marcha podemos

generar unos ingresos alquilando la casita en la que vivían, pero esto no lo apaciguó. Edward desprecia el dinero obtenido de los, como él los llama, «turistas de granja». Es una manera decadente de ganarse la vida, adecuada para gente criada en ciudades a la que no le gusta el trabajo duro. No se puede comparar con el dinero que se gana metido en la cabina de un tractor y pidiendo subvenciones. No resulta tan gratificante como reducir gastos aprovechando la mano de obra de tu familia a bajo coste o coste cero. Yo sí sé que alquilar viviendas vacacionales es un trabajo duro, porque soy la que se encarga de casi todo. Pero de nada sirve decírselo, porque la verdadera objeción que tiene Edward a esta forma concreta de diversificación es que no le gustan los huéspedes. Sean quienes sean. No los quiere en sus tierras, por muy agradables, interesantes y atentos que sean. Y muchos de ellos son las tres cosas. Él prefiere la gente que se queda en casa todo el día viendo la televisión. Así uno se puede divertir criticándolos.

Por primera vez estoy pensando en no enviarte la carta que estoy escribiendo. Me avergüenzo de expresar tanta amargura. Además, odio los conflictos. (Me imagino a mi madre asintiendo, consciente de ello). Estoy cansada de intentar suavizar las cosas.

Si destruyera la primera mitad de esta carta, sería para ocultarte mi realidad, y no quiero hacer eso, así que la enviaré. Escribí todo nada más conocer la noticia y en mitad de la tormenta. Ahora voy a continuar, con un poco más de calma.

Reflexionando sobre las cosas que te he contado de mis hijos y lo que pienso de ellos, algo que he llegado a comprender correctamente al escribírtelo, me doy cuenta de que estaba equivocada al creer que eran felices por haber crecido en la granja y por vivir y trabajar aquí como adultos. He hablado con Mary y le he preguntado: «¿Por qué? ¿Por qué os vais? ¿Por qué Inverness?». Me contestó:

—Porque quiero saber cómo es vivir en otro sitio. Vivir en una ciudad. Trabajar en una oficina.

—¿Y si no te gusta? —dije.

—Entonces podemos cambiar —contestó con una sonrisa—. Lo que sea. Nada es tan inamovible que no se pueda cambiar.

¿Sabía yo eso a su edad? ¿Y hoy, lo creo? Mientras decía esas palabras, en mi mente estaba la imagen del hombre de Tollund, inmóvil y silencioso, firmemente inmutable durante milenios en su lecho de turba. Luego pensé en las palabras que hemos compartido tú y yo para describir nuestras vidas: la mía envuelta por

el implacable calendario de la producción de víveres, la tuya enterrada entre los restos fosilizados del pasado. Para nosotros resulta difícil decir que nada es tan inamovible que no se pueda cambiar, ¿verdad? Las estaciones no se quedan esperando a que nos convenga realizar la siembra y la cosecha. Los artefactos que tú estudias son lo que son. Representan un momento en el tiempo. No tienen posibilidad de cambio; por eso los estudias. Por eso son útiles para contarnos lo que de otro modo nunca sabríamos. Empiezo a pensar que el tipo de vida que hemos llevado nos ha conducido erróneamente a subestimar nuestro propio potencial de ser algo distinto a lo que siempre hemos sido.

Tengo pensamientos que compartir contigo sobre la música y sobre los parecidos de un bebé en el vientre materno, pero los reservaré para más adelante. En mi próxima carta estaré alegre. Encontraré algo que enseñarte. «¡Mira eso!», diré, y seré feliz imaginando que lo miras. No sabría decirte si estás empezando a escribir como yo; no sé cómo escribo. Las palabras simplemente surgen en el papel. Cuando leo lo que me escribes, me suena a ti, cantando con un tono al que me he acostumbrado y que por eso me resulta reconfortante.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*30 de agosto*

Querida Tina:

Adoro las palabras que usas. He tenido que comprarme un diccionario de inglés más grande para asegurarme de que comprendo todo lo que me dices. Jaleo. Es una palabra que no había oído antes y que me encanta haber conocido. La he buscado en mi diccionario y me dice que significa un desorden estrepitoso o violento. Es divertida tanto por su sonoridad como por ser una palabra que designa algo a lo que hasta ahora yo no aplicaba un nombre preciso. Ayer tuvimos jaleo en el museo, ya te hablaré de ello. Pero primero, la decisión de tu hija de irse a Escocia.

Igual que tu marido tiene tres razones para no aprobar su decisión, yo tengo tres motivos para que puedas considerar este cambio como algo bueno. Número uno: tendrás un sitio para visitar. Yo puedo disfrutar de viajar y de experimentar las diferencias entre los lugares en los que viven mis hijos y en el que vivo yo, así como de la alegría de su compañía cuando voy a verlos.

En segundo lugar, en Escocia hay montañas y, ¿no te pasa que a veces echas de menos las montañas? Los dos vivimos en sitios donde no hay, y aunque no me gustaría vivir entre ellas, me encanta cómo me hacen sentir cuando las visito. Cuando tenía veinte años, tenía un amigo que me llevaba a practicar montañismo. Le atraían todos los deportes de riesgo —bobsleigh, ala delta— y, por la amistad que nos unía, hice algunas cosas que de otro modo jamás hubiera hecho, y que no deseo volver a hacer. Cuando le dio por el montañismo, lo acompañé a los Alpes. Nunca olvidaré la sensación de estar en el último rincón del mundo, con la pared de roca tan cerca y el valle tan, tan lejos, y en medio, absolutamente nada, solo aire y cielo. Recupero parte de la emoción de aquellos instantes siempre que voy a la montaña. También recuerdo el miedo, por supuesto, y me alegro de no tener que volver a experimentar aquello.

En tercer lugar, me contaste lo dichosa que te hizo ver a tu hija feliz en su

recién estrenado matrimonio, y que eso era lo que querías para ella, pero no habías sabido cómo dárselo. Y con su mudanza a Escocia, ¿acaso no está dando un paso más hacia su felicidad y realización personal? Tras encontrar a un amante y compañero, se marcha con él a explorar otros modos de vida distintos al que siempre ha conocido. Yo creo que sí.

Ahora pasemos al jaleo. Me encontraba yo cruzando el museo, de regreso a mi despacho tras una reunión para hablar de dinero. Gran parte del trabajo que hago tiene que ver con el dinero. Mi tarea no es obtener financiación ni gestionarla, pero en el día a día es una cuestión que siempre estamos tratando. A veces hay reuniones sobre qué debe adquirir el museo, o sobre exposiciones especiales, y en estas me lo paso bien, aunque la discusión sea principalmente sobre los costes. Son importantes y no se pueden ignorar. Sin embargo, la mayoría de las reuniones tratan sobre cómo estirar el presupuesto para que cubra todas las cosas que hace falta hacer —limpieza, mantenimiento— y todavía quede algo para llevar a cabo el verdadero trabajo del museo. Esta reunión de ayer fue una de esas.

Era en nuestro edificio nuevo, donde se encuentra el hombre de Tollund. Mi despacho está en la planta superior de la parte antigua (muy antigua, en comparación con el resto de Silkeborg, pero aún fue construida mil setecientos años después de la muerte del hombre de Tollund). Hay un patio abierto entre la parte nueva y la vieja, con bancos en los que los visitantes se pueden sentar y disfrutar del sol, y yo iba buscando la claridad después de la penumbra de la sala de reuniones. También quería volver rápido para hacer el trabajo que me gusta, así que caminaba con prisa hacia la puerta cuando escuché un lamento de lo más desolador proveniente de la sala en la que está expuesto el hombre de Tollund. Era el llanto de un niño. Me había pasado gran parte de la reunión pensando en la imagen del bebé de Karin. La tengo en mi maletín (junto a la pluma del ala de una hembra de faisán. Las dos cosas me ponen contento). He estado pensando en la imagen como si fuera un niño al que algún día llegaré a conocer, pero también en el parecido de esta imagen de alguien que todavía no ha nacido con el cuerpo del hombre de Tollund, muerto desde hace siglos. Como había estado pensando en esto, el sonido de un niño llorando en la sala donde descansa el hombre de Tollund me hizo desviarme para ver qué era lo que ponía tan triste a aquel pequeño.

Una niña con un vestido muy bonito estaba de pie delante del hombre de

Tollund gimiendo como si no hubiera forma de consolarla. Su madre le hablaba, tomándole la mano e intentando calmarla. Un empleado del museo rondaba cerca de brazos cruzados, pidiendo a la madre que por favor no dejara que la niña molestase a los demás visitantes. Cuando yo llegué, la pequeña estaba casi agotada y, en cualquier caso, había empezado a sollozar e hipar en lugar de llorar. Le pregunté a la madre qué había causado tanta pena a la pequeña, y me dijo:

—Quiere que el hombre de Tollund se despierte y le hable. La mujer de recepción nos dijo que podría preguntarle cosas al hombre de Tollund, y no entiende por qué no le contesta. Pensaba que solo estaba dormido y le he dicho que no va a despertar nunca.

Debo aclarar que a la entrada de la sala donde se expone al hombre hay un panel interactivo que permite descubrir información sobre la Edad del Hierro, sobre el cuerpo y sobre su descubrimiento y conservación, y más cosas, pulsando en unos interrogantes. A esto se refería la recepcionista cuando le dijo a la niña que podía hacerle preguntas.

—Podría ser que esté dormido —dije—. A veces he deseado que se despierte y me hable. Creo que me hubiera gustado conocerlo.

La niña había dejado de hacer ruidos y me estaba mirando, pero con lágrimas todavía corriendo por su rostro.

—¿Qué querías preguntarle? —le dije.

Ocultó su rostro tras la manga del jersey de su madre. La mujer sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la cara de su hija. La pequeña volvió a mirarme cuando terminó y dijo:

—Quería que me contara un cuento.

—¡Eso mismo es lo que quiero yo! —dije—. No sabemos qué cuentos nos contaría si pudiera despertarse.

—¿Cree que se despertará algún día? —me preguntó la niña.

—No —dije—. No creo que quiera despertarse. Su vida sería muy dura, no como la tuya. Le sucederían cosas crueles. Ahora está tranquilo, míralo. Tenemos que dejarlo en paz.

—Podríamos contarle nosotras un cuento —propuso su madre—. A lo mejor le gusta escuchar alguno de nuestros cuentos, aunque él no pueda contarnos uno.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y la niña en el regazo, y empezó a contarle un cuento. Es una historia que no había oído ni leído nunca, pero es buena, así que te la voy a repetir, lo más parecido posible a como lo hizo la madre.

Había una vez un hombre hecho enteramente de trapos: su cabeza era una bola de paños de cocina; su pelo, jirones de toalla, algunos negros, otros amarillos; su ropa era como una cascada de tozos de tela de todos los colores, diseños, tamaños y formas; sus manos y pies eran fragmentos de lienzo rígido; sus ojos, retales de seda azul brillante; su boca era una media luna de terciopelo escarlata, abierta hacia arriba en una sonrisa permanente. Cuando el Hombre de Trapo llegó a la ciudad, los niños que no estaban bien educados le tiraban cosas, y los padres que pensaban que no había nada más importante que la limpieza y el orden, cerraron las puertas de sus casas para que el Hombre de Trapo no pudiera entrar y dormir entre los arbustos de sus jardines. Hasta los niños que estaban bien educados y cuyos padres pensaban que nada importaba más que los abrazos y las risas, no querían acercarse al Hombre de Trapo. Por eso se fue a vivir a un parque, donde había un gran lago circular lleno de árboles, y nadie le prestaba demasiada atención.

Entonces, un día, la gente empezó a hablar del Hombre de Trapo otra vez. «¿Has visto —decían— lo que le está pasando?» Cada vez que lo veían, tenía menos trapos. Sus mechones de pelo de toalla se habían reducido hasta ser solo unas pocas hebras. Su ropa no era más que trozos y recortes de una sábana blanca y apagada; hasta su cara parecía más delgada, como si le hubieran arrancado un par de capas de paño de cocina.

—Está más zarrapastroso y asqueroso que antes —decían los niños maleducados y los padres obsesos por la limpieza.

—Parece triste —dijeron los niños bien educados y los padres cariñosos.

El día que la gente de la ciudad se reunió en las calles a la espera de que empezaran las celebraciones de la Fiesta Nacional de aquel país, hablaron sobre el Hombre de Trapo, y una mujer cuyo marido había muerto hacía poco dijo:

—Me siento muy culpable. No debí haber aceptado el trozo de tela que me dio para secarme las lágrimas, pero me recordaba a una camisa que le hice una vez a mi marido y me hacía pensar en días felices. Me dio mucho consuelo.

—Yo me siento igual —dijo un hombre que había a su lado, cuya casa había sido destruida por un incendio, y tenía que vivir en un viejo cobertizo en su jardín—. Estaba desesperado y el Hombre de Trapo me ofreció un trozo de paño para secarme la cara, y cuando lo miré, supe que me recuperaría. Pensé que al menos podría tener limpio mi cobertizo y que eso me devolvería algo de autoestima. Al momento me sentí mejor.

Y siguieron, arriba y abajo de la calle, confesando que habían cogido telas de las que ofrecía el Hombre de Trapo. Por lo visto, cuando en la ciudad alguien pasaba por un mal momento o estaba deprimido, se dirigía al parque a dar un paseo a solas con sus penas y lamentos. Pasado un rato, el Hombre de Trapo salía de entre los árboles y se arrancaba un paño de su ropa, su pelo o su cara, y se lo ofrecía igual que tú ofrecerías un pañuelo a alguien que vieras llorando. Todas las veces, el trapo les hacía tener pensamientos positivos y, desde ese momento, aunque seguían tristes, se sentían capaces de salir del parque y seguir adelante con sus vidas.

Pronto toda la multitud estaba contando una historia, o escuchando una, sobre la bondad del Hombre de Trapo, y cuando la banda de música acabó de tocar, los niños dejaron de bailar y la calabaza milagrosa —que era el símbolo de aquel orgulloso país debido a la leyenda de unos valientes que se escondieron en una calabaza gigante y salieron de ella para salvar a la nación de los invasores— terminó de desfilar entre la gente, el alcalde se levantó y anunció:

—El Hombre de Trapo se está entregando, trapo a trapo, para ayudar a los demás —dijo—. Es nuestro turno de devolverle lo que ha perdido.

Acudió gente de toda la ciudad, incluso los que se habían burlado del Hombre de Trapo —porque también sufrían penas y necesitaban consuelo— y dejaron en el camino del lago las telas que ya no necesitaban o que les sobraban. Después de esto, el Hombre de Trapo volvió a estar tan colorido, mullido y lleno de jirones como antes. Ahora los habitantes de la ciudad podían reconocer, en el atuendo del Hombre de Trapo, fragmentos de tela que conocían: retazos del viejo telón del teatro, los restos de lienzo de los reclinatorios de la iglesia, el toldo que colgaba sobre el escaparate de la carnicería... Ahora todo el mundo adora al Hombre de Trapo, sobre todo aquellos que habían sido infelices. Y es que, ¿acaso no es todo el mundo infeliz alguna vez?

Todo el mundo en la sala se había detenido y sonreía a la niña y a la madre que contaba a los restos de un hombre de la Edad del Hierro con el rostro perfectamente conservado un cuento que jamás se hubiera imaginado. Cuando acabó, la niñita dijo: «¿Podemos tomar un helado?», y se marchó con su madre.

Miré el rostro del hombre de Tollund y me imaginé que su piel curtida era una antigua bayeta de limpieza y que su sonrisa estaba cosida. Deseé que pudiéramos saber las circunstancias de su muerte. No los detalles de cómo murió, que ya los sabemos, sino las horas y días antes de que esto sucediera. ¿Se presentó

voluntario para el sacrificio por el bien de los demás, igual que el Hombre de Trapo, o su muerte fue un castigo por un crimen que la gente entre la que vivía no podía perdonar? Creo que la primera vez que escribiste, en cierto modo era como si llorases porque sentías que el hombre de Tollund debería despertarse y contarte cuentos que te ayudasen a seguir adelante. En vez de eso, somos nosotros los que nos estamos contando historias. Me hace feliz que sea así.

Escribe pronto. Piensa en las montañas.

Con amor,

Anders

*Bury St Edmunds*  
*6 de septiembre*

Querido Anders:

Todo está en calma. Como verás, esto es una carta y va en un sobre, y se debe a que tengo algo que enviarte. Te lo voy a explicar.

Gracias por el cuento. Cuando terminé de leerlo fui al arcón donde guardo los retazos de tela y ropa vieja que sé que nunca voy a usar o volver a ponerme, pero que no me atrevo a tirar. Ahí tengo las cortinas del dormitorio de mi hermano. Tienen un fondo gris y un diseño de barquitos negros con velas azules y rojas, dibujados con la sencillez con la que los pintaría un impresionista, no un dibujante. Mi hermana y yo teníamos cortinas rosas con flores, y de pequeña siempre me frustró que no me dejaran tener unas cortinas como las de mi hermano, que podías mirar una y otra vez, y en cada ocasión los barcos eran distintos. A veces parecían a punto de salir a navegar y a veces parecían fijos y lúgubres. En ocasiones no parecían barcos en absoluto, sino líneas y formas que podían ser cualquier cosa que te diera la gana. Cuando mi madre redecoró la habitación, le pedí las cortinas con la intención de ponerlas en el dormitorio del ático, donde tengo mi máquina de coser y mi mesa, desde la que escribo estas cartas, pero no van bien con las ventanas y prefiero no tener cortinas ahí arriba, para poder ver el cielo sin impedimentos. Por eso las guardé en el arcón.

El vestido del que te hablé, el que me puse para ir a la ópera con Bella, también está en el arcón. Hay un pañuelo que se compró Bella una vez que estábamos juntas, de seda color cereza con un diseño de lentejuelas cosidas. Casi al momento decidió que no le quedaba bien y me lo puso al cuello. Lo llevé durante todo aquel día, pero no me lo volví a poner. Me encanta por lo brillante, lo exuberante que es, y me imagino que podría quedarme bien si tuviera más ropa con la que combinarlo, para que pareciera un clavel en un jarrón de flores de jardín. Pero si me lo pongo con la ropa que tengo, parecería un clavel en un

jarrón de hojas secas.

Quizá debería dejar de pensar en «vestido», «pañuelo» o «cortina» cuando miro esas cosas, y pensar en «telas», y hacer con ellas una colcha de retales. Al ocurrírseme esto, corté un trocito de las cortinas para enviártelo, pues no soy capaz de dibujar una buena imagen con palabras.

Lo que quería decir sobre la música no tiene que ver con la música, sino con la poesía. Forma parte de mi vida, igual que la música de la tuya. Esto es otra cosa que siento que le debo al hombre de Tollund. Nunca habría empezado a leer poesía si Seamus Heaney no le hubiera dedicado un poema. Bella lo encontró en un libro de la biblioteca y me lo copió. Ese papel escrito a mano está colgado hoy en mi pared, la descripción de la «cabeza marrón como la turba» junto a su foto. Desde entonces, la poesía se ha convertido en mi música. Leo al azar, pero los poetas que me gustan me cuentan cosas sobre cómo viven ellos, por ejemplo, la pena, la soledad o un momento de alegría. Elijo lo que leo al azar porque compro todos mis libros de poesía en un puesto de Oxfam del pueblo que solo vende libros de segunda mano. Una mujer cuyo nombre, me avergüenza reconocerlo, no conozco, pero que adora la poesía, hace de voluntaria los jueves. Cada vez que bajo al pueblo ese día, me acerco y ella me enseña todos los libros de poesía que les han donado desde mi última visita, y me recomienda los que cree que me gustarán. Normalmente acierta. Ya tengo una colección, principalmente de poesía moderna, cuyos autores no son muy conocidos. Algunos, por lo que sé, tampoco son muy buenos a juicio de quienes saben más de literatura que yo. Por eso lo que quería decir era que entiendo a qué te referías con lo de conocer una composición entera para ser capaz de sacar placer de ella de pasada, por así decirlo. Cuando la conoces, puede resonar de fondo, lista para ser rescatada a la superficie durante medio minuto, media hora o el tiempo que haga falta o se pueda. Un poema puede aferrarse a un pensamiento o una idea y tenerme ocupada diez veces más del tiempo que me lleva leerlo. Se convierte en algo en lo que pensar mientras mis brazos y piernas se encuentran ocupados en las cosas que hago a diario. Los poemas que conozco bien, y más me gustan, no necesito leerlos. Puedo escoger un par de versos de una página o traerlos a mi memoria, y el placer del poema en su conjunto está ahí. Cuando leo poemas que son nuevos para mí, tengo que leerlos despacio y con atención, y si es un poema que me gusta en particular, varias veces. Entonces puede terminar convirtiéndose en uno de esos que conozco tan bien que solo tengo que dejar el libro abierto en

la página correspondiente, de modo que cuando paso a su lado, entre el tendedero y la tabla de planchar, en el tiempo que tardó en cambiarme la cesta de la colada de una cadera a otra, capto la sensación y la hermosura de uno o dos versos y eso me sirve de sustento.

¿Tú lees poesía?

Cuando tuve a mis hijos, no nos dieron copias de las ecografías en las que aparecían como fetos en el útero. Pero mi nuera sí tenía copias de las ecografías de mis nietos, y las tengo colgadas en el corcho de mi despacho del ático. A pesar de que ya han nacido y se han convertido en personas que conozco y adoro, todavía conservo esas primeras imágenes de ellos, aunque no puedo decir que las mire o ni siquiera que me fije en ellas demasiado. Las puse delante de mí sobre la mesa, mientras leía tu carta, y puedo comprender exactamente lo que querías decir. No solo es el aspecto esencial de algo humano pero aún no del todo de este mundo; las imágenes también contienen la promesa de alguien todavía no reconocible pero capaz de ser conocido.

Mary y Vassily ya casi están listos para marchar. Han empaquetado las pocas cosas que quieren llevarse y han organizado una fiesta de despedida. Me esperaba que se escabulleran sin decir adiós. Me los podía imaginar abriendo la puerta de su casita antes del amanecer y metiendo sus escasas pertenencias en el maletero de la furgoneta de Vassily. Me imaginaba despertándome justo cuando nace la luz, con el sonido del motor, y viendo la furgoneta alejándose lentamente por la cancela. De hecho, me doy cuenta de que siempre interpreté el desdén de ambos por el parloteo social como un rechazo al compromiso, una forma positiva de evitar a los demás. Pero en realidad no evitan a los demás. Tienen amigos. Eligen a quién conocen, con quién hablan, basándose en con quién quieren estar y hablar. Lo que evitan son las conversaciones vanas con gente con la que no tienen ningún interés en charlar. De modo que va a haber una fiesta. Estoy preparando comida. He consultado a Vassily, que me ha descrito la comida que hacían su madre y su abuela para las celebraciones en su casa de Lituania, y me he descargado recetas de internet. Es una comida con mucho tubérculo y probablemente encaje con los gustos de mi familia, que tiene tendencia a preferir la contundencia a la sutileza, aunque por si acaso también haré pizza y bollitos de salchicha. De lo contrario, me preocupa que no haya nada que quieran comer,

y me siento responsable de alimentarlos. Es una obligación autoimpuesta. Podría decir: «Esto es lo que he preparado y no hay más comida, así que tenéis que coméroslo». Pero no soy capaz de hacerlo.

Mientras tanto, ya han sido seleccionados los sustitutos de Vassily y Mary, y ahora mismo, mientras miro por la ventana, están en el patio siendo guiados por Edward y Tam, y recibiendo instrucciones sobre el negocio de la granja. Algo que en ninguno de los dos casos es necesario. En lugar de Vassily tendremos a Gregor, que también es lituano y amigo de Vassily, creo incluso que son primos. Acudía cada vez que Vassily hacía un trabajo que requería dos personas; fue testigo en la boda; es exactamente igual de oscuro y silencioso que Vassily, pero sonrío más y canta por lo bajo mientras trabaja. Aunque voy a echar de menos a Vassily, me alegra pensar que voy a ver con más frecuencia a Gregor caminando por ahí con una caja de herramientas y una escalera.

No puedo decir lo mismo de la mujer que se ocupará del trabajo que hacía Mary. Se llama Daphne Trigg; por edad está más cerca de mí que de Mary, y no se parece en nada a ninguna de nosotras dos. Es la elección inteligente porque lleva la contabilidad básica desde marzo, cuando Mary estuvo muy ocupada con los preparativos de la boda, así que no necesita que le enseñemos desde el principio. Mary no quería que eligiéramos a Daphne, basándose en sus capacidades. Mary dice que a Daphne no se le da muy bien llevar los libros; cometerá errores y dejará trabajo al contable que audita las cuentas, lo cual será un gasto adicional. Yo tampoco la quería, pues al contrario que Mary, Vassily y Gregor, Daphne no espera a tener algo que merezca la pena decir para abrir la boca. Además, resulta físicamente incongruente en el ambiente resolutivo de una explotación agrícola, donde todo consiste en acabar el trabajo y la limpieza no es una prioridad, donde todos se mueven bruscamente y llevan ropas y calzado adecuados para lugares donde la limpieza sigue no siendo una prioridad. Daphne es una mujer rolliza, ligeramente rosa. No siempre viste de ese color y lleva el pelo teñido de color bronce, pero a mí me produce una impresión rosa. No creo que tenga botas de goma, ni siquiera unos zapatos con cordones y suelas que no resbalen en el barro. Sin embargo, todo esto no fue relevante en la decisión (además, mucho de lo que acabo de decir es muy prejuicioso y nimio como para tenerlo en cuenta). Al final, hemos escogido a Daphne, pese a las reservas de Mary, porque está libre. Además, Edward dice que es lo correcto porque el marido de Daphne, compañero de golf de Edward, falleció el año pasado, y la

pobre Daphne necesita el dinero y una distracción en su nueva condición de viuda. Sospecho que también la decisión le parece buena porque, al igual que Gregor, le sale barata (a juzgar por las apariencias).

Me reconforta pensar en montañas. Escribe pronto.

Con amor,

Tina

*Silkeborg*  
*18 de septiembre*

Querida Tina:

Leí tu descripción de la tela sin desdoblar el papel de seda que envolvía el retazo. Fue como si las palabras que usabas me condujeran a adivinar cómo sería. Lo saqué de mi maletín en el trabajo y lo dejé sobre mi mesa una vez que tuve que salir. Al volver había una colega esperándome y, señalando el envoltorio, me preguntó qué pensaba hacer con eso. ¿Para qué era? Le dije que no iba a hacer nada con ello. No tenía ninguna utilidad. Era un trozo de tela y con eso bastaba. Me dijo que no le gustaba el diseño, lo cual no me sorprendió. Supongo que su casa, al igual que la mía, será muy diferente a la tuya, si he interpretado correctamente las cosas que me cuentas. Permíteme que te describa mi casa.

Fue construida hace cuarenta años y tiene un diseño sencillo. Las habitaciones son grandes y hay muy pocas. En la planta baja, solo está la cocina, un espacio para el salón y otro para el comedor. Arriba, dormitorios y cuartos de baño. Todas las paredes son blancas. No tengo cortinas, solo persianas. En el salón hay un sofá grande y mullido frente a una estufa, y también unas sillas más firmes con forma de huevo. Es un diseño típico danés. Las lámparas son impresionantes. La del techo también tiene un diseño típico danés. Muchas de las casas que veo tienen la misma, una especie de flor invertida con los pétalos abiertos. Hay lámparas de pie que me recuerdan a los sauces, arqueadas para dejar que la luz caiga formando un haz luminoso a su alrededor. (He releído lo que acabo de escribir y veo que he usado la naturaleza para describir lo que en realidad es completamente artificial). El suelo es de madera y hay alfombras. En el comedor hay una mesa y sillas de madera negra. En un hueco bajo la escalera tengo mi escritorio pegado a la pared, desde donde escribo esto. Hay una estantería, una mesita y otro mueble donde escondo cosas de la vista. No sé cómo lo llamaréis allí. Todo esto es agradable y sosegado, y podría ser la casa de

cualquiera de mis vecinos, además de la mía. Sobre los muebles, en la estantería y en las repisas de las ventanas y otros muebles, hay algunas fotografías, lo cual también es habitual, creo. Por otra parte, están las cosas que Birgitt recogía por ahí y que decidía conservar y traer a casa para decorarla. Todo lo demás que he descrito lo elegí yo. Cuando nos mudamos a esta casa, fingíamos que tomábamos juntos las decisiones, pero en realidad ella aceptaba todas mis propuestas. Mis sugerencias se basaban en lo que veía en casas de amigos y en las habitaciones dispuestas como modelo en las tiendas de muebles.

Esto es lo que añadió Birgitt:

Un trozo de cerámica roto de color crema con lo que podría ser la cola de un pavo real, desplegada, pintada de arriba abajo.

Una colección de piedrecitas de distintos tamaños, formas y colores. Birgitt las cambiaba de posición cada semana, cuando limpiaba, reagrupándolas en un conjunto o separándolas en varios grupos. Se han quedado en la disposición en que estaban cuando nos fuimos a nuestro viaje de aniversario. Me sé su posición de memoria, de modo que puedo quitarlas, limpiar, y volverlas a colocar como estaban.

Un candado de latón abollado, con la llave puesta. Está abierto.

Un cuenco hecho con la pezuña de un animal grande. No sé cuál. Es muy feo.

Un trozo de madera maleado por el mar hasta formar un arco torcido y perforado. Es muy bonito.

Una rodaja del tronco de un árbol talado, muy fina pero grande, en la que se ven los círculos de crecimiento del árbol cada vez más pequeños hacia el centro.

Una caja hecha con cartas de baraja. Están representadas todas las cartas y todos los palos, pero no cada carta en cada palo. Es bastante vieja y está muy sucia.

Un abanico tan desgastado que solo se ve la falda de un vestido y los rizos de una peluca de lo que una vez fue una escena del siglo XVIII.

Una torre de botones; uno grande color escarlata debajo y los demás de distintos colores y cada vez más pequeños hasta llegar a la cima, que es un diminuto botón transparente.

Una colección de ramitas entrelazadas formando una especie de pajarera. Tengo mucho cuidado con esto. Es frágil.

Birgitt nunca explicó nada de la lista que acabo de escribirte. Jamás habló de los objetos, y a mí no me importaba porque los aceptaba como importantes en sí mismos, por ella. Ahora creo que quizá la hubiera ayudado más si le hubiera insistido en que me hablara de ellos. Nunca formaron un vínculo entre nosotros del modo en que esta pieza de tela, con la historia que me has contado de por qué te resulta importante, forma un vínculo entre tú y yo. Empiezo a pensar que estos objetos, a los que les he limpiado el polvo y que he ordenado con mucho mimo desde su muerte, no tienen significado y que debería tirar aquellos que no me gusta mirar. Le preguntaré a Karin y Erik. Los dos vienen a pasar el próximo fin de semana. Esto no suele suceder y estoy emocionado. Ya veo que cocinar para tu familia es importante para ti, y yo lo haré para la mía.

Ya te contaré si tengo éxito. Con la cocina y con lo de tirar cosas. No leo poesía; otra frambuesa que no he cogido, pero que sigue en la mata, y volveré a recorrerla para encontrarla.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*27 de septiembre*

Mi querido Anders:

Si tuviera que elegir una habitación de nuestra casa y hacer una lista de todos los muebles y objetos que hay en su interior, necesitaría una hoja de cálculo. La tarea solo sería posible si primero los dividiera en categorías: útiles y usados; útiles pero no usados; adornos enteros; adornos rotos; cosas que deberían estar en otro lugar; varios.

Después de escribir esta lista de categorías, me dirigí a la salita que en inglés británico llamamos *parlour*. Es una palabra muy pretenciosa, pero así la denominaban las generaciones anteriores y así sigue siendo. Es la habitación en la que nos sentamos por las noches para recibir a los amigos. Es cálida en invierno y fresca en verano, y elegí esta estancia porque es la más formal y por lo tanto la menos atestada de cosas. Nada más entrar, con mi lista, me di cuenta de que no podía empezar a poner orden en el caos con las categorías que me había inventado. Esto debe de hacerte gracia, tú que eres un maestro en catalogar, clasificar, filtrar y relacionar un objeto A y un objeto B dentro de una misma familia. Primero miré un jarrón de cristal verde. No lo uso para poner flores, en parte porque raras veces tengo flores para poner en él, aunque podría si me preocupara por plantarlas y cortarlas con el fin de alegrar la casa, pero también porque está rajado y el agua se sale. ¿Esto sería «útil pero no usado» o «adorno roto»? Creo que quizá debería empezar con dos encabezamientos: «Roto» y «entero» y luego crear subcategorías debajo. Entonces el jarrón encajaría perfectamente en «Roto – útil pero no usado». Pero claro, solo está en el *parlour* porque me gusta. El verde es bonito y su forma es elegante. Entonces, ¿al final sería «Roto – adorno»?

¿Cómo haces tu trabajo? Estoy mirando un cordón. Sin usar. Solo uno, abandonado por alguien que trajo al *parlour* un paquete con dos cordones nuevos para sustituir un cordón roto, pero que no se preocupó por llevarse el que

no necesitaba. Imagino que en alguna de mis visitas a la estancia con un plumero y una aspiradora, limpié y tiré los restos del cordón viejo, pero el cordón sin usar no se puede tirar. Hay que recogerlo y devolverlo al cajón del trastero donde guardamos todo lo relacionado con zapatos. Podría recogerlo ahora, pero entonces tendría que pasar por el recibidor, por un pasillo y por la cocina, y luego bajar unos escalones hasta el trastero, y me parece demasiado tiempo y esfuerzo para un cordón. Si miro a mi alrededor veo otras cosas que hay que recoger y llevar adonde deberían estar, y ordenar: unos guantes, unas tijeras, las instrucciones de un deshumidificador, la tapa de un detector de humos, una funda de gafas (vacía), una goma elástica, una venda elástica, un tubo de galletas (vacío), un cortaplumas, dos *tees* de golf. Ninguna de estas cosas se guarda en el trastero. Si tuviera que llevármelas todas de una vez (para lo cual necesitaría primero coger una cesta o una bolsa) tendría que recorrer todas las habitaciones de la planta baja, subir las escaleras hasta el primer piso y también al segundo, y finalmente dirigirme a la oficina de la granja, que está en el patio, para devolverlo todo a su sitio. ¿Para qué tanta molestia?

Aunque consiguiera liberar la habitación de las cosas tiradas en ella, todavía habría —he bajado otra vez a contar— ocho sillas, dos sofás, tres mesillas, cuatro muebles más para, como dijiste, esconder cosas de la vista. También en el suelo, de losas de piedra cubiertas por alfombras con flecos, hay otros tres objetos para almacenar cosas variadas: troncos, revistas, labores. En la pared hay ocho cuadros, todos tan oscuros que resulta difícil distinguir qué se supone que representan: tres parecen ser cuadros de ganado, dos de árboles, tres de rostros de gente. Si quisiera saber más, tendría que sacarlos a la luz del sol, o traer una linterna para iluminarlos, pues las ventanas de esta habitación son pequeñas y la única luz —aparte de la lámpara de pie que uso para ver las puntadas mientras coso— proviene de una creación excesiva de cuatro brazos terminados cada uno de ellos en una tulipa volcada de cristal rosa con una banda negra alrededor de la parte inferior y en cuyo interior se amontonan moscas muertas. No reuní fuerzas para contar los adornos, así que en su lugar conté los que metería en la furgoneta si fuera a marcharme, como Mary y Vassily. La respuesta a esto es tres: el jarrón rajado de cristal; una figura de cerámica sin esmaltar de mujer con falda larga y gesto altivo, diseñada para hacer de matacandelas y, por lo tanto, potencialmente aprovechable, pero como no hay velas en la habitación resulta de la misma utilidad que un jarrón que pierde agua; y una bandeja de madera que en la actualidad contiene nueces, dos pelotas de golf y un puñado de calderilla, que tiraría antes de meterla en la furgoneta. El jarrón era de mi madre. Compré el

matacandelas en unas vacaciones en Great Yarmouth. La bandeja me la compró Edward en una feria. Sin embargo, no es por estas asociaciones por lo que elegí estas cosas. Las elegí porque me gusta mirarlas.

En ocasiones he despotricado por la cantidad de objetos que hay en esta casa y, por sus reacciones, sé que Edward tiene una concepción sobre este asunto diferente a la mía. Para él, la casa representa continuidad y tradición, seguridad y raíces. Si mañana lo echaran de aquí, aunque le proporcionaran medios y otro lugar para vivir, temblaría como un hombre al que le hubieran arrancado el abrigo en mitad de una tormenta. Se sentiría expuesto, frágil. Para mí, la casa y sus contenidos son como el barro que se acumula en mis botas cuando saco a pasear al perro por los campos en la estación de lluvias. Me ralentiza, pesa, pone límites a mi capacidad de movimiento.

No estoy consiguiendo ser alegre en esta carta. Por favor, escíbeme y cuéntame qué decisiones has tomado respecto a los objetos de tu casa. Por favor, dime que has decidido quedarte solo con los que te proporcionan alegría. También me preocupa la posición de tu escritorio. No me gusta pensar que estás de cara a una pared cuando me escribes. Prefiero imaginarte con vistas de las nubes que cruzan el cielo, del asta de la bandera de tu vecino, de una o dos gaviotas. Sin embargo, si no tienes otro sitio donde ponerlo, prefiero que me escribas de cara a la pared a que no me escribas.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*1 de octubre*

Querida Tina:

Parecías triste en tu carta, y me apena que lo estés. Nuestra correspondencia comenzó en un momento en el que no encontraba muchos motivos para ser feliz, y me ha traído felicidad. Me dolería mucho que te hiciera desdichada. Es decir, que esté causando que consideres tu vida como si fuera una carga. Tú me has quitado la carga de dolor que llevaba encima. Me gustaría poder hacer lo mismo por ti. Me preocupa que, a medida que yo recupero la alegría, tú empieces a comparar mis posibilidades de crecer en felicidad con las tuyas, y que esto te haga daño.

Permíteme contarte lo que pienso ahora que he leído tu descripción de la habitación en la que te reúnes con tu familia. Creo que odiaría estar rodeado por todas las cosas que dices que hay en esa estancia. No estoy acostumbrado a ello y reconozco que terminaría intentando agruparlas, catalogarlas. Esto me resultaría imprescindible porque es mi manera de trabajar. Es como funciona. También creo, sin embargo, que hay evidencias de que otras personas viven en tu casa. Entran y salen. Hacen lo que cualquiera haría en una casa que siente como su hogar. Cambiar los cordones de unas botas; leerse unas instrucciones; vaciar los bolsillos buscando un cortaplumas, por ejemplo. En mi casa no hay nadie. Cuando regreso del trabajo, no hay luces encendidas, no se ha tocado nada desde que salí por la mañana. Puedo entender el modo en que se sentiría tu marido si lo sacaran de su hogar. Suelo ser consciente del espacio vacío que dejo atrás. Vacío de movimiento, quiero decir. No tiene adornos, pero yo elegí que fuera así. Ahora soy más consciente del espacio vacío porque mis hijos lo estuvieron ocupando este fin de semana, y también por tus cartas, que me abren otro modo de vida para comparar con el mío.

Te voy a explicar el fin de semana. No voy a ocultar lo bien que me lo pasé, aunque esto pueda parecer desconsiderado al no tener tú nada alegre que

contarme. Pero sé que no te parecerá mal.

Hice un guiso, siguiendo una receta de un libro que ya tenía en la biblioteca, asegurándome de prepararlo exactamente como decía, midiendo incluso el cuarto de cucharada de sal. Al cocinarse, el olor llenó los espacios vacíos, haciendo que la casa pareciera un hogar en el que vivía gente. Erik y Karin llegaron juntos la noche del viernes. No tengo palabras (ni en inglés ni en danés) para describir el vuelco que dio mi corazón cuando abrí la puerta y les vi allí. Ya había oscurecido en la calle y estaban iluminados por la luz del porche, cálidos y sólidos, sonriendo al verme con mi delantal cubierto de pepitas de tomate y salsa. Karin está espléndida. Es frágil pero fuerte, con peso. Se había envuelto en una prenda de lana, un poncho, supongo que se podría llamar, en lugar de un abrigo, que se enroscaba alrededor de su cuerpo y caía en elegantes pliegues desde los hombros hasta ese bulto que es mi nieto. Su rostro asomaba por el cuello de la prenda, tan hermoso (al menos para mí) como siempre, pero con un toque extra de... ahora me he quedado sin palabras; ¿qué quiero decir? ¿Salud, brillo, satisfacción? Algo que antes no había.

Lo siento si parezco estar hablando de mi hija como si fuera la persona más especial del mundo, cuando en realidad solo lo es para mí. Pero es tan especial para mí, en este momento, a la espera de que nazca el bebé y con la luz del sol volviendo a salir después de la desgracia de la muerte de su madre. O de la vida de su madre, me atrevería a decir. Se habla tanto del estrés postraumático. Cuando ahora miro a Karin, me pregunto si estaré sufriendo alegría postraumática.

Erik es más alto que nosotros dos. Es un hombre de pasiones mucho más evidentes que las mías, y una de ellas es la comida, por eso está rollizo. También siente pasión por la gente. Besa y abraza mucho más que Karin o yo, o que Birgitt (ella era especialmente moderada con los abrazos). Se ríe y llora con mucha más facilidad. Es un placer estar con él, pero agota.

Karin trajo un pan de nueces y semillas, y un pudín de manzanas que había hecho. Erik aportó una botella de un vino tinto de Borgoña muy bueno, y estos complementos hicieron que el guiso, que creo que no pasaba de normalito, pareciera delicioso. Engalané la mesa con bandejas y platos de porcelana, y mis mejores copas de cristal de tallo fino, servilletas de lino blancas y tres candelabros plateados (tu señora de cerámica que también apaga velas sería bien recibida en mi casa). Comimos, y Erik y yo bebimos vino. Karin se ha leído los libros más recientes sobre el embarazo y no probó ni gota. Luego nos sentamos en el sofá, frente a la estufa, y charlamos. Sobre todo hablamos de Karin, de su

salud y de su estado de ánimo respecto al bebé. Decidió contarme, cuando estábamos todos juntos, al calor de un concierto de violín de Bruch sonando bajito, que va a ser una niña. Y la va a llamar Birgitt. No pude evitar sentirme un poco culpable por haberme alegrado en aquel momento de que Karin no tuviera marido, de que el padre de la niña estuviese en la otra punta del mundo sin ser consciente de la existencia de su hija. Nacerá dentro de una familia, la que formamos Erik, Karin y yo, y nadie más tendrá el mismo derecho que nosotros a amarla y criarla. Es egoísta, lo sé.

El sábado por la mañana, cuando nos sentamos a desayunar, les conté que me estaba planteando si el muestrario de objetos que enumeré en mi última carta debería permanecer como estaba, inalterado, como un monumento a las extrañas obsesiones de la mente de su madre; o si ya era hora de tratarlos como si hubieran sido dejados allí en su momento por una mano anónima y pudiera guardarlos o deshacerme de ellos a voluntad, en función de si me gustaban o no. Erik cruzó los brazos sobre la mesa y hundió en ellos la cabeza. No supe qué significaba esa respuesta, así que miré a Karin, que sonreía.

—¿Es una buena idea? —dije.

—Es una muy buena idea —dijo Karin.

—¡Aleluya! —exclamó Erik, alzando la cabeza de la mesa—. No me puedo creer que hayas tardado tanto en hacerlo.

Pusimos todos los objetos en fila. Elegí el fragmento de porcelana y el trozo de madera con forma de arco. Son cosas que me gusta mirar. Karin eligió los botones y las piedras. Tiene una amiga que hace bisutería y esculturas con *objets trouvés* (así los llamó Karin). Espero que lo entiendas. Erik cogió la rodaja de tronco. Es algo, dice, que encaja en su mesa, no en medio, pero tampoco apartado de la vista, y que le recordará a su madre cuando pose los ojos en ella y no tenga nada más en la mente, o solo pensamientos que no quiere seguir teniendo. Esto nos dejó con el candado, el cuenco, la caja, el abanico y el nido de palitos. Metimos todo eso en una bolsa, Erik y yo nos pusimos los abrigos y Karin se envolvió en su poncho; aquí hace frío, el viento nos recuerda el invierno que llega.

Fuimos a una tienda de Silkeborg que compra y vende antigüedades. No vende nada muy grande o muy bueno; de hecho, la mayoría de lo que ofrece no son más que cosas viejas —¿es diferente de antiguas?— y no muy atractivas o deseables. Pero me gusta mirarlas; y vende libros que a veces compro, por eso suelo visitarla. Ofrecimos a la mujer de la tienda la caja, la bandeja y el abanico. El local tiene buena iluminación, pero en el lugar donde se sienta la mujer, en un

rincón al fondo detrás de una mesa llena de papeles, hay mucha oscuridad. Nunca me he fijado demasiado, pero tenía la impresión de que se trataba de alguien bastante mayor. Cuando le dimos la caja hecha de cartas y el abanico, encendió una lámpara muy potente y vi que, en realidad, no es exactamente joven pero tampoco mayor. Tiene cicatrices en el rostro, pero del tipo que imagino causadas por las heridas de un accidente de coche. Cuando nos habló de los objetos que le habíamos traído, resultó evidente que no es danesa, aunque habla danés. Aquí hay otra persona con una historia que contar que nunca voy a oír, pensé.

Comentó que el abanico estaba demasiado dañado como para tener algún valor, pero la caja le había gustado y nos ofreció dinero por ella. Erik dijo al momento que no íbamos a aceptar dinero, pero que buscaríamos algo en la tienda para ocupar los espacios vacíos que habíamos dejado en casa al retirar el abanico y la caja, y que nos podía hacer un descuento en lo que escogiéramos, si le parecía bien. Miramos todo lo que había en las estanterías, mesas y repisas. Finalmente dimos con un objeto de vidrio y decidí que era lo que yo quería. Puede que tuviera en mente el jarrón del que me hablaste, aunque no tengo ni idea de su aspecto, qué forma tiene ni el tono de verde. A Erik y Karin también les gustó, sin tener esa conexión que hacer. Lo que compramos tiene forma de botella con hoyuelos (creo que es la palabra adecuada) en los lados, como si alguien la hubiera apretado con sus pulgares mientras se enfriaba. Es azul. No es antigua, nos dijo la mujer de la tienda, está descascarillada en la base y tiene una pequeña raja en el borde. Nos dijo que está en la tienda porque le gustó la forma, el color y el material. Empleó una palabra en danés que significa fuerza sólida, como un trozo de madera que puede ser sólido y fuerte. No es una palabra que hubiera usado un nativo en ese contexto, pero le iba bien. No aceptó dinero por la botella, solo por el dechado de bordados que Karin compró para la pared del cuarto del bebé, hecho por una niña llamada Alice que tenía doce años en 1905.

La mujer no quiso el cuenco hecho con la pezuña de un animal. Dijo que era muy feo, y tenía razón. Cuando estábamos a punto de irnos, Erik sacó el candado y se lo ofreció. Le comentó que si le encontraba un uso, se lo podía quedar. Ella contestó que en Dinamarca no tenía miedo de que le robaran, pero que podría llegar un tiempo en que desease guardar algo a buen recaudo, y que le gustaría tener el candado por si llegaba ese momento.

Cuando salimos de la tienda nos dimos un paseo por el lago. La superficie estaba gris y agitada por el viento, como es habitual. Erik se arrodilló al borde del agua y Karin le dio el abanico. Lo dejó sobre la superficie, dándole un

empujoncito para apartarlo de la orilla. Estuvo flotando un poco, pero luego las olitas que levantaba la brisa cubrieron la seda raída y superaron los radios laqueados. El abanico bailó un instante para luego hundirse y desaparecer de nuestra vista. A continuación, Karin le pasó el cuenco. Erik lo hizo flotar por la superficie y luego se levantó con un puñado de piedrecitas listo para hundirlo si seguía flotando mucho tiempo, pero resultó que dio un par de giros en el agua y luego se sumergió de golpe. Espero que la pezuña no lleve ningún tratamiento que evite que se descomponga, como debería suceder con toda materia animal en contacto con el barro.

Por último, Erik dejó el nido de palitos en las aguas del lago y contemplamos cómo las olas y el viento jugaban con él, acercándolo y alejándolo de nosotros, como si nos invitaran a decidir si realmente queríamos deshacernos de él. Parecía tan poca cosa, tan insignificante como un palo u hoja arrancado de un árbol por una tormenta. No me podía creer que lo hubiera estado guardando con tanto mimo, durante tanto tiempo. Finalmente se rompió y volvió a ser solo los fragmentos de un arbusto o un árbol cualquiera. Regresaba al estado en el que se habría sumido hace años si una mano humana no lo hubiera recogido de la tierra y se lo hubiera llevado. Como arqueólogo, es mi trabajo recoger cosas de la tierra y llevármelas. Al contemplar los palitos alejándose sobre las aguas para formar parte de las demás plantas del lago, me pregunté si lo que hago en mi vida merece la pena. Al menos lo que tú haces produce alimentos. ¿De qué le sirve a la gente lo que yo hago? Anoto aquí estos pensamientos como parte de la conversación que estoy teniendo contigo. No me pusieron triste, allí en la orilla del lago con mi hermosa hija embarazada y mi alegre y rechoncho hijo. No me ponen triste ahora, al escribirlos para ti. Pero tengo interés en saber qué me puedes decir al respecto.

Ahora los chicos se han ido y estoy sentado en mi escritorio, mirando los nuevos espacios vacíos, el recién adquirido objeto de cristal y la oscuridad al otro lado de la ventana. Antes quedaban todos a mi espalda, hasta que cambié mi mesa, como me dijiste.

Por favor, no te enojas por las circunstancias de tu vida. Como dijo tu hija, nada es tan inamovible que no se pueda cambiar.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*6 de octubre*

Querido Anders:

No sé cómo podría sobrevivir sin tus cartas. Haces que me sienta avergonzada de mí misma pero más feliz. Lo soy solo por saber que tu mesa ahora da al cielo: nuestro cielo. Tu cielo escandinavo y el mío de East Anglia. Tu descripción de tus hijos y cómo te hacen sentir fue una alegría para mí, y gracias a ella creo que debería prestar más atención a los míos, a los que veo a diario sin pensar en ellos para nada. Debería sentirme más complacida por lo que son. Me he cruzado con Tam en el patio, estaba hablando con el conductor de un camión de gasóleo que realizaba una entrega, y me detuve a mirarlo. Tiene la constitución de su padre, fuerte y cuadrado. También tiene su misma postura, un poco ladeado, como si esperara para echarse a andar en cualquier momento o se apoyara en un bastón imaginario. Se dio cuenta de que lo estaba mirando y me preguntó si quería algo. Podría haberle dicho: «Quiero conocerte mejor», pero la verdad es que lo conozco, así que quizá podría haber dicho: «Quiero sentirme más cerca de ti». No sé muy bien cómo conseguirlo.

Me dirigí al cobertizo de las máquinas, donde Andrew estaba revisando el motor de un viejo tractor que tenemos para tareas ocasionales, y porque a Andrew le gustan los tractores viejos y a Edward no le gusta deshacerse de nada hasta que ya no tenga ningún uso. Físicamente, Andrew se parece más a mí: más estrecho, más delgado y de piernas más largas que su hermano. Le pregunté si estaba feliz. Es una frase nuestra, «¿Estás feliz en tu trabajo?», que solo significa si necesitas algo en ese momento, si puedo ayudarte en algo, ese tipo de cosas. Andrew me contestó como si esa fuera la frase que me había oído decir a menudo, en lugar de la pregunta que yo quería formular.

—Sería más feliz si hubiera más luz aquí dentro —dijo.

En el cobertizo hay un fluorescente y él tenía una lámpara de inspección colgada encima del tractor, pero entiendo a qué se refería, porque cuando estoy

cosiendo, la luz nunca es suficientemente buena.

—¿Con eso basta para hacerte feliz? —dije—. ¿Más luz?

Dejó lo que estaba haciendo y me miró ligeramente sorprendido y ansioso.

—¿A qué viene esto? —dijo—. ¿Te preocupa algo?

—Me refería a ti, cariño —dije—. No a mí. Yo soy feliz.

Parecía aliviado.

—Qué bien —dijo—. Yo también.

No estoy segura de que ninguno de los dos estuviera diciendo la verdad.

Ahora, la cuestión: ¿la arqueología es una ocupación que merece la pena? Depende, diría yo (evitando apresurarme con una opinión sólida —esto está bien, esto está mal— como siempre), de lo que entiendas por merecer la pena. Ahora que tenemos cubiertas las necesidades básicas de supervivencia —tenemos alimento, refugio y estadísticamente pocas posibilidades de correr peligro en nuestras vidas—, podemos también ocuparnos de cosas placenteras o interesantes. De adquirir conocimientos. De modos de divertirnos. ¿No te parece? Si merecer la pena significa ser «sustento para la vida», la agricultura es mejor que la Arqueología. Igual que la Medicina. Pero si merecer la pena es mejorar la calidad de vida, bueno, cualquier cosa que despierte tu interés podría merecer la pena tanto como el aburrido y simple negocio de producir alimentos. La Arqueología debe de haber despertado tu interés en algún momento.

Hemos estado hablando sobre adónde nos lleva la vida, y sobre si el modo en que cada uno de nosotros ha vivido la suya era el que realmente quería o el que habría elegido si, en el momento de tomar nuestras decisiones, hubiéramos conocido qué otras opciones había. Pero no hemos malgastado nuestras vidas. Insisto en ello.

Mary y Vassily se han ido. Dieron su fiesta de despedida en un granero, y vinieron decenas y decenas de jóvenes, algunos con niños, que bailaban con las canciones que tocaba un grupo de músicos, algunos lituanos, otros no. Como ya sabes, no juzgo la calidad de la música, pero me sonaba melodiosa y llenaba el patio de sonido. Vassily había puesto luces de feria por todo el granero y el jardín, pero la luz que daban era más ornamental que útil, y resultaba difícil distinguir a las personas entre todos los cuerpos que se movían y charlaban. Me costaba reconocer a mis propios nietos entre las bandadas de niños que

correteaban de un lado para otro. Al principio me quedé cerca de la comida; sentía que tenía la responsabilidad de asegurarme de que era apetecible y, aunque no podía influir en que la gente la disfrutara, al menos podía ver por su comportamiento si había cumplido con mis obligaciones. Cuando la comida ya casi se había acabado, salí en busca de Edward. No había querido que la fiesta fuese en el granero, ni que ninguno de los dos se fuera y, como estaba corriendo la cerveza, me preocupaba el estado en el que pudiera encontrarse mi marido. Todavía estaba buscándolo cuando me encontré con Sarah, mi nuera, que llevaba a mis dos nietos, Amos y Zoe, de la mano. Me preguntó si me importaba llevármelos a casa para acostarlos y quedarme con ellos hasta que Tam y ella volvieran.

—No tardaremos —dijo, pero pude ver por el color de sus mejillas y su modo de caminar que ya había bebido suficiente como para que la fiesta pareciera la mayor diversión del mundo y, por lo tanto, le costase abandonarla.

Amos, Zoe y yo bajamos por el sendero hasta su bungalow, alejándonos de la música hasta que solo se podía captar el agudo compás del bajo. Fuera del alcance de las luces de feria, el cielo estaba particularmente despejado, como el dibujo infantil de un cielo nocturno: luna creciente, estrellas y una oscuridad profunda. Tuve que coger en brazos a Zoe los últimos cien metros, y ya estaba dormida cuando llegamos a su casa. Le leí un cuento a Amos mientras se dedicaba a saltar en la cama sin escuchar, excitado por la música, los juegos y la gente, y luego se durmió casi entre un salto y otro, y una frase y otra. Me quedé despierta hasta que Tam y Sarah volvieron a casa, bastante pasada la media noche, la mayor parte del tiempo sentada en la oscuridad escuchando el bullicio de la fiesta. Me cuesta relajarme en esa casa. Era donde vivieron mis suegros, creo que te lo he contado, y la odiaba por el resentimiento que albergaba en cada ladrillo y madera; nunca quisieron mudarse de la casa principal y no me consideraban motivo suficiente para marcharse. Bajo el control de Sarah, se ha transformado en un hogar de periferia urbana, pero no está en ninguna periferia y me hace sentir fuera de lugar.

Edward ya estaba en la cama cuando llegué a casa, pero no dormía. Hice mal en preocuparme por cómo se comportaría a medida que avanzara la fiesta. La bebida le puso contento y la marcha del hogar de su única hija le estaba poniendo triste, así que se encontraba en un estado de confusión y ternura.

Ahora todo eso ha quedado atrás. Se han ido y hemos recogido el desorden de la

fiesta. La casa en la que vivían Vassily y Mary está vacía y he empezado a prepararla para acoger turistas. Volví al *parlour* y elegí media docena de muebles y objetos que no quería en la estancia, y me los llevé al bungalow. Allí los fregué, los limpié, les saqué brillo y los coloqué, y cuando retrocedí unos pasos para mirar lo que había hecho, me sorprendió descubrir que una silla de madera con asiento de tapicería, un cuadro de unas vacas bajo un árbol, una mesa baja con patas curvas y superficie de cuero, una figura de porcelana de una pastora y dos copas de vino rojas de cristal tallado encajaban perfectamente en su nuevo hogar con su brillo recientemente aplicado. Nunca me hubiera comprado ninguna de esas cosas en la tienda que describías de la anciana-joven con su rincón al fondo, pero no son tan horrendas como siempre había creído.

Por supuesto, nadie se ha dado cuenta de que ya no están en el *parlour*.

Inspirada por el Hombre de Trapo, que regalaba una tela a quien se encontraba hundido en la miseria, yo también descolgué y lavé las pantallas de cristal rosa de la lámpara del *parlour*, vaciándolas de las moscas muertas de veranos pasados. Es sorprendente lo edificante que esto me resultó, aunque los niveles de luz sean ahora apenas un poco mejores y la lámpara con sus pantallas sea tan fea como siempre.

Tampoco nadie se ha fijado en esta mejora.

Edward está de mejor humor, ahora que lo peor ha pasado y ya se han ido. Tenemos a Daphne instalada en la oficina de la granja un par de días a la semana, con aspecto atareado, y aquí estoy yo, con un *parlour* más ordenado, más limpio y menos abarrotado de cosas, y una casita de vacaciones renovada. Así que todo va bien.

Entiendo que vivir sin compañía, como es tu caso, provoca un espacio vacío a tu alrededor, y que eso puede hacerte sentir solo. Vivir con otras personas, como es mi caso, puede hacer que también te sientas así.

Con amor,  
Tina

*Copenhague*  
*16 de octubre*

Querida Tina:

Por la dirección del remite, verás que estoy con Karin en Copenhague. Desde la última vez que escribí, lleno de orgullo, he caído en una especie de desolación. Nada va muy mal, debo decirte de inmediato, así que no tengas miedo a seguir leyendo.

Karin se resbaló en una escalera y se ha hecho daño en el tobillo. No es grave, pero la llevaron al hospital y vieron que las cosas no estaban como deberían. La presión sanguínea y demás. Le dijeron que debe guardar reposo absoluto o pondrá en riesgo al bebé y a ella misma. Por eso he tenido que venir aquí a cuidarla y asegurarme de que no hace nada. Esto no es fácil. Sabe que no debe moverse, así que se tumba en el sofá y yo le traigo café y bizcocho, sopa y sándwiches, durante el día, y algo caliente y sabroso para la cena. No tengo que cocinar nada de esto, porque hay amigos que se pasan todos los días, siempre con algo en una cazuela, bandeja o cazo, para que se lo sirva a Karin cuando necesite comer. Sin embargo, es los amigos los que hacen que la tarea de cuidar de Karin resulte difícil. (¿Esta frase es correcta? ¿Puedo usar el singular «es» con el plural «los amigos»? Estoy mejorando mi inglés comprobando palabras y estructuras cuando te escribo, pero me parece que así está mal). Los amigos traen alegría y cháchara al apartamento, y cosas que no son comida: opiniones, noticias, libros, DVD, flores. Todas estas cosas animan a Karin, que se excita y emociona, habla con sus amigas e indica dónde poner las flores, o les dice qué piensa, qué libros se ha leído... Me agota estar en la habitación con todos ellos, así que me voy a la cocina o, si también está llena, salgo a la calle a dar un paseo o una vuelta en bici por el barrio con el frío. Ahora entiendo que la soledad es peor cuando tienes gente alrededor que cuando no.

Karin dice que los amigos no la cansan; que así no piensa en su salud y la del bebé y en lo que le espera. Sus compañeros de trabajo también han venido y han

traído documentos. «Eso no es no hacer nada», le dije a Karin cuando la pillé leyendo uno. Esta vez estuvo de acuerdo y lo dejó. Ha vuelto a hablar de Ben, el padre de la niña. Dice que este aviso de los médicos le ha hecho preguntarse si, al final, debería contarle lo de la pequeña Birgitt. ¿Y si le pasara algo y no pudiera cuidar de la niña, o no estuviera aquí para cuidar de ella? No puedo decirle nada al respecto. No puedo decir «ya estoy yo», porque sé que no soy la respuesta. No soy la persona adecuada a la que asignar la tarea de criar a una niña. No solo porque soy un hombre, y ya no joven, sin esposa, sino porque no tengo el don de mostrar amor de una forma evidente, abierta y constante, como un bebé tiene derecho a recibir. No sé si Ben tiene esta capacidad. He visto una foto de él. Parece robusto (he buscado en mi diccionario la palabra correcta y creo que es esta), pero ¿qué más puedo decir de él?

De modo que aquí estoy, al margen, así es como me siento. No sé si Karin conseguirá llevar a este bebé las próximas diez semanas y dar a luz sin problemas; si el bebé nacerá perfecto; si habrá que compartir al bebé con un padre desconocido. Siento como si estuviera esperando algo que va a suceder. Toda mi vida de casado estuve esperando algo que iba a suceder y deseando que nunca ocurriera. Ahora estoy esperando que ocurra algo y temiendo que nunca llegue.

Escríbeme.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*20 de octubre*

Mi querido Anders:

Fíjate en la gente con la que te cruces, paseando, conduciendo o yendo en bicicleta, cuando des vueltas por la parte de Copenhague en la que vive Karin, y piensa: cada uno de estos fue, en su momento, un niño por nacer; todos han nacido, sobrevivido a la niñez y, es muy probable, han tenido sus propios hijos. El embarazo y el parto son abrumadores cuando te suceden a ti o a personas cercanas, pero son algo normal. Me arrepentiré de haber escrito esto si sucede algo imprevisto con Karin y la pequeña Birgitt, pero es poco probable que la próxima vez que me escribas sea algo diferente a buenas noticias. Pero solo por si acaso, te voy a prometer una cosa. Si las noticias son malas, si sucede lo peor que no nos esperamos, finalmente visitaré el museo de Silkeborg y podremos estar juntos frente al hombre de Tollund, y aceptar que nuestras vidas forman parte de una secuencia que ha perdurado y perdurará, y que nuestras penas y alegrías solo son importantes para nosotros. Tras hacer esta promesa, por primera vez me atrevo a decir que espero no tener motivos para visitar Silkeborg pronto.

No soy la persona adecuada para preguntas de gramática; me limito a soltar una retahíla de palabras juntas y, si tienen sentido, me basta. Si para ti lo tienen, es suficiente. Lo que tú dices tiene sentido para mí y me gusta la manera en que lo cuentas. Por favor, sigue escribiendo como lo has estado haciendo.

Espero recibir buenas noticias de Karin y la pequeña Birgitt.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*30 de octubre*

Querida Tina:

Tienes razón. Dar a luz es algo normal. Karin se encuentra mejor; ya no hay riesgo para el bebé y su tobillo está mejorando. Va a trabajar desde casa las próximas dos semanas y después estará de baja hasta que nazca la pequeña. Su médico, la matrona y sus amigas le han dicho que es lo conveniente, y ella está convencida. Yo también pienso que es lo correcto, por supuesto, pero creo que mi opinión, sin el respaldo de las otras, no habría contado. He vuelto a casa. En un primer momento mi presencia hacía falta, pero luego me volví innecesario. Estorbaba a Karin en su vida cotidiana estando allí, así que ahora estoy aquí, de regreso al trabajo.

Me han encargado escribir un libro sobre figuras de diosas de la fertilidad, una oportuna coincidencia, pues últimamente pienso mucho en la fertilidad y en la necesidad de buena suerte asociada a ella. En la Edad del Hierro y en la Edad del Bronce, esto significaba que un dios tuviera a bien concederte unos niños sanos. Este libro no es para académicos —lo cual requeriría más estudio y más visitas de campo de las que estoy dispuesto a realizar—, sino para cualquier persona interesada en el asunto. Por supuesto, esto no implica que no deba ser riguroso en cuanto a los hechos y, cuando no haya hechos, mis hipótesis deben estar bien fundadas y debo compararlas con las de otros. Así que hay mucho trabajo por hacer. He desarrollado, no te sorprenderá saberlo, un modo de agrupar las figuras, una especie de catálogo. Es un trabajo que puedo hacer sentado en mi despacho, y estoy disfrutando con esta tarea.

Me preocupa que, tras ayudar a otros a superar el dolor, nosotros nos estemos hundiendo en la desesperanza. La impotencia. Levanto la vista, ahora, del escritorio de mi casa y puedo ver el cielo, que hoy es de ese azul muy oscuro, suavizado por una película de blanco. Como si fuera un color estridente que hubiera decidido quedarse apagado y tranquilo. Puedo ver la bandera de mi

vecino y la cuerda colgando junto al asta, inmóvil. ¿Cómo supiste que mi vecino tenía una bandera? ¿Te lo mencioné alguna vez? Creo que es algo muy danés. Más cerca de mí que la ventana o el cielo están la pieza de madera, el trozo de cerámica y la botella azul con hoyuelos (ya sé que no quieres corregirme la gramática, pero si alguna vez uso una palabra incorrecta, debes decírmelo). La luz que entra por la ventana ilumina la superficie de esos objetos, pero la parte que queda más cerca de mí está en la sombra, y sus formas se funden con la superficie del mueble. No siento desesperanza ni impotencia cuando estoy aquí sentado, mirando estas cosas, escribiéndote.

He dejado para el final un comentario sobre tu promesa. No quiero que tengas que venir para darme consuelo por una pérdida. Sin embargo, si la sufriera, que tú vinieses sería el único consuelo que soy capaz de imaginar. Quiero que vengas cuando sientas la necesidad de hacerlo, no porque yo te necesite. No sé cuándo llegará ese momento. No sé por qué llegará. Esperaré.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*12 de noviembre*

Querido Anders:

Me alegro de que todo vaya bien con Karin. Eso es suficiente para levantarme el ánimo, incluso sin el cielo, los adornos y la bandera (que sí me mencionaste en una carta anterior). Yo también estoy mirando el cielo, que está gris y de vez en cuando arrastra a un grajo, o mejor dicho, hace volar a un grajo, porque siempre me parece como si el ave no participara de la acción, como si fuera un montón de plumas que el viento levanta y arrastra. Estoy emocionada, también, con tu libro.

No hay dramas en mi vida. Ahora que Mary y Vassily se han ido, todos vamos a nuestro ritmo habitual, con la diferencia de que tenemos a Gregor subido a una escalera arreglando los canalones en lugar de a Vassily; y a Daphne en la oficina en sustitución de Mary. Paso más tiempo del habitual allí con Daphne. En parte se debe a que es el lugar más caliente. Hay dos calefactores de gas y Daphne los pone al máximo todo el día. Preveo jaleo cuando se acaben las bombonas y haya que pedir más.

Mary era menos pródiga con el calor y racionaba una bombona por calefactor durante todo el invierno, pero Daphne es un bicho menos resistente y no veo por qué debería negarle el calor. Me he fijado en que Edward visita la oficina con más frecuencia que antes. Le gusta estar calentito tanto como a los demás, y tendré que recordárselo cuando haga falta más gas.

Yo también paso más tiempo en la oficina asegurándome de que Daphne hace bien el trabajo. No soy experta en números, pero comprendo el negocio de la agricultura —sus débitos y créditos— y con frecuencia puedo captar los errores que comete, me parece que debidos a la falta de atención en lo que está haciendo. Tengo la esperanza, si sigo señalándoselos, de que con el tiempo se le dé mejor fijarse en ellos o sea más diligente evitándolos, o ambas cosas. Aunque también es posible que Daphne cometa más errores a causa de mi presencia en la

oficina. Eso significa que tiene a alguien con quien hablar, y le apasiona charlar. A mí me resulta bastante duro porque solo disfruto cuando tengo algo de lo que quiero hablar con alguien en cuya reacción estoy interesada. Hablo contigo todo el tiempo, por ejemplo, solo con palabras escritas sobre papel, pero si estuviéramos cara a cara, estoy segura de que me resultaría igual de sencillo charlar sobre música y poesía, sobre alegrías y penas, como lo hago en una carta. Sin embargo, no sé cómo formar parte de las conversaciones de Daphne, y tampoco quiero formar parte de ellas.

El tema preferido de Daphne son los defectos de los demás. Me ha costado un poco darme cuenta de ello, pues tiene un modo sonriente y jocoso de hablar, arranca con una carcajada y una frase que expresa guasa o incredulidad, del estilo: «Sinceramente, ¿te puedes creer...?», o «No te vas a creer esto...». Cuando ha terminado de contarme lo que quería, termina con una frase que expresa comprensión y tolerancia, del estilo: «Así es la vida, supongo», o «Bueno, probablemente no pueda evitarlo», y se vuelve a reír, como si el mundo no dejara de divertirla, por mucho que le resulte frustrante.

Esta mañana me estaba contando que había pillado a la cuidadora de su madre secando los platos con un rollo de papel de cocina. en lugar de con la bayeta. («Fíjate, ¡papel de cocina!»). La cuidadora le dijo que le parecía más higiénico usar papel y tirarlo que andar extendiendo gérmenes con una bayeta sucia. («Y digo yo, ¿para qué cree que están las lavadoras?»). La cuidadora es una rica fuente para sus cotilleos, igual que su madre, quien —«¿te lo puedes creer?»— pide una cosa un día y al siguiente no se acuerda de por qué la quería. Daphne está dispuesta a contar anécdotas sobre las ridículas opiniones o actitudes de casi todo el mundo, y chismes sobre Lorna, Margaret y Judy, cuando yo no tengo ni idea de quiénes son esas personas. Lo único que sé es que siempre están diciendo o haciendo cosas que a Daphne ni en sueños se le ocurriría decir o hacer, ¿te lo puedes creer?

A veces he estado con Daphne en fiestas, cuando su esposo todavía vivía, en compañía de otras mujeres —podrían haber sido Lorna, Margaret o Judy— que sabían reaccionar con la indignación, risa o tolerancia graciosa adecuadas a las cosas que decía Daphne, y luego añadían ejemplos de su cosecha. Yo nunca he sido capaz de hacerlo. Podría darle mi opinión: por ejemplo, que comprendo que la cuidadora tiene cierta razón y que usar papel de cocina para secar los platos puede ser una buena idea; que su madre tiene casi noventa años y se le debería permitir que le falle la memoria. A veces lo hago, y entonces Daphne me mira como si no hubiera sido capaz de captar la broma, así que la mayor parte del

tiempo sonrío cuando ella sonrío, y dejo que piense que estoy de acuerdo con ella, atrapada por mi propia incapacidad para afrontar el conflicto.

Por supuesto, soy consciente de que ahora mismo estoy haciendo justamente lo que critico en los demás: he estado quejándome largo y tendido de los defectos de Daphne Trigg: es decir, de su incapacidad para comprender y empatizar con los defectos de los demás, y de su imposibilidad para encontrar otro tema de conversación que no sean los defectos de los otros. ¿Y qué estoy haciendo yo en esta carta? Me avergüenzo de mí misma, pero también me hace sonreír.

A medida que avance el invierno me acostumbraré al frío y Daphne se acostumbrará a los libros de cuentas, yo dejaré de ir a la oficina y volveré a hacer las otras cosas que ocupan mis jornadas: cuidar de las gallinas, cocinar, limpiar, sacar al perro, echar una mano cuando y donde haga falta. Esto será mejor para mi paz de espíritu y para mi carácter. Estoy planeando visitar a Mary y Vassily pronto, tengo ganas de viajar para verlos, y para ver las montañas, pero también para tener otro tema menos ordinario del que hablar contigo.

Con amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*20 de noviembre*

Querida Tina:

Necesito que sigas contándome las cosas que haces y piensas. Es importante para mí tener una conexión con una existencia que no sea la mía, porque en este momento me siento atrapado en mi propia vida.

Recuerdo que me contaste, al principio, que la tuya era una vida enterrada. Ahora siento que sucede lo mismo con la mía. Estoy trabajando en el libro y mientras desentierro hechos sobre figuras sacadas de debajo de la tierra, me voy enterrando a mí mismo en su forma y significado. Gran parte de este significado tiene que ver con vientres y partos, y al mismo tiempo que estoy concentrado en la pantalla, estoy todo el rato esperando que suene el teléfono. Dentro del espacio que ocupo, físicamente, todo transcurre en calma. No hay conmociones, solo el descubrimiento paciente de hechos, la cuestión de relacionar esos hechos con otros hechos. Fuera del espacio que ocupo, la incertidumbre del parto lo es todo. Las figuras que miro en la pantalla y manejo en el museo son sólidas; Karin, en la imagen que tengo en mi cabeza, es muy suave, y la suavidad no puede resistir el daño igual que la solidez. Me está costando conciliar estas cosas en mi mente mientras trabajo.

Las figurillas de fertilidad más antiguas no eran más que una forma vertical, sin pechos, caderas anchas ni vientres abultados. Solo se las puede clasificar como representaciones de mujer por la talla de un collar alrededor de donde debería estar la garganta. Esto también me confunde. No sé si sentirme aliviado por su simplicidad, o molesto por la simplificación.

Ya ves, necesito tus cartas para que me ayuden a encontrar un sentido al mundo.

También me dedico a pensar en la cuestión de ser abuelo y, en consecuencia, me acuerdo de mi abuelo, el padre de mi padre (no llegué a conocer al padre de mi madre). En mi mente lo recuerdo como el prototipo que representa a todos los

abuelos, igual que las figurillas de las diosas representan a todas las mujeres. Está tan lejos del abuelo en que estoy a punto de convertirme como la figura que ahora mismo tengo en la pantalla lo está de Karin. Era un hombre sobrio y austero (he tenido que buscar esas palabras, espero que te gusten) y yo lo admiraba mucho, por lo que conocí de él y por las historias que se contaban de él.

Mi abuelo tenía una granja durante la guerra. Ya sabrás que Dinamarca fue ocupada en 1940 y al principio el gobierno colaboró con los alemanes para preservar una cierta neutralidad, pero eso suponía que casi todo lo que producía la granja debía enviarse a Alemania para alimentar a la población, y fueron tiempos bastante duros aquí, en Dinamarca. Creo que no somos un pueblo que se someta con facilidad, y desde el principio hubo resistencia y actos de sabotaje. No sé si mi abuelo participó en aquello; nunca hablaba de la guerra.

En 1943, las cosas cambiaron y se incrementaron tanto las actividades de resistencia como el control de los alemanes. En esa época, emitieron la orden de detener a todos los judíos y deportarlos a campos de concentración. Antes de que esto pudiera ocurrir, casi todos escaparon de sus hogares y, con la ayuda de la resistencia y del pueblo danés, fueron evacuados a Suecia. La granja de mi abuelo quedaba cerca de la costa y desempeñó su papel en esta evacuación, ya que sirvió de refugio para familias judías que aguardaban los barcos que las llevarían a territorio seguro. Una noche, unos alemanes se presentaron en la granja; habían estado patrullando la franja costera y no les quedaba combustible para regresar a su base. Había una familia judía en nuestra casa: madre, padre y un niño de unos tres años. Mi abuelo salió a recibir a los alemanes y los condujo al cobertizo donde guardaba la gasolina para el tractor; mi padre, que era adolescente, los acompañó. Pero el pequeño judío, sin comprender el peligro, se escapó de su madre, corrió tras ellos y entró en el cobertizo donde los cuatro hombres —dos alemanes, mi padre y mi abuelo— trajinaban con el barril de combustible.

De inmediato, mi abuelo cogió al niño en brazos y se puso a jugar con él, haciéndole cosquillas y subiéndoselo a la cabeza, provocándole la risa para evitar que dijera algo que pudiera delatarlos.

«¿Es tu hijo?», le preguntó uno de los alemanes, y mi abuelo respondió que no, que era el hijo de su hermano, pero que ahora vivía con ellos porque su padre había caído cuando luchaba junto a los alemanes en las brigadas de voluntarios, las Freikorps Danmark (a las que, por supuesto, mi abuelo y su familia despreciaban). Mi abuelo no paraba de hacerle cabriolas al pequeño para que no

hablase mientras mi padre llenaba un bidón con combustible para el vehículo de los alemanes. Finalmente terminaron y mi padre llevó el bidón hacia el coche mientras mantenía a los soldados alejados de la casa. Le dieron dinero cuando se marcharon, una propina, supongo, y le dijeron que era un buen mozo. También le dieron una moneda al pequeño judío, por ser el hijo de alguien que había combatido de su lado. La historia, tal y como la relataba el resto de la familia, nunca mi abuelo, concluye con él regresando a casa junto al niño y tomando el trozo de pan que estaba comiendo justo cuando llegaron los alemanes, como si nada hubiera sucedido.

De niño solía imaginarme que yo era el pequeño que jugaba con mi abuelo; él era tan sereno, una figura tan grande y remota para mí que me parecía algo milagroso que pudiera jugar así conmigo. Cuando mi padre envejeció y se le agrió el carácter, seguía contando la anécdota, pero se quejaba por el miedo que había sentido en su momento y porque su padre se había preocupado más por la seguridad de la familia fugitiva que por su propia vida y la de sus hijos. En sus peores momentos, llegaba a decir que le parecía injusto que su padre, que nunca jugaba con sus hijos, se hubiera mostrado en aquella ocasión tan divertido con el hijo de un desconocido.

Imagino que la hija de Karin, cuando tenga mi edad, no tendrá este tipo de historias que contar sobre mí. Pero intentaré ser una persona que le parezca que merece la pena recordar. Mientras aguardo el sonido del teléfono, hablo como si estuviese seguro de que Karin tendrá una hija que vivirá hasta tener mi edad.

Escribe pronto.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*7 de diciembre*

Mi querido Anders:

Sobrio y austero son buenas palabras. Me gustan. No son aplicables en absoluto a mis abuelos. A quien mejor recuerdo es a la madre de mi madre, a la que llamábamos Nan. Era jardinera. Su marido, del que no me acuerdo, era horticultor —plantaba verduras para vender en tiendas del pueblo o en su puesto del mercado—. Ella atendía el huerto con él y plantaba para su consumo propio, pero también creó un jardín alrededor de su casita en Norfolk que era una maravilla. No parecía tener ninguna planificación, y nunca supo el nombre correcto de las plantas. Le daban igual los nombres de las familias botánicas a las que pertenecieran. Estas cosas no tenían importancia para ella. Era capaz de distinguir las plantas que tenía y las llamaba con unos nombres que, principalmente, creo que se inventaba ella misma, en lugar de asignarles una etiqueta que permitiera a otras personas saber de qué se trataba. Ponía las plantas donde quería que crecieran, y crecían. O las plantaba donde había un hueco libre, y también crecían. Son sus manos lo que recuerdo con más nitidez. A mi madre no le gustaba que comiéramos los platos que preparaba Nan cuando la visitábamos, porque sus manos tenían tierra tan profundamente incrustada en cada grieta que nunca daban la sensación de estar limpias. Parecía como si de tanto agarrar cosas —herramientas, hierbajos, regaderas— durante años, sus manos hubieran adquirido esa postura permanente, con los nudillos alzándose como una cresta y las huellas dactilares borradas. Siempre andaba mirando lo que tenía cerca, a sus pies bajo la paleta, o lejos, hacia los rosales en flor o los cerezos dando fruto; nunca a la cara de la gente.

Ella también tenía una historia de la guerra, que solemos contar en la familia. Nunca vivió de cerca el conflicto —aunque había bases aéreas en East Anglia que sufrieron bombardeos, ninguna se encontraba próxima a donde vivía—. Pero en la zona fallecieron doce jóvenes, cuyos nombres se recuerdan ahora en el

memorial de guerra del pueblo. Cada vez que llegaba noticia de una muerte, mi abuela plantaba algo en recuerdo del muchacho, lo conociera o no. Cavaba un agujero junto al memorial, que en aquel tiempo solo tenía nombres de la Primera Guerra Mundial, plantaba lo que había elegido y luego marcaba el lugar con un palito que llevaba el nombre del fallecido. Aunque no tenía derecho a plantar allí, no le preguntaba a nadie si podía hacerlo, y tampoco se lo contaba a las familias, pero todo el mundo lo sabía y a nadie le importaba. Algunas plantas, con el tiempo, crecieron demasiado para el lugar donde las colocó, y han sido trasplantadas a otro sitio cercano, cada una identificada todavía con el nombre de la persona en la que mi abuela estaba pensando cuando las plantó. Si la planta era demasiado grande para moverla, se cogían esquejes. Algunas plantas no eran de larga vida, y estas también han sido reemplazadas por esquejes de la original o, cuando ha sido necesario, con una nueva planta de la misma variedad. Las familias también se han llevado esquejes a lo largo de los años, y las plantas que crecen alrededor del memorial de guerra del pueblo se pueden ver en muchos de los jardines de la zona. Chicas que eran hermanas, sobrinas o primas de los jóvenes caídos decoraban sus ramos de novia con elementos de la planta en recuerdo de su familiar. Hay muchachas que se llaman Rose, Rosemary y Laurel[2] en la zona, en recuerdo de los hombres que murieron hace setenta años.

A Nan le debo mi amor por las plantas, pero quizá ella sea también la inspiración original de mis pensamientos sobre el pasado y sus vínculos con el presente, que es por lo que he terminado escribiendo esta carta y, más importante todavía, esperando la próxima que tú me envíes.

Ahora, pasemos a tu libro. Me ha impactado la idea del palo que representa a una mujer de un modo tangencial, sin haber sido esculpido con la forma de una figura con cabeza, pechos, brazos y piernas. Me gusta esta sutileza; está el detalle del collar, a modo de insinuación, pero el hombre o la mujer que lo sostuvieran o pasaran un dedo por encima le proporcionarían su propio sentido, que probablemente sea imposible de expresar. Se trata de una mujer, pero del modo en que la persona que la vea o la toque entienda la feminidad. Algo parecido a lo que sucedería si yo tuviera una conversación con un vecino sobre lo que supone ser británico. Sé lo que significa para mí, pero resulta demasiado complejo para expresarlo, y, si pudiera ponerlo en palabras, mi sentimiento sería diferente (aunque no completamente distinto) al de mi vecino. Ambos podemos

coger el trozo de madera que simboliza el sentimiento británico y pensar, mientras lo tocamos: «Sí, claro, eso mismo, así es», y las ideas no articuladas en nuestras cabezas serían a la vez coincidentes y divergentes. Supongo que te sucederá lo mismo si intentas saber qué significa ser danés. Las figuras más tardías, con pechos, caderas y tripas, parecen símbolos más toscos, una representación formal de la mujer como medio de reproducción, pero su propia tosquedad les permite ir más allá de lo que representan. Son exageradas pero incompletas; hay vacíos para que los rellene quien las mire o toque. Te envidio porque puedes mirar, tocar y extraer sentido a esas cosas. Me puedo imaginar esas figuras en tus manos, desencadenando pensamientos que van hacia atrás, hacia delante, de un lado al otro.

Aquí estoy, desvariando sobre diosas de la fertilidad como si supiera algo del tema, cuando no sé nada. Solo sé lo que el profesor Glob escribió sobre la materia y mostró en las imágenes de su libro. Pero no puedo evitar emocionarme con todo lo que vas a descubrir, todo lo que registrarás y catalogarás; todas las conexiones que harás entre una figura y otra, entre las figuras y las tribus que las produjeron. Ya casi es Navidad (ten paciencia conmigo, esto es relevante) y me encuentro desplumando y limpiando pavos y gansos para las carnicerías locales y la venta directa en la granja, así que en esta época del año mis manos están ocupadas. Cuando no estoy sirviendo comida en la mesa, estoy trabajando en la nave de las aves, a veces hasta tarde, porque el desplumado y el vaciado de las tripas se hacen al final del proceso, y las aves sacrificadas durante el día tienen que ser desplumadas cuando todavía están calientes. Mientras hago esto, te imagino con una lámpara de escritorio iluminando el cuaderno en el que tomas notas, y la pantalla del ordenador encendida con palabras e imágenes delante de ti; veo tus dedos en el teclado o cogiendo un lapicero; te imagino acercando un libro al círculo de luz para comprobar este o aquel dato, para añadir un par de detalles a lo que hasta ahora has descubierto. Y miro mis manos, rojas por el frío, y las vísceras de pavo, y a las aves muertas (o la comida, dependiendo de si decido ver lo que tengo ante mí como lo que era hace una hora o como lo que será en la siguiente) iluminadas por el arco de luces montado en la nave.

Supongo que ahora supondrás que voy a empezar a quejarme porque la vida ha terminado trayéndome a este gallinero lleno de pluma y plumón, mientras que a ti te ha llevado a un estudio tranquilo y calentito. Pero en realidad la relación entre mis sentimientos y las dos situaciones es mucho más compleja. Nunca me ha importado encargarme de los pavos y los gansos. Cada uno de ellos constituye una tarea independiente, y cada ejemplar acabado representa la

culminación exitosa de esa tarea. Preparar las aves de navidad es un motivo de reunión familiar; hay gente que juega al Monopoly o a las adivinanzas. Nosotros matamos, desplumamos y destripamos aves. Hacemos descansos para tomar sopa y sándwiches, café y bizcochos. Sintonizamos en la radio una emisora que pone villancicos y canciones navideñas. Tenemos una sensación de rendimiento colectivo que es mejor que un triunfo logrado en solitario: no solo he hecho esto, y lo he hecho bien, sino que he cumplido con mi papel en la cadena, mi parte en la producción total. A pesar de todo, por supuesto, no puedo evitar imaginar cuánto disfrutaría dedicándome a descubrir hechos y crear una historia alrededor de esos datos, sola y en silencio. Quizá algún día me siente a una mesa para analizar la información que tengo delante. Planear y crear en lugar de desplumar y desollar. Como en el caso de las montañas y las frambuesas olvidadas, esperaré a que llegue el momento. Mientras tanto, disfrutaré pensando que es lo que tú haces, y que a través de ti puedo imaginar esa otra vida que tú estás llevando por mí.

La Navidad es, como ya he dicho, una época de ajetreo. Iré a Inverness cuando todo haya pasado, cuando hayamos comido la comida, bebido la bebida, y cuando la decoración, tan alegre y festiva al colgarla, sea basura para tirar. Quizá la pequeña Birgitt ya haya nacido para cuando me marche. Entonces tendremos dos cartas alegres: la mía contando un viaje; la tuya contando una llegada.

Con mucho amor,  
Tina

*Copenhague*  
*14 de diciembre*

Mi querida amiga:

Si mi inglés no es muy bueno en esta carta, espero que me perdones. Estoy muy cansado, pero necesito escribirte antes de dormir. Resulta que no puedo comprenderme bien hasta que hablo contigo.

Anoche estaba tomando mi cena cuando sonó el teléfono, como me temía que iba a suceder. Era un amigo de Karin; se llama Jesper y está casado con Sofia. Creo que no te he hablado de ellos todavía. Karin me había dicho que Sofia iba a acompañarla en el parto, así que cuando me dijo al teléfono «Soy Jesper», pensé que ya había nacido el bebé. Hace ya dos semanas que debería haber nacido. No es algo serio, pensé. Pero Jesper me dijo que el bebé no salía y que era serio. Karin estaba en el hospital y los médicos estaban haciendo todo lo que podían, pero Jesper no sabía el qué. Tampoco si era muy grave. Sofia estaba con Karin.

Salí de casa de inmediato, me subí al coche y conduje hasta Copenhague. Se tarda tres horas y media en llegar de Silkeborg a Copenhague. Estaba oscuro, por supuesto, y no había nada al otro lado del parabrisas excepto, muy de vez en cuando, luces al lado de la carretera o luces que venían hacia mí. Principalmente, solo oscuridad. Conduje en silencio todo el trayecto, parando solo una vez para comprar café y echar gasolina. No podía escuchar la radio porque qué importaba lo que estuvieran diciendo en aquel momento, si me iban a arrebatar a Karin. Casi no podía soportar mirar a la gente en el lugar donde paré, ¿qué derecho tenían a estar vivos mientras yo iba a perder a mi hija? El único pensamiento que impidió que me desesperara durante aquellas horas era que si Karin me dejaba, tú vendrías. No tendría que soportar la pena yo solo.

Cuando llegué al hospital parecía imposible aparcar y encontrar la parte del edificio donde estaba Karin, y luego dar con la habitación correcta en aquella sección del hospital. Finalmente, encontré a Jesper. Estaba encogido en una silla de una sala de espera. Es un muchacho muy alto, muy delgado. Empezó a

incorporarse cuando me vio y no me habló hasta que estuvo de pie. Tardó mucho en levantarse, pero al final pudo decirme que ellas —Karin y Sofia— estaban en el quirófano y que él esperaba a que alguien —Sofia, una enfermera, un médico— saliera y le dijera qué estaba pasando.

Esperamos juntos. Jesper no es un hombre hablador, y yo tampoco, así que lo hicimos en silencio. Incluso podíamos parecerle tranquilos a cualquiera que pasase por delante. Yo tenía mi maletín. Lo había dejado en el coche cuando volví a casa del trabajo y seguía allí cuando llegué al hospital, así que fui a buscarlo y me lo traje. No sé por qué. Mientras esperábamos, saqué la pluma de la hembra de faisán, la sostuve en una mano y la toqué con la otra. No es como las figuras de diosas de la fertilidad sobre las que estoy escribiendo, pero es sólida. También es suave, como las mujeres, y las figuras no lo son. Saqué tu carta y la volví a leer, empezando con tus reflexiones sobre los símbolos y siguiendo por la nave avícola. Mi mente se inquietó con la imagen de los cuerpos de aves desplumadas y, en aquel momento, cuando el horror de lo que pudiera estar sucediendo al otro lado de las puertas de aquel pasillo era superior a lo que físicamente podía soportar, Sofia salió por una de las puertas y caminó hacia nosotros.

Es una chica muy guapa, de pelo rizado, y llevaba unos pendientes con forma de pequeñas criaturas marinas (no tengo mi diccionario aquí y no puedo ponerles nombre. En danés se llaman *søhest*). No fui capaz de mirarla a la cara mientras se acercaba, porque si traía malas noticias lo hubiera sabido al momento, pero si esperaba a que estuviera lo bastante cerca para decírnoslo, cabía la posibilidad de que nunca llegara hasta nosotros y nunca lo supiese. Así que seguí mirando la criatura plateada que colgaba de su oreja izquierda hasta que, finalmente, llegó a nuestro lado y dijo: «Alter i orden», que significa que todo va bien.

Sofia y Jesper avanzaron hacia mí y me envolvieron en un abrazo, y así, los tres abrazados, nos echamos a llorar.

Después, entré a ver a Karin y vi que estaba blanca. Blanca y muy débil. Pero me sonrió y me dijo que fuera a ver al bebé, que está en un sitio especial para bebés que no asoman al mundo preparados para vivir. Si Karin no me lo hubiera pedido, no habría ido a verlo, con las imágenes de los pájaros muertos todavía en mi cabeza. Pero fui y una enfermera me llevó a conocer a mi nieta, que estaba dormida, una cosita con brazos, piernas y dedos; y por supuesto recordé lo que sentí al ver a Erik por primera vez, cómo al momento supe que me interpondría entre él y cualquier cosa que pudiera hacerle daño, porque, ¿cómo no iba a serpreciado para mí?

La enfermera me dijo que la pequeña Birgitt no corría peligro, que solo estaba en ese sitio para que Karin pudiera descansar.

—Pensaba que las iba a perder a las dos —le dije.

—Bueno, ya sabe —dijo— que el parto es algo muy normal.

—Lo sé —dije—. Me lo contó una buena amiga, pero anoche me costaba creerla.

Regresé a la habitación de Karin y me quedé un rato a su lado, pero estaba dormida. Como la enfermera me había dicho que ella tampoco corría peligro, me vine a su apartamento y te estoy escribiendo todo esto antes de intentar dormir. Cuando fui al cuarto de baño y me miré en el espejo, no reconocí al hombre que era esta mañana. No me he afeitado —no me he traído la maquinilla— y mi cara parece la de otra persona. Como mi padre, que era un hombre amargado y desencantado. De mayor bebía mucho y no se cuidaba demasiado, ni a sí mismo ni a la gente que lo rodeaba. Era extraño sentir, estando tan lleno de amor y alegría, que podría ser su cara la que me estaba mirando desde el espejo. Pensé que si cerraba los ojos y me tapaba la cabeza con una gorra de cuero, quizá me parecería al hombre de Tollund tanto como a mi padre. Pero con los ojos cerrados nunca lo sabría.

Estoy diciendo tonterías y debo dormir. Gracias por dejarme compartir esto contigo.

Feliz Navidad.

Tu amigo que te quiere,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*18 de diciembre*

Mi querido Anders:

Te escribo rápidamente. Una carta breve, en medio del frenesí navideño. Siento haber llenado tu cabeza con imágenes de pájaros muertos. Yo estoy rebosante de alegría por ti y por Karin.

Siempre que personas que me resultan cercanas tienen un bebé, me pongo a hacer punto. Apenas me cuesta unas pocas noches terminar de tejer cosas de la talla que visten los bebés. No podía tejerle algo a tu nieta porque me resultaba demasiado típico y demasiado personal. En su lugar, te envió un poema. Es de un libro titulado *Newborn* de Kate Clanchy. Es uno de los libros que me guardó la voluntaria del puesto de Oxfam (se llama Laura; después de haberla introducido en nuestra correspondencia, me pareció descortés no saber cómo se llamaba. Le gustó que se lo preguntara. Tampoco ella sabía mi nombre y a las dos nos parecía absurdo, después de todo lo que hemos intercambiado relativo a sentimientos e ideas). El poema que he elegido expresa lo que me gustaría decirte sobre todo este asunto de la llegada al mundo de una nueva criatura, pero que no sé cómo expresar:

¿Qué puedo decir?  
Como esos juguetes japoneses  
que se compraban a dos peniques,  
esas semillitas laqueadas  
que se desenroscaban en el agua  
y daban flores rojas,  
sedosas, como algas, inquietantes;  
o esos peces de celofán  
que se retorcían en tu palma  
de «fiebre» o «deseo»; como  
esas volutas de arena  
que suelta una navaja  
cuando se entierra a sí misma  
en la arena mojada, y piensas

cómo una cosa con caparazón  
puede ser tan rápida y miedosa: como  
todas las cosas que se abren y caen  
de repente, amentos, redes de pescar,  
velas mayores, sábanas, como  
el frenético rebobinado del carrete  
cuando el salmón pica el anzuelo,  
como un paracaídas que abruptamente  
se despliega, floreciendo  
con forma de cráneo, tirando de ti  
hacia arriba con ese chasquido familiar;  
el eclosionar de una persona  
el sacar afuera a la nueva persona.

Por supuesto, esto es más personal que un gorro o unas manoplas de punto. Pero lo es de un modo diferente. Una prenda tejida dice: creo que conozco lo suficiente tus gustos como para saber que querrás que tu bebé se ponga esto. El poema dice: creo que te conozco lo suficiente como para saber que comprenderás lo que siento.

Me iré a Inverness a primera hora del día de Año Nuevo. Te escribiré desde allí. Si Karin quiere algo tejido a mano, debes decírmelo.

Con todo mi amor,  
Tina

*Copenhague*  
*20 de diciembre*

Querida Tina:

Yo también te voy a escribir rápido para darte las gracias por el poema. Karin también te da las gracias. Lo he leído con atención y lentamente, y todavía no estoy seguro de entenderlo. Karin lo ha entendido mejor que yo y le ha pedido a una amiga que le busque el libro. También dice que si quieres tejer algo para la pequeña que no sea de color rosa clarito, estará encantada de recibirlo.

Estamos todos —Karin, Birgitt, Erik y yo— en el apartamento de Karin. Es muy cálido y parece atestado de artículos para el bebé: una cuna, paquetes de pañales, una bañera, mantitas, sonajeros y demás. La mayoría de estas cosas son mucho más grandes que el bebé, que todavía es muy pequeño y ocupa muy poco espacio, pero todos esos objetos y nosotros tres ocupamos todo el sitio disponible.

Miro a Birgitt y no me puedo creer que algo tan frágil pueda sobrevivir, pero no solo sobrevive, también crece y se desarrolla como es debido. (Karin acaba de mirar por encima de mi hombro para ver qué estoy escribiendo y me dice que eso es exactamente lo que dice el poema. Lo volveré a leer).

Nosotros dos, Erik y yo, nos vamos mañana y creo que será bueno. Dejaré espacio para que Karin y Birgitt resuelvan cómo vivir juntas. Te volveré a escribir desde Silkeborg.

Con amor,  
Anders

*Inverness*  
*8 de enero*

Mi querido Anders:

Aquí estamos, empezando con salud un nuevo año. Nuestras familias se encuentran bien y no aguardamos nada con temor o esperanza. Confiemos en que este año no nos traiga penas. Es un propósito conveniente para el año nuevo, ¿no te parece? ¿O quizá no esté deseando nada, solo sobrevivir sin dolor? ¿Eso es algo deseable? No era mi intención empezar así esta carta. No sé de dónde me vienen estos pensamientos, solo que cuando me siento a escribirte parece como si se aflojaran todos los hilos que mantienen unida mi mente consciente, dejando que se filtre mi subconsciente. Voy a recobrar me y ser más risueña.

Aquí estoy, en Inverness. He venido en tren, lo cual ya fue un placer en sí mismo. La secuencia de trenes y estaciones fue:

1. De Bury St Edmunds a Peterborough
2. De Peterborough a York
3. De York a Inverness

Lo anoto al detalle porque creo que te gustará y, si a ti te gusta, a mí también. El primer tren estaba lleno; yo tenía reservado un asiento, pero había un joven sentado en él, profundamente dormido, y no quise despertarlo. Estaba dispuesta a ir de pie hasta la siguiente estación, pero entonces una chica se levantó y me ofreció su asiento. Raramente me desplazo en transporte público, así que me sorprendió comprobar que ya había franqueado la línea que separa a quienes son jóvenes para levantarse de quienes son objeto del respeto de los jóvenes y se les invita a tomar asiento. Estuve a punto de negarme, pero me di cuenta a tiempo de que: a) quedaría como una vieja cascarrabias, y b) privaría a la muchacha de la satisfacción de estar haciendo una buena acción. De modo que acepté con una sonrisa. La chica me la devolvió y tenía ese tipo de sonrisa que es un placer contemplar.

No paré quieta en esta primera parte del viaje, que duró cerca de una hora. La

pasé intentando quitarme el abrigo porque tenía mucho calor, y desenroscando la tapa de mi termo, que debía de estar un poco oxidada debido a la falta de uso. Importuné al hombre que tenía sentado a mi lado con un portátil, así que entre esto y que no me sentía cómoda, deseé haberme quedado de pie. Pero entonces me hubiera perdido la sonrisa encantadora de la chica.

En Peterborough tuve que agarrar todas mis pertenencias y correr hasta otro andén para tomar el tren a York. Esta vez me senté en el asiento que había reservado. Puse todas mis cosas en orden antes de sentarme y comencé a disfrutar. Sin embargo, me habría gustado que el tren hubiese ido un poco más despacio y así tener más tiempo para especular sobre la gente que vivía en las casas por las que íbamos pasando, sobre los que esperaban en los andenes, paseaban sus perros o recogían brotes en sus huertos. Además de contemplar cómo sucedía todo esto al otro lado de la ventanilla, iba escuchando las voces que me acompañaban en el vagón. A medida que el tren se acercaba a York, cada vez más voces tenían acentos de Yorkshire, y me encanta oír hablar en acentos que no suelo escuchar; las mismas palabras, pero puestas en un tono nuevo que suena más lírico, más interesante, más alegre que el tono que estoy acostumbrada a oír. Me lo pasé tan bien que me olvidé de tomar mi almuerzo.

En York, que es una estación preciosa, tuve que correr otra vez para coger el tren a Inverness. En esta ocasión, mi asiento tenía mesa, con dos personas frente a mí y otra a mi lado. Me instalé y me comí mis sándwiches, y luego, como no había nada más que campo al otro lado de la ventana —y estoy tan acostumbrada al campo como para emocionarme con él—, me puse a tejer algo para la pequeña Birgitt. Son más de seis horas de viaje desde York a Inverness, no fue suficiente para terminar lo que había empezado, pero te lo enviaré con mi próxima carta. Es un osito, que he tejido con punto musgo, y le he hecho un suéter azul con punto jersey. Esto no significará nada para ti, pero el punto musgo es rugoso, y el punto jersey es liso, así el bebé tendrá dos texturas distintas para tocar. Y es más interesante de tejer que cuando solo usas un punto.

Tenía a un hombre sentado a mi lado, una mujer justo enfrente y otro hombre a su lado. Todos me miraban tejer. Me di cuenta porque, mientras solo era una mujer ya-no-joven común y corriente que se comía sus sándwiches de ternera y una manzana, se diría que era casi invisible. Tenían otras cosas que mirar y en las que pensar. Si me hubiera bajado en la siguiente parada, ni siquiera habrían recordado uno solo de mis rasgos cuando el tren hubiera partido de la estación. Pero en cuanto empecé a dar puntos, fueron conscientes de mi existencia. Tejé unas filas y, al levantar un momento la vista, mi mirada se cruzó con la de la

mujer que tenía enfrente.

—¿Qué está tejiendo? —me preguntó.

—Un osito para la primera nieta de un amigo —dije.

—Mi abuela me hizo un vestido muy bonito, con la técnica de Fair Isle —dijo—. Yo no tendría más de cinco años, pero lo recuerdo muy bien. Cuando nacieron mis hijos, intenté aprender a tejer, pero nunca conseguí pillarle el tranquillo.

—Yo sé tejer —dijo el hombre que tenía sentado al lado—. No Fair Isle ni nada complicado, pero sé tejer.

De modo que hablamos de tejer. El hombre de enfrente dijo que en su familia nadie hacía punto, y sonaba bastante apenado al reconocerlo, en contraste con el hombre que tenía a mi lado, que estaba firmemente orgulloso de haber acabado dos bufandas mientras sus hermanas se atascaban al hacer un cuadrado. La mujer también tropezaba siempre con la misma piedra, y abandonó al ver que cada cuadrado le terminaba saliendo en forma de rombo. El hombre que sabía hacer punto reconoció que había empezado unas manoplas, pero no llegó a acabarlas. Estaba seguro de que su madre las había guardado; la próxima vez que la visitara le preguntaría y quizá volviera a retomarlas, y esta vez sí las acabaría. La mujer tenía una amiga que hacía punto y pensó que podía hacer un último intento y aprender de ella. El hombre que nunca había hecho punto se acordaba de una amiga de su mujer que había tejido un jersey entero usando una técnica llamada *entrelac*, que por lo visto era complicada de hacer. Todos me miraron. Muy complicada, dije.

Les entró interés por conocer detalles de lo que estaba haciendo. Les expliqué los puntos y el planteamiento de su desarrollo (iba a tejer el oso todo junto, en lugar de hacerlo en circular), el tipo de lana, el patrón. El patrón resultó particularmente cautivador porque no podían comprender cómo yo era capaz de traducir unos números y letras aleatorios sobre el papel en un conjunto de instrucciones. Es como leer música, dije. Es algo que no sé hacer, pero si supiera y tocara un instrumento, cosa que tampoco sé, comprendería al momento que una página de notas me indica cómo producir una melodía.

Entonces la mujer se puso a hablar de su abuela, la que le había hecho el vestido Fair Isle que jamás olvidaría, y de cuánto la echaba de menos. Resultó que el hombre que nunca había tejido acababa de perder a su abuela; fue una mujer difícil de querer, pero había descubierto inesperadamente que también la echaba de menos, aunque solo fuera porque se había acostumbrado a preguntarse qué objeciones le pondría su abuela a su forma de vestir, a sus amigos, su trabajo

o sus temas de conversación la próxima vez que la viera. Ahora estaba descubriendo que él mismo era más crítico con esas mismas cosas, como si no hubiera tenido que preocuparse por ello mientras su abuela cumplía con esa función. El hombre que tejía tenía una abuela que pilotaba Spitfires desde la fábrica hasta los aeródromos en la Segunda Guerra Mundial.

Cuando se agotó el tema de las abuelas, la mujer me preguntó por el bebé al que iba destinado el juguete. No la he visto, dije. Vive en Dinamarca y nunca he estado allí. Solo el hombre que no hacía punto había visitado Dinamarca, había vivido allí durante un año. Su conocimiento sobre el país compensó su falta de conocimientos sobre punto; al menos espero que él pensara que era así.

Los demás, que tampoco habían estado en Dinamarca, se convencieron de que tenían que ir. Para cuando llegamos a Edimburgo, donde todos se bajaron del tren, estaban seguros de que iban a ir, y pronto. Oírles hablar con tanta facilidad de hacer el viaje me devolvió la sensación de frustración que me llevó a escribir al profesor Glob en un primer momento: por no haber visitado nunca Silkeborg, a pesar de haber estado planeándolo desde que era dos décadas más joven que la mujer que tenía sentada delante de mí. Comprendí que nuestra correspondencia se ha convertido en un modo de visitar al hombre de Tollund sin visitarlo realmente. Quizá me asusta hacerlo. Siempre he vivido asustada, y ahora mucho más.

Una vez dejamos atrás Edimburgo, oscureció, y el tren se paraba una y otra vez en lugares que surgían con una brillante iluminación en medio de la oscuridad para luego volver a desvanecerse a nuestro paso. Estuve haciendo punto hasta que me cansé, y entonces me quedé sentada sin hacer nada, sin pensar en nada, hasta que el tren llegó a Inverness y allí estaba mi adorable Mary, una esbelta columna de paz entre el ajetreo de la estación.

He tenido que esperar hasta ahora, a la luz del día, para ver las montañas. Tienes razón, es importante ver montañas de vez en cuando. Representan mucho más de lo que se puede recordar. Y viajar a las que te gustan, también. Tenías razón en eso. Al menos estoy empezando el año haciendo algo que nunca antes había hecho. Quizá ese debería ser mi propósito para el nuevo año. Seguir haciendo cosas que no había hecho antes.

Volveré a escribir pronto y te mandaré el osito.

Con todo mi amor,

Tina

*Silkeborg*  
*9 de enero*

Querida Tina:

Empiezo a sentir que puedo oír tu voz cuando leo lo que escribes. Creo que casi puedo ver tu rostro. Y soy capaz de decir, igual que me pasaría con alguien cercano que tuviera sentado delante de mí, lo que estás pensando y sintiendo, lo digas o no. Comprendo tu última carta. No sé, porque no me lo dices, si hay algo que yo pueda hacer o decir para ayudarte a tomar decisiones. Si lo hay, tienes que dejármelo claro. Sé lo que quiero para este nuevo año, y es algo más que no sufrir calamidades.

Y ahora a mis novedades, que son todo alegría.

Erik recogió a Karin y al bebé y los trajo a mi casa para el día de Navidad. Ha sido maravilloso. No hemos hablado mucho, ni siquiera Erik, que es más dado a charlar. Estuvimos sentados junto al fuego haciendo turnos para coger al bebé. Erik y Karin cocinaron y la comida fue copiosa y rica en sabores. Por la tarde, tomamos a la pequeña, bien abrigada, y dimos una vuelta por el lago donde dejamos flotando los adornos de Birgitt. Este tiempo —apenas dos noches y un día— ha sido como una larga bebida caliente, espesa y dulce, reconfortante y agradable.

Cuando llegó, Karin tenía algo que contarnos que me hubiera preocupado en otro momento, pero que después no volvimos a comentar, y he descubierto que soy capaz de distanciarme de las cosas. ¿Es malo o bueno lo que nos tenía que contar? No sabría decirlo, y no pienso ponerme a especular. Su noticia era sobre Ben, el padre del bebé. Karin me había ocultado que Ben había seguido mandando e-mails y que, a medida que avanzaba el embarazo, ella había empezado a responderle, pero sin contarle lo del bebé. Me dijo que, cuando comprendió que ella o el bebé podrían sufrir algún problema, empezó a pensar que se había equivocado al no dejar que Ben supiera de la existencia de su hija. Cuando estaba recuperándose en el hospital, tras el parto, se sintió menos segura.

Entonces su amiga encontró el libro de poemas que tú me mencionaste, uno de los cuales trata sobre el padre. Sobre el padre que lleva a casa a la madre y al bebé desde el hospital. En el poema, la madre se dirige al recién nacido. El primer verso es: «Quiero que sepas». Esta poesía fue lo que terminó de convencerla, y escribió un e-mail a Ben. Le decía que no quería nada de él, pero ahora sentía que no tenía derecho a impedir que Birgitt y Ben se conocieran. Karin no sabía decir si ahora Ben decidiría conocer a Birgitt, o si Birgitt decidiría conocer a su padre cuando tuviera edad para tomar sus propias decisiones. Lo único de lo que Karin podía estar segura era de que, hasta que ese día llegase, ella no iba a renunciar a su responsabilidad sobre Birgitt. Incluso podría no estar preparada para compartir esa responsabilidad. Le dijo (a Ben y a nosotros) que lo único que quería dejarle claro era que ese bebé era fruto de su óvulo y del esperma de Ben.

Ben había contestado, no con protestas, ni siquiera con expresiones de alegría, sino con el horario de un vuelo. Iba a llegar a Copenhague la mañana del 27 de diciembre. Karin le dijo que iría a buscarlo al aeropuerto. Su idea era llevar al bebé. No habría celebración del primer encuentro entre padre e hija, solo una mujer con un recién nacido en brazos en un espacio público atestado de gente. Además, Karin pensaba que sería capaz de juzgar cuáles serían sus próximos pasos —si lo invitaba a quedarse en su casa, por ejemplo— una vez que se hubiera producido ese primer encuentro, así que era importante organizarlo de modo que quedaran abiertas todas las opciones sobre dónde iba a quedarse Ben o dónde iba a ir a continuación. Nosotros, Erik y yo, escuchamos mientras nos explicaba todo esto, y dijimos: «La decisión es tuya». Luego nos sentamos en el sofá y contemplamos las llamas de la estufa y la luz reflejada en las bolas de madera pintadas de blanco, plata y oro que había colgado del techo.

Por supuesto, cuando llegó el momento de que Erik se llevase a Karin y Birgitt de vuelta a Copenhague, el 26 de diciembre, yo estaba muy preocupado. Le dije si quería que la acompañara, pero me contestó que no. De modo que todo el día siguiente estuve esperando recibir noticias de ella, y me llamó un día después. Me preguntó si ella y Ben podían venir a quedarse conmigo un par de noches. Le dije que sí, claro, y no hice preguntas. Tengo curiosidad por saber si a las familias que tienen el hábito de hablar les resultan más sencillas estas cosas. Si usar siempre palabras para que mis hijos sepan lo que pienso o siento hubiese sido una mejor manera de educarlos, quererlos y seguir apoyándoles ahora que ya son mayores para arreglárselas solos. Pero no tengo esa costumbre, y eso al menos significa que en esta ocasión no dije nada inadecuado.

Cuando llegaron, comprendí al momento que era posible decir algo inadecuado. Ambos tenían aspecto de estar conteniendo la respiración. Ben es más alto y corpulento que Karin, y está hecho con firmeza: tiene que haber una palabra, dime cuál es.

Es sombrío y serio. Me esperaba a alguien mucho más desinhibido, quizá porque —puedo reconocerte esto— todavía estaba bastante sorprendido por el modo en que se habían comportado él y Karin cuando concibieron a Birgitt, y de un modo injusto, estoy seguro, lo culpaba a él. Pero es sobrio e indeciso, algo que tampoco me esperaba, porque pensaba, por la historia de lo que había sucedido cuando Karin estaba sola entre la multitud y fue importunada por unos extraños, que se trataría de alguien confiado y resuelto.

Cuando abrí la puerta, él llevaba al bebé en brazos, y esto me dio la esperanza de que todo iba a salir bien.

—Teníamos que salir de Copenhague —dijo Karin, dándome un beso—. Demasiada gente.

Se quedaron tres días y en los dos primeros no les vi demasiado. Salían a dar paseos y a ver sitios en el coche, y dormían. Karin tenía una habitación, Ben, otra, pero cuando el bebé lloraba por la noche, oía los pasos de dos personas de un lado para otro con la pequeña. Cuando no estaban por ahí o durmiendo, nos sentábamos a mirar al bebé y conversar sobre cosas de lo más trivial: el trabajo de Ben, el trabajo de Karin; el libro que estoy escribiendo; Silkeborg; la ciudad de Australia en la que creció Ben. Hablábamos, por supuesto, en inglés, y me acordé de cómo te gustaban los acentos en los trenes que tomaste. El inglés que hablaba Ben me resultó mucho más sólido pronunciado por él que las voces inglesas que suelo oír en el museo.

A medida que pasaban los días, descubrí dos cosas. En primer lugar, que Ben no es tan serio. Es reservado, pero en situaciones normales sonrío mucho, hace bromas y actúa como una persona convencida de que la vida es divertida. Me gusta. En segundo lugar, fueron soltando lentamente la respiración que tenían contenida y, a medida que se pasaban al bebé, aprendían a tener confianza el uno en el otro.

La última noche, Karin dijo:

—Ben tiene tres hermanas, todas mayores que él. Su madre tiene ya ocho nietos.

—Ninguno tan bonito como Birgitt —dijo Ben.

Karin le tocó la mano.

—Claro que no, pero mi padre decía que debíamos tener en cuenta que era

posible que tu madre necesitara a Birgitt para tener una vida completa, y yo le decía que no era así.

—Es una forma de pensar que te honra —dijo Ben—. Gracias por pensar en ello.

Más tarde, le dije a Karin:

—Creo que ya es hora de que volváis a Copenhague.

—Mañana —me dijo.

Así que se fueron, y ayer Karin me llamó para contarme que Ben ha vuelto a Australia. Antes de que se reincorpore a su trabajo, Karin le hará una visita. Después vendrá él. Se han dado un año para decidir si quieren vivir en el mismo continente, en la misma ciudad, en el mismo apartamento. Luego, si la respuesta es sí, buscarán opciones de trabajo para él o para ella y decidirán en qué continente y en qué ciudad será. Espero que la respuesta sea sí. Espero que el continente sea Europa y la ciudad Copenhague. Pero qué más da. Soy como un hombre de pie, en la orilla, que contempla a las personas que ama mientras reman en un bote. Siempre que estén a salvo, lo demás no importa.

Ahora estoy solo en casa, cuando no estoy en mi despacho tomando notas para el libro. Escribe pronto porque no tengo a nadie más con quien hablar.

Con amor,  
Anders

*Inverness*  
*12 de enero*

Mi querido Anders:

Aquí tienes el oso. Como verás, no es más que un pequeño osito que cabe fácilmente en este sobre. Te lo envió desde Inverness, antes de partir para casa. Estoy esperando a llegar a mi hogar, a mi ordenador, para ver si me has vuelto a escribir. Algo con lo que ilusionarme. Aunque volver a casa también es algo que me ilusiona. Me lo he pasado bien con Mary y Vassily, pero hay cosas que no echaré de menos cuando esté de vuelta en la granja. Se vive un poco apretado en una caravana, aunque se trate de una casa móvil grande de dos dormitorios, como la que tienen ellos. Resulta un lugar insustancial para tumbarse a dormir. Además, me cuesta saber qué cosas esperan que haga —¿cocinar? ¿Limpiar?— y en qué cosas prefieren que no me meta —¿cocinar? ¿Limpiar?—. Han sido muy hospitalarios y me han llevado a Inverness para ver la ciudad, y me dieron una vuelta por los lagos y las montañas para ver los paisajes, pero sentí que era un estorbo. Tienen mucho que hacer: construir la casa, evidentemente, y tener la caravana limpia, pero también construir la vida que han decidido llevar. Me da la sensación de que esto es más duro, más exigente emocionalmente de lo que pensaron que sería cuando se fueron de la granja. Estaban tan felices y emocionados entonces. Ahora están más pensativos y serios. Pero aun así, felices. Todavía contentos el uno con el otro.

Te volveré a escribir cuando esté en casa, y responderé a lo que me hayas contado en la carta que espero encontrar.

Con mucho amor,  
Tina

*Silkeborg*  
*18 de enero*

Querida Tina:

El osito —¿tiene nombre?— se encuentra sentado en mi escritorio, contemplándome mientras escribo. Está de espaldas a la ventana, claro, porque yo estoy frente a ella. Se lo daré a Birgitt la próxima vez que la vea, pero no tengo prisa en hacerlo. Pasarán meses antes de que ella sea capaz de mirarlo y reconocerlo, y mientras tanto puedo mirarlo y reconocerlo yo. Así que me lo quedo, añadiéndolo a mi colección compuesta por la pluma, un cuadrado de tela y las cartas. Me gusta cómo le has hecho la boca, formando una sonrisa. Te imagino sonriendo mientras la cosías. Yo también sonrío al mirar al Señor Oso e imaginarlo entre tus manos, como lo está ahora entre las mías.

Creo que le voy a poner un nombre al Señor Oso. Quería llamarlo como uno de los hombres que formaba parte del equipo que fue enviado a desenterrar y sacar al hombre de Tollund de la turbera para trasladarlo a Copenhague, bajo la dirección del profesor Glob. Este hombre no llegó a Copenhague porque falleció de un ataque al corazón mientras se realizaba la excavación. Siempre me ha parecido muy cruel morir mientras extraes de la tierra un descubrimiento como el hombre de Tollund, y no gozar de la oportunidad que hemos tenido los demás de aprender sobre ese cuerpo, tan bien conservado. No salir de la turbera con vida, pero que tu cuerpo no se conserve como el del hombre de Tollund. Aunque hace mucho tiempo que murió, pensé que ponerle su nombre a este osito sería darle la oportunidad de formar parte de las fases posteriores de la historia que él nunca pudo vivir. Sin embargo, no he sido capaz, aquí sentado en casa, de descubrir cómo se llamaba ese hombre, así que creo que llamaré al osito Peter, el nombre de pila del profesor Glob. A fin de cuentas, él es el responsable de que nos conozcamos, por así decirlo. Pero si ya le has puesto un nombre al oso, debes decírmelo.

Pensar en nombres me ha hecho recordar seminarios en los que he participado

junto a arqueólogos, museólogos y conservadores, organizados por gente de marketing encargada de hacer visible y comprensible para quienes no son arqueólogos, museólogos ni conservadores, en qué consiste el trabajo que hacemos con tanto esmero. Los seminarios tenían el objetivo de descubrir nuevos modos para lograr esto —la visibilidad y la comprensibilidad (¿existe esta palabra?)—, y uno de los asuntos que los de marketing querían que tratáramos era la posibilidad de poner nombres a los hombres de las turberas. Llamar Knut al hombre de Tollund, por ejemplo. O Eva a la mujer de Elling. Me mostré abiertamente en contra de esta idea. Las figuras, que se han conservado debido a una combinación de circunstancias, son personas desconocidas para nosotros. Sería una pretensión vacía darles nombres a partir de los cuales, en poco tiempo, crearíamos personajes. Eran conocidos para aquellos entre los que vivieron y para aquellos que los mataron. Nosotros solo los conocemos como hombres y mujeres tan perfectamente conservados que casi, aunque no del todo, podrían estar dormidos. Darles nombres, decía la gente de marketing, les haría parecer más humanos. Pero, dije yo (y no solo era mi opinión, por fortuna), darles nombres los convertiría en simples humanos, robándoles su misterio.

El osito de punto me ha hecho recordar todo esto, y ahora me cuestiono mi idea de dar un nombre de persona a un objeto hecho de lana. Pero creo que usando su nombre estoy haciendo un homenaje al profesor Glob. Si le pusiéramos un nombre al hombre de Tollund que no fuera el suyo, estaríamos insistiendo en conocerlo como si fuera un hombre igual que nosotros.

Cuéntame qué opinas de esto.

Gracias por el oso. Se me olvidó decírtelo al principio.

Con amor,  
Anders

*Silkeborg*  
*6 de febrero*

Querida Tina:

Debes perdonarme por escribirte antes de que hayas respondido a mi última carta, pero me estoy impacientando. ¿Esta palabra resulta demasiado fuerte? Quiero decir que estoy impaciente por tu respuesta que no llega, y temo que esto se deba a que te he molestado con algo, o porque ha sucedido algo que te impide escribirme y entonces, como es lógico, empiezo a imaginarme qué podría ser. No me tengo por alguien muy imaginativo, pero en lo relativo a pensar en desastres que pueden suceder, mi imaginación es demasiado buena. Anoche no podía dormir, bajé al piso de abajo y me senté delante de la ventana, en la oscuridad, con la luna iluminando el contorno de mis escasos adornos y proporcionándome la luz justa para ver que, por muy triste que yo me sintiera, el osito Peter seguía sonriendo. Esto me dio la esperanza de que tú sigas sonriendo y de que el motivo de tu silencio sea algo alegre, que me contarás cuando tengas tiempo. Decidí volverte a escribir sin más esperas, solo para decirte que echo de menos recibir noticias tuyas. Has conseguido que me resulte posible hablar de cosas sobre las que nunca antes había hablado, y comprender cosas que estaban escondidas. Estoy en paz ahora, de un modo en que antes no lo estaba. Más feliz. Quería que lo supieras.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*8 de febrero*

Querido Anders:

Me gustaría poder coser una sonrisa a mi rostro a juego con la sonrisa del oso, pero no puedo. Todo ha cambiado. No. Nada ha cambiado. Es solo que he descubierto de repente que estaba equivocada respecto a cómo entendía que eran las cosas. Tengo tu carta sobre Karin y tu carta sobre el oso. Creo que quizá deberíamos dejarlo aquí. Contigo feliz. Conmigo habiendo compartido tu felicidad. No quiero cargarte con mis penas.

Tina

*Silkeborg*  
*9 de febrero*

Querida Tina:

No lo entiendo. ¿Cómo vamos a dejarlo? Debes saber lo importante que ha sido para mí hablar contigo. Me has llevado desde la desdicha hasta la felicidad. Sin haber visto nunca tu rostro, tocado tu mano, sin que hayamos comido juntos. No puedo creer que me niegues la oportunidad de hacer lo mismo por ti. Tienes que contarme qué ha pasado. Por favor.

No voy a dejar de pensar en ti y de preguntarme qué es, hasta que me vuelvas a escribir. No voy a dejar de escribirte hasta que me contestes.

Con amor,  
Anders

*Bury St Edmunds*  
*16 de febrero*

Querido Anders:

Lo siento. Tienes razón. Te debo una explicación. Pensaba que sería incapaz de escribir esto, pero ahora recuerdo que escribir las cosas en papel y enviártelas me ha sido de ayuda. Quizá contarte esta historia vuelva a resultarme útil.

Regresé a casa desde Inverness un día antes de lo previsto. Consideraba que, por el momento y dadas las circunstancias, Mary, Vassily y yo ya habíamos pasado juntos todo el tiempo que necesitábamos. De modo que tomé un tren a casa y mandé un mensaje a Andrew para que viniera a buscarme por la noche, a mi llegada. Esta vez hice transbordo en Edimburgo, así como en York y en Peterborough. Mientras fue de día, la luz era gris y neblinosa; cuando llegó la noche, la oscuridad era turbia, con todas las luces que se veían al pasar borrosas por la niebla. Me encontraba más que agotada cuando llegué a Bury St Edmunds. Andrew estaba esperándome al otro lado de la barrera de control y me sentí aliviada al verlo allí, listo para coger mi maleta y darme un abrazo. Pensaba que me sentiría feliz de estar en casa, pero cuando llegamos al patio, no sentí ninguna alegría. Solo una sensación pesada de que un viaje agotador había terminado. Entré en casa escapando de la neblina, y allí estaba Edward, sentado en mangas de camisa con el cuello y el pelo revueltos tras haberse quitado el mono, con una tetera lista que mantenía caliente con una funda de punto que yo tejí hace años. Con un patrón de diamante. En su momento, me sentí orgullosa de haber confeccionado algo tan complicado, y desde entonces, cuando me fijo en ella —se usa a diario, pero ya sabemos lo que pasa con las cosas que utilizas todos los días; solo te fijas en ellas muy de vez en cuando—, me alegro de saber que la hice yo, que es bonita y que está bien hecha.

Por un instante, me sentí reconfortada al fijarme en la bonita funda de la tetera, y darme cuenta de que Edward se había quitado el mono y había preparado té porque sabía que yo lo agradecería. Aunque el té estuviera

demasiado fuerte y el mono tirado en el suelo del trastero, esperando a que yo lo recogiera y lo metiera en la lavadora. Había hecho el esfuerzo. Me bebí el té y Edward me contó todo lo que había pasado desde que me marché (bueno, no todo, pero ya llegaré a eso). Lo que me contó me resultaba familiar. Hablaba como siempre, pero yo le oía con más claridad porque le escuchaba con el recuerdo reciente de cómo hablaban Mary y Vassily, conmigo y entre ellos. Edward me contó todas las cosas que le habían molestado: un paseante que no controlaba a sus perros; una solicitud de proyecto para construir una granja solar que supondría tráfico de construcción en las pistas vecinas; el incumplimiento de un proveedor de maquinaria agrícola en la entrega de una pieza dentro de las veinticuatro horas prometidas; que no había manteca en el frigorífico cuando le apetecía una tostada; unos de sus calcetines favoritos, que había estado buscando por todas partes, pero que no consiguió encontrar. Si había pasado algo bueno en mi ausencia, no me lo mencionó.

De no haber estado tan cansada, me hubiera puesto de inmediato a buscar la manteca y los calcetines. Sabía muy bien dónde estarían ambas cosas. Soy consciente, por supuesto, de que se debe a que siempre me dedico a buscar las cosas que Edward necesita, y por eso él nunca las encuentra. No tiene capacidad de búsqueda; para qué iba a necesitarla, si solo tiene que pronunciar mi nombre y aparece lo que sea. Pero esa noche yo estaba demasiado cansada y esas cosas que había perdido —se esforzaba por recordar qué más había estado buscando y no encontraba, porque había algo más, sin duda— no eran necesarias en ese momento, así que me fui a la cama.

Esperaba encontrar el dormitorio hecho una leonera, con ropa tirada por el suelo y las sábanas sucias. Pero estaba tan limpio y ordenado como lo dejé, y esto, igual que el té, la funda de la tetera y el mono, me hizo sentir que debía valorar los pequeños detalles de Edward, que no le salen de forma natural y que, por lo tanto, constituyen un esfuerzo deliberado. El dormitorio estaba tan ordenado que me pregunté por un momento si había dormido en otra habitación para dejarlo como sabía que me gustaría encontrarlo, pero me quedé dormida antes de haber terminado ese pensamiento.

Cuando me desperté por la mañana, Edward ya se había ido. Me quedé mirando el dormitorio y pensé: Edward tiene que haberle pedido a Sarah que venga y le haga la cama. Pero las sábanas eran las mismas que yo había puesto antes de marcharme. Otra habitación, entonces, me dije. Miraría después de desayunar, porque me iba a tocar restaurar el orden en ella.

Supongo que ya estarás anticipando cosas. Preguntándote por qué gasto tanto

papel en fundas de teteras y sábanas limpias. ¿Lo sabía ya mientras me lavaba los dientes, me ponía el jersey y me peinaba? No sabría decirlo. Me encontraba segura en el antes; podía suponer que habría un después, pero todavía no había llegado. Bajé a la cocina. Tam y Andrew estaban allí, igual que Edward. Los envolvía el olor a aire fresco, la crudeza del viento todavía en sus ropas y en su pelo. Andrew se levantó para servirme una taza de café de la cafetera que estaba en el fuego, y mientras me sentaba le dije a Edward, como quien no quiere la cosa, como si fuera una pregunta pasajera que hubiera cruzado mi mente y quería resolver antes de pasar a asuntos de mayor sustancia:

—¿Dónde has dormido mientras he estado fuera?

—¿Qué? —dijo Edward, como si no me hubiera oído. Pero me había oído y, por primera vez, yo me oí también; comprendí la pregunta que me había estado haciendo desde que me fui a la cama la víspera. Alcé la mirada y contemplé los tres rostros que me miraban, y todo lo que pensaba que sabía y entendía de mi vida se derrumbó y me dejó sin ninguna pista sobre quién era la persona que había vivido en esta casa durante todos estos años, había dado a luz a esos niños y había sido una esposa para ese hombre.

Me cuesta seguir escribiendo, pero me ceñiré a la historia. Si la pongo por escrito, me resultará más sencillo decir lo que es importante. Explicar cómo me siento.

Tam se levantó y salió de la cocina. Andrew se quedó. Edward dijo:

—No sé qué estás insinuando.

—Estaba preguntando —dije— si has dormido en alguno de los cuartos libres.

Lo miré fijamente a la cara. Tiene un tono sonrosado por la vida que ha llevado. Sus ojos son azules y están rodeados por miles de arrugas. Las arrugas son hilos de blanco sobre el bronce de sus mejillas, porque es un hombre que se apresta a sonreír o a fruncir el ceño, y cada vez que hace una de ambas cosas, su rostro se arruga protegiendo las líneas de los pliegues de su piel contra las inclemencias del clima. Eso fue en lo que me fijé: el color profundo de su rostro y las líneas que asomaban en su gesto inexpresivo. Lo que dijese a continuación importaba. Estaba segura de que no había dormido en otra habitación de la casa, sin necesidad de ir a comprobarlo. O, si lo había hecho, no había dormido solo. Lo podía ver en su cara, en la cara de Andrew, en la rápida retirada de Tam. Si me hubiera mentado, entonces no sé qué habría hecho. Le habría pegado, aunque nunca he golpeado a nadie en mi vida y probablemente no hubiera sido capaz de hacerlo. Habría tirado o roto algo, habría vomitado en el suelo. Si me hubiera mentado, habría perdido toda la dignidad a la que me aferraba hasta que tuviera

tiempo de comprender lo que me estaba sucediendo.

Pero no mintió. Giró la cabeza y pidió a Andrew que se fuera. Luego me contó la verdad. Es decir, los hechos. Eso lo entendí. Me costó más entender el resto de cosas que dijo, sobre cómo se sentía y lo que pensaba, y no sé cuánto creerme de eso.

Los hechos: tiene una relación con otra mujer desde hace más de un año. Ha estado yendo a su casa por las tardes cuando yo pensaba que iba a jugar al golf, o alguna de las noches en que yo pensaba que estaba en reuniones, en el pub o asistiendo a cenas formales. Ha pasado menos tiempo de lo que me contaba en el mercado, con los proveedores o en las granjas vecinas. Y más con ella. En las raras ocasiones en que he pasado alguna noche fuera de casa, o las más frecuentes en que él ha tenido una excusa para dormir fuera —conferencias, viajes de golf— ha pasado la noche en su casa. Nunca me había dado cuenta. Nunca había tenido ni un momento de sospecha.

Al principio, estaba furiosa. No me enfado, lo que es enfadarme de verdad, muy a menudo. No reconozco de inmediato el insulto, no creo que tenga el derecho a ofenderme hasta el punto de que la respuesta adecuada sea la ira. Pero cuando Edward terminó de contarme su historia, estaba tan enfadada que no podía hablar. Y lo que provocaba esto no era la traición —que es lo que importa, y volveré a esto—, sino los detalles. La mujer con la que ha estado teniendo un *affaire* (¿por qué usamos una palabra así para describirlo? ¿Qué significa *affaire*? Suena ligera y etérea y me dije que no debía usarla, pero ahí está, se ha colado en la pantalla) es Daphne Trigg. Daphne Trigg. Una mujer a la que detesto. Cuyas opiniones y actitudes son banales, mal informadas y llenas de prejuicios. Cuyos intereses son limitados, triviales y completamente egocéntricos. Podría —aunque probablemente no— haber sido capaz de soportar la enormidad de que mi esposo se sintiera atraído por una mujer tan ofensivamente ordinaria y sosa, si físicamente fuera mucho más atractiva que yo. No tengo en muy alta estima mi aspecto y estoy dispuesta a admitir que Daphne podría ser, o haber sido, más guapa que yo, o de lo que yo lo he sido, pero no juega en una liga diferente. Las dos únicamente podemos reclamar un sitio en la categoría de mujeres que no son ni feas ni guapas. Es más joven, seis o siete años, pero tiene sobrepeso y ni idea de cómo debe vestir una mujer de su edad y figura. Yo puedo ser descuidada con mi ropa pero no soy ridícula.

Siento que estoy empezando a despotricar. Perdóname. Así es como me sentí en su momento y la bilis me sube a la garganta cuando vuelvo a recordarlo. Edward no solo ha elegido serme infiel con alguien a quien no puedo reconocer

como una compañera en ningún modo —emocional, conversacional o físico— más atractiva, sino que ha elegido hacerlo con alguien de nuestro círculo social e incluso familiar. Aunque se podría decir que no los conocíamos bien, Daphne y su marido eran allegados desde hace años, solían acudir a los mismos eventos que nosotros. Ella conoce a otras mujeres que yo conozco bien, a varias de las cuales considero como amigas. Puede que yo no sea la única en todo ese círculo que ignoraba lo que estaba pasando, pero aquellos que lo sabían, estoy segura, son mayoría. Durante los últimos meses, Daphne se ha convertido en una más de la familia al formar parte del negocio. Tengo derecho a estar furiosa.

Más tarde, cuando me fui de la cocina, dejando a Edward a mitad de una frase autoexculpatoria, y me escondí en el gallinero para pensar, empecé a comprender cuánto más importante que la elección de Daphne Trigg era la propia infidelidad. Llevo tiempo, como tú sabes, dándole vueltas a la cuestión de cómo ha terminado siendo mi vida y por qué, pero pensaba que al menos comprendía lo que era la vida. Sus tramas y entresijos. Sus terrenos firmes y los pantanosos. Pensaba que sabía los lugares en que estaba zurcida de un modo rudimentario y aquellos en los que estaba bien remendada, pero a pesar de todos los defectos en la tela, creía en su intrínseca integridad.

Era consciente de que entre Edward y yo no había pasión. Que había asuntos que a mí me interesaban y a él no; temas que a él le interesaban y a mí no. Comprendía que era la esposa de un agricultor y, lo hubiera elegido o no, cumplía con mi cometido lo mejor que podía. Comprendía que lo hacía por lealtad a Edward, quien, a lo largo de los años, me había ofrecido compañía y consuelo. Le debía esta lealtad porque, a pesar de toda la falta de pasión y los temas a evitar, era un buen hombre. Pensaba que la decisión que tomé había sido mala para mí, pero mientras a él le sirviera, yo tenía que hacer que funcionara para ambos, porque era un buen hombre. Así pensaba; fiel a mi estilo, se podría decir. Pero estaba equivocada. Y habiéndome equivocado en algo tan fundamental, ¿cómo iba ahora a encontrarle sentido a la vida que hemos llevado juntos? Todos estos años en una casa que no elegí, ¿para qué? ¿Cómo he sido tan tonta?

Estuve sentada sobre la paja sucia del gallinero durante tanto tiempo, tan callada y tan quieta, que un par de aves se acercaron y se pusieron a picotear mis botas para ver si por casualidad algún bocado succulento de comida para pollos se había quedado encajado en la suela. Una gallina empezó a armar follón para

anunciar al mundo que había puesto un huevo y otra se apresuró a darle un picotazo cuando se salió del ponedero. Si yo hubiera cabido en el ponedero, creo que me hubiera metido dentro, para resguardarme de la curiosidad y malicia de las gallinas entre las que vivo.

Tengo dificultad para evitar a Edward. Sigue buscándome, intentando explicarse, excusarse, apaciguarme. Resulta demasiado duro pensar, así que he decidido irme, al menos hasta que haya comprendido mejor qué significa todo esto. Siento que no puedo confiar en nada. Tengo que mirar nuevamente todo lo que he hecho y pensado, a la luz de esta nueva información. Nuestra correspondencia es una de las cosas sobre las que necesito reflexionar. Debo pedirte que tengas paciencia conmigo. Que no respondas a esta carta. Sé que lo que digas será considerado y amable y no podré soportarlo. Por favor, espera a que pueda regresar a una posición en la que esté segura de que mis pies están bien plantados en un terreno más firme.

Tina

*Silkeborg*  
*27 de febrero*

Querida Tina:

He estado esperando tu siguiente carta, como me pedías, pero me está costando rellenar las horas. Debes saber lo importante que ha sido para mí hablar contigo. ¿Qué puedo hacer ahora? Recibir visitas de mi familia; visitar a mi familia; ir a trabajar. Pero ¿y cuando no estoy haciendo alguna de esas cosas? En las horas y horas que me gustaría pasar pensando en lo último que me has dicho, en qué será lo siguiente que te diré. En los momentos en que debería estar fijándome en cosas para contártelas porque tú me pediste que me fijara en ellas. No son solo las horas que no puedo llenar. Hay una parte de mí que se siente vacía cuando no recibo noticias tuyas.

He dedicado un tiempo a releer todas las cartas que me has enviado. Al principio —¿te acuerdas?— me contaste que Bella y tú siempre estabais planeando hacer una visita al hombre de Tollund. Cuando las cosas iban mal para ella debido a la batalla con su exmarido por la niña, dijiste que una de vosotras proponía que ya era el momento y la otra decía que no, que no lo era. Estoy segura de que si Bella estuviera viva, te diría que vinieras, y no hay ningún motivo por el que no deberías hacerlo. Has estado reservando este viaje, o eso decías, para el momento adecuado. Este es el momento adecuado. Ven a Silkeborg. El museo abre todos los días. El transporte es fácil. El cielo, los pronósticos del tiempo, el paisaje serán los mismos tanto en Bury St Edmunds como en Silkeborg. Pero desde aquí, la vista será diferente.

Te esperaré. Iré a buscarte, si quieres, pero creo que deberíamos vernos aquí por primera vez. Bajo el mismo techo que el hombre de Tollund.

Si no respondes a esta carta no sabré si la has recibido y decidido no responder, o si no te ha llegado, allá donde estés. Digo esto, por supuesto, para que te resulte más complicado no responder.

No voy a comentar nada sobre lo que me contabas en tu última carta, porque

siento que no tengo derecho a hacerlo, a menos que tú me preguntes por mi opinión. Por mis sentimientos. Lo que sí puedo decir es que pienso en ti todos los días y sufro por ti.

Con amor,  
Anders

*Apartamento de Bella  
Bury St Edmunds  
5 de marzo*

Querido Anders:

Me has puesto difícil no contestarte, es cierto. También lo es que quería escribirte, pero aunque esto sea así, no por ello tiene que ser lo correcto. Volveré sobre este tema.

Estoy viviendo en el antiguo apartamento de Bella en la ciudad. Ahora es propiedad de Alicia, que lo puso a la venta tras la muerte de Bella, pero no se ha esforzado por venderlo. Ha ignorado las peticiones de la inmobiliaria para asearlo, redecorarlo, redistribuirlo, y ha rechazado el par de ofertas que le llegaron. Durante este tiempo, ha regresado varias veces para quedarse en el apartamento, aunque su casa sigue estando en Italia. Como no ha quitado todas las cosas de Bella del apartamento, todavía parece que sea su casa, un sitio en el que ella aún podría estar, en otra habitación. Todavía huele igual que cuando Bella vivía. Creo que por este motivo Alicia intenta no desprenderse de él. Cada vez que venía yo me acercaba a visitarla, y todas las veces me parecía un refugio. Pensaba que era el refugio de Alicia, pero ahora es el mío.

Aunque es un lugar desordenado, igual que mi casa, aquí el desorden permite la posibilidad de movimiento. Está compuesto de trastos que, en cualquier momento, se podrían recoger y usar. Montones de libros para leer; artículos recortados de revistas esperando ser archivados o tirados; zapatillas aguardando el momento en que se cierre la puerta por la noche y pueda iniciarse el descenso al confort y la ociosidad. No como la capa endurecida de adornos inútiles que llenan mi casa. Cuando comprendí que no podía seguir allí, hablé con Alicia para venir aquí. Al llegar, cerré la puerta tras de mí, saqué del armario la chaqueta bordada color púrpura de Bella y lloré sobre ella sin descanso. Hasta que casi pude oír su voz pidiéndome que parara. Que recobrará el control.

Ya llevo una semana aquí y, cuando entro en el apartamento, todavía siento la

misma conmoción por la ausencia de Bella y la sensación contradictoria de estar en un sitio acogedor y seguro. Lo he adecentado, pero limitándome a hacer montoncitos ordenados, tirar la basura, fregar por encima la cocina y reemplazar las ollas que no fui capaz de devolver a un estado aceptable para preparar comida. Espero haber alcanzado un equilibrio entre mantenerlo como Alicia quiere que esté —lleno de Bella— y hacerlo un lugar acogedor para vivir.

Ya he llegado al final de las cosas que me resultan fáciles de escribir. He estado reflexionando sobre otros temas con los que podría llenar las páginas: listas de los pañuelos que tenía Bella, anécdotas sobre los lugares en los que he encontrado pendientes perdidos, un análisis de sus gustos musicales a partir de su colección de CD. Pero, la verdad, ¿por qué te ibas a preocupar por leer todo eso, cuando sé que estás esperando que te cuente el estado de mis emociones, el estado de mi matrimonio? Algo mucho más duro de describir.

Déjame decirte, para empezar, lo que ahora sé. Sé quién lo sabía cuando yo todavía lo ignoraba.

Andrew. Dice que lo descubrió cuando Daphne empezó a venir al despacho todos los días y los veía juntos con mucha frecuencia. Yo también podría haberlo descubierto si los hubiera visto juntos, pero conmigo tenían más cuidado; pocas veces los vi juntos. Y si los veía, mi ceguera era tan completa que habría hecho falta algo más que una mirada compartida para iluminarme. Enterarse fue duro para Andrew, por lo que veo. Está inseguro y descontento, pero no hemos encontrado un modo de hablar de ello.

Tam. Creo que lo sabía desde el principio. Trata el asunto como una gran molestia que Edward y yo le estamos infligiendo. No quiere tener nada que ver con ello y no está interesado en saber de quién es la culpa. Los dos somos igual de culpables del delito que considera que hemos cometido: perturbar el apacible discurrir de la granja y minar su paz.

Sarah. No sé desde cuándo lo sabe y no voy a averiguarlo, porque la condescendencia tras su simpatía me sienta como un alfiler olvidado en la costura de un jersey que acabo de terminar de tejer.

Varias amigas. Sé que lo saben porque han llamado para ofrecer hombros en los que llorar, y si han captado tan rápido que se ha descubierto es porque seguramente tenían conocimiento de la relación. Yo no lloro en hombros. Es algo que nunca he hecho ni he querido hacer. (Hasta ahora, porque estoy llorando en el tuyo, querido Anders. ¿Cómo voy a soportarlo?).

Mary no lo sabía. Esto es un gran alivio; si lo hubiera sabido, debo creer que me habría dicho algo. Me dice que estaba incómoda, pero no por Daphne.

Ahora sé que Edward le ha estado dando dinero a Daphne, o dejando que ella se lo llevara. Lo sé porque ella se encargó de que lo supiera. Edward no lo había mencionado y, la verdad, me importa un pimiento. Pero era evidente que Daphne quería que yo lo supiese. Salió de la oficina un día que yo volví a la granja para recoger algo de ropa y me habló en el patio. Creía que al verla me pondría furiosa otra vez, pero en cuanto apareció contoneándose con sus zapatos de tacón y su tono paternalista, sentí lástima por ella. Comprendí que es tan víctima de todo esto como yo. Me dijo que lo sentía y que no había querido que yo lo descubriese, pero que quizá era lo mejor porque, por supuesto, estaba siendo difícil para Edward. Es un hombre tan bueno que no podía soportar la idea de hacerme daño, y por esto lo había mantenido en secreto. Sin embargo, para ella había sido más duro todavía no poder vivir abiertamente con el hombre al que amaba. Él se había encargado de que ella no pasara apuros económicos por culpa de su compasión por mí. Esperaba que no hubiera rencores entre nosotras.

Me preguntaba, mientras escuchaba todo esto, si Daphne realmente cree que Edward quiere reemplazarme por ella, o si está intentando convencerse de que es así. No lo es, podría haberle dicho, pero no lo hice. Se está engañando a sí misma, como pronto descubrirá. Puede que estar conmigo no sea tan divertido como estar con ella, pero siempre he sido mucho más útil. No me imagino a Daphne cocinando y limpiando, lavando y planchando, trabajando en la granja, teniendo los armarios llenos de cualquier cosa que pueda necesitar quien los abra, sabiendo dónde se puede encontrar cualquier cosa que se necesite, arreglando cualquier cosa que haya que arreglar, pidiendo citas para el médico, el dentista, el peluquero, el podólogo o el veterinario, y acordándose de recordarle a todo el mundo cuándo deben ir. Si Edward quiere que Daphne se encargue de todo esto, y más cosas, va a tener que pedirle que lo haga. Y aunque ella acepte, no lo hará sin protestar. Y aunque acepte y cumpla con lo que ha aceptado, no lo hará satisfactoriamente. La he visto trabajando en el despacho, y no encaja en el papel de esposa de Edward como en el de amante. Él lo sabe, y no quiere que yo lo abandone, eso es otra cosa que sé ahora que ha pasado la primera tormenta, pero que Daphne no. Así que allí, en el patio, con una mano en la puerta del coche y los pies en un charco de estiércol, escuchando la voz de Daphne, alzada para competir con el viento, mientras me contaba lo bien que había salido todo, sentí lástima por ella. Y, aunque no es fácil estar en mi posición en este momento, al menos puedo dar gracias por no estar en la posición de Daphne Trigg.

Las cosas que todavía no sé son: ¿por qué lo hizo Edward? ¿Qué va a pasar

ahora? ¿Qué pinto yo en todo esto?

Edward me ha dado muchas explicaciones por su infidelidad. Varían según su humor. Cuando se siente agraviado porque no respondo, me dice que es todo por mi culpa. Que soy fría, indiferente. Que nunca me he entusiasmado sinceramente con las cosas que a él le entusiasman. Esto es verdad. Cuando se siente desesperado ante la idea de que lo abandone, dice que es todo culpa suya; que tiene unos apetitos que no ha sido capaz de controlar. Esto puede ser verdad. Cuando se siente agraviado y desesperado al mismo tiempo, dice que es todo culpa de Daphne. Que ella lo sedujo. Esto no creo que sea verdad.

¿Qué va a pasar ahora? No sé lo que Edward piensa que va a pasar. Sé que no quiere que me vaya, pero tampoco ha dicho nada que me conduzca a pensar que está dispuesto a poner fin a su relación con Daphne para que yo me quede. Creo que está esperando; no sabe lo que yo pienso sobre lo que va a pasar. Ahora voy a llegar a la parte que resulta más dura.

Cuando me enteré de todo esto reaccioné con rabia. Me sentía como una mujer inocente, gravemente traicionada por aquellos en los que confiaba, aquellos a los que servía. Pero cuando me tranquilicé, comencé a cuestionar mi propia inocencia. Debido a ti. Nunca nos hemos visto, ¿cómo se puede comparar la correspondencia que mantengo contigo con un acto recurrente de infidelidad física?, me imagino que estarás exclamando para tus adentros. Deja que te lo explique. La parte menos importante de lo que ha hecho Edward, por lo que a mí respecta, es el sexo. ¿Qué más da? Si hubiera tenido esta conducta una docena de veces, con desconocidas y de modo esporádico, me sentiría decepcionada, pensaría que es un hombre débil, pero no habría afectado demasiado a nuestra vida de pareja. Con frecuencia me he preguntado, de hecho, si no habrá sucedido así, y por lo general he supuesto que probablemente sí; ahora estoy razonablemente convencida de que así debe de haber sido. Lo que resulta tan abrumador de su relación con Daphne Trigg, sin embargo, es que se trata de una relación prolongada en el tiempo y por lo tanto con una dimensión emocional. Se ha apartado de mí como persona, no solo como compañera sexual. ¿Lo empiezas a ver? Yo estoy haciendo justamente eso. Me estoy acercando a ti como compañero en mis emociones, y se lo he mantenido en secreto a mi marido porque nosotros, tú y yo, hemos llegado a un nivel de intimidad en este aspecto que le haría sentirse excluido y subestimado. Si se intercambiaran los papeles y yo descubriera un tipo de correspondencia como la que tú y yo hemos mantenido entre Edward y otra mujer, me sentiría excluida y subestimada, y debo suponer que para él será lo mismo.

Antes he dicho que Mary estaba incómoda, aunque no sabía nada de la infidelidad de su padre. Yo era la que le hacía sentirse así. Porque había compartido con ella nuestras cartas y mi hija había comenzado a comprender la distancia que estaba separándonos a Edward y a mí. Había percibido la posibilidad de que nuestro matrimonio se derrumbara, no por algo que él hubiera dicho o hecho, sino por lo que yo estaba diciendo y haciendo.

No puedo decirle a Edward que me voy, y marcharme con la cabeza alta. Tengo que reflexionar mucho sobre dónde hemos acabado ambos. Es posible que el momento en el que se inicia su aventura, poco después de que yo empezara a cartearme contigo, no sea una coincidencia; que yo pueda haberme apartado de él porque estaba más interesada en lo que nos estábamos contando tú y yo que en lo que Edward compartía conmigo. Más interesada en ti que en él. Tengo que hacer un esfuerzo para ver si hay una ruta que nos devuelva al punto donde empezamos. Se lo debo a mi marido porque no soy inocente. ¿Lo entiendes? Ahí lo tienes, te he hecho una pregunta. Tienes derecho a responderla. Sea lo que sea lo que envíes, lo leeré.

Sin importar lo que suceda, debes saber que esta correspondencia ha sido importante para mí; edificante, liberadora. No sé si te he expresado lo mucho que ha significado para mí; he sido, creo, menos generosa y más reservada que tú. Ahora siento que debo decírtelo: ha llenado todas las grietas de mi corazón y de mi mente. Pero me ha apartado del lugar en el que me asenté cuando me casé con Edward hace más de cuarenta años, y eso no está bien.

Tina

*Silkeborg*  
*8 de marzo*

Queridísima Tina:

Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo. Esta va a ser una carta larga. Sé que la vas a leer hasta el final. He reunido mis ideas lo mejor que he podido y espero que con esto baste.

Déjame empezar diciéndote unas palabras sobre el dolor. Esto es algo que entiendo bien. Cuando describes lo que se siente al estar en el apartamento de tu amiga Bella, me recuerda a una oficina que Birgitt alquilaba en Aarhus. ¿Alguna vez te he hablado de esto? Creo que no. Birgitt era diseñadora de formación, y de recién casados estuvo trabajando para una agencia, diseñando anuncios, pósters y folletos, pero ser empleada no iba con ella, así que empezó a hacer trabajos de diseño como autónoma, cuando se encontraba bien. Al principio trabajaba desde casa, pero quería mantener esta parte de su vida separada de su hogar y su familia, así que alquilamos una oficina en Aarhus. Cuando recibía un encargo, se iba en tren por la mañana y volvía a casa ya de noche. Eran días malos para mí. La esperaba en la estación, y hasta que no llegaba el momento en que la veía venir hacia mí, estaba convencido de que no volvería a verla. Yo odiaba que su oficina estuviera en Aarhus. Queda demasiado lejos para llegar rápido y, además, está a orillas del mar. Me imaginaba que algún día saldría de su oficina, se apartaría del camino a la estación y en su lugar iría al mar, al puerto, y encontraría un modo de ensimismarse en busca de aquello que había perdido de niña. Pero nunca lo hizo. Creo que malinterpreté el papel que su trabajo desempeñaba en la vida de Birgitt. Siempre estaba intentando mantener el equilibrio, y más adelante comprendí que esa oficina se encontraba en un extremo del balancín (he tenido que buscar esta palabra en el diccionario; me gusta), que ejercía de contrapeso aburrido y concreto frente a la atracción del océano y la liberación de la depresión del otro extremo. Los niños y yo estábamos en medio, así que jamás habría podido ir de la oficina al mar sin pasar

por mí en el camino.

Después de su muerte, no fui a la oficina hasta que pasaron varias semanas. Casi me había olvidado de ella, pero me di cuenta de que seguía pagando el alquiler y me acerqué a Aarhus para vaciarla. Llevaba años sin ir allí, y me resultaba completamente extraña, pero cuando abrí la puerta fue como si Birgitt acabara de marcharse. O más bien, como si todavía estuviera allí, pero escondiéndose de mí. Aunque la estancia era pequeña, estaba dispuesta de tal modo que cualquiera se pudiese ocultar tras una silla, bajo la mesa, entre la cortina y la ventana. Cuando murió, Birgitt hacía todo su trabajo en un ordenador; diseñaba páginas web, principalmente, y ya no necesitaba las mesas de dibujo y los armarios llenos de papel, cartulinas, lápices y pinturas que usaba cuando empezó. En su lugar, había dispuesto cojines y mantas a modo de nidos. Nunca había estado en una habitación tan llena y tan vacía. No me podía marchar, pero me resultaba muy duro moverme. Estaba allí, paralizado en el umbral de la puerta, cuando apareció por las escaleras un joven con una taza de café que se dirigía a su oficina en una planta superior. Ese chico me rescató. Me envió a comprarme una taza de café, y, cuando volví, había recogido las cortinas, doblado las mantas y puesto en orden los cojines de modo que ya solo parecía una estancia llena de mobiliario. Se quedó conmigo toda la mañana, y más gente del edificio se acercó a ayudar con cajas para empaquetar los archivadores y bolsas para tirar la basura. También había objetos. No los había visto antes, pero si alguien los hubiera puesto sobre una mesa en una calle por la que yo pasara, habría sido capaz de decir: «Mi mujer recogía ese tipo de cosas». No tenían nada que ver conmigo ni entre ellas, así que las metí en una caja y se las entregué a los amables dueños de las otras oficinas para que las tiraran, las regalaran o se las quedaran, como ellos quisieran. Como al final hicimos con los objetos que Birgitt dejó en casa (con un poco de ayuda por tu parte).

No quería extenderme tanto hablando de esto, solo describir mis sentimientos hacia una estancia parecida al apartamento de Bella, lleno de una persona que ya no está, pero al mismo tiempo vacío. Pero esto me ha hecho pensar, mientras lo escribía, en otras cuestiones que trataré más adelante.

Dices que no puedes creer que seas inocente debido a las cartas que me has escrito y que has recibido de mí. Mi primer pensamiento fue: eso no es así. ¿Y si —pensé— yo fuera un jovencito de veinticuatro años, o un anciano de ochenta y cuatro, que podría haber sido el caso? Entonces nadie vería un problema en las cartas que nos hemos intercambiado. No habrías sido culpable más que de ser amable con un muchacho con todo por aprender, o con un anciano que no tiene

en qué ocupar sus días. Pero mientras intentaba desarrollar esta idea con un argumento que pudiera presentarte para evitar que rechazases nuestra amistad, me di cuenta de que era un punto de partida débil. Nuestra correspondencia ha significado tanto para nosotros porque ambos hemos llegado al mismo punto en nuestras vidas. Tenemos más a nuestras espaldas de lo que nos queda por delante. Caminos elegidos que nos definen, pero tiempo suficiente para cambiar. Así que voy a decirlo de una vez: estas cartas han creado una conexión entre nosotros que nos coloca en la posición de ser amigos íntimos. Aunque nunca nos hayamos visto. Estoy más interesado en tus opiniones que en las de gente a la que veo todos los días. Me gustas más que gente a la que veo todos los días. Si llegáramos a conocernos en persona, creo que los sentimientos que tengo hacia ti podrían pasar de la simpatía al amor. Voy a reescribir esta última frase: cuando nos conociéramos en persona, creo que los sentimientos que tengo hacia ti pasarán de la simpatía al amor. A pesar de lo que acabo de escribir, sigo sin estar de acuerdo contigo en lo de que tengas algún tipo de culpa. La culpabilidad viene determinada por las circunstancias. Y las circunstancias nunca están claras. Deja que te cuente una historia de mi infancia.

Cuando tenía dieciséis años y todavía vivía con mis padres en Aarhus, me encontraba una tarde paseando por el parque y empezó a oscurecer. No había nadie. De pronto, una niña apareció corriendo de detrás de unos arbustos al lado de mi camino. Era una niña pequeña, de unos tres o cuatro años. Cuando me vio, corrió hacia mí llorando porque había perdido a su madre. Miré a mi alrededor. Nadie. Agarré la mano de la niña y miré detrás de los arbustos. Luego, como seguía sin ver a nadie y la niña estaba muy alterada, me puse a caminar hacia casa con la pequeña. No se me ocurría qué otra cosa hacer. Tengo una hermana, menor que yo, y actué como si esa niña fuera ella. Salí del parque, y ya había recorrido trescientos o cuatrocientos metros por la acera cuando la madre de la niña apareció corriendo detrás de mí, gritando el nombre de la pequeña, y me la arrancó de la mano. Por lo visto, la mujer no andaba lejos cuando la niña salió de detrás de los arbustos. Estaba fuera del parque, colocando a su bebé en la sillita, y en un momento de distracción la niña había salido corriendo de regreso al parque para seguir jugando al escondite, como habían estado haciendo. Cuando la madre se dio cuenta de que la niña se había ido, pensó primero en el tráfico y en las calles atestadas, y se dedicó a recorrer las aceras, pidiendo a la gente que la ayudara a buscar a su hija. De modo que, además de la madre, había otras personas, hombres y mujeres, arremolinándose a mi alrededor. Pensé (solo tenía dieciséis años y no era muy maduro) que me iban a felicitar por haber

encontrado a la niña perdida. Pero, evidentemente, solo veían a un joven que agarraba la mano de una niña y se la llevaba lejos de su madre. Uno de los presentes dijo que era policía y anotó mi nombre y dirección, luego me condujo a su coche y me llevó a casa para confirmar mi historia. Le contó a mi madre lo que había pasado, censurando mi comportamiento. No debería haberme llevado a la niña del parque. Tendría que haberme quedado donde estaba y haber pedido ayuda, o haberme acercado a la puerta más cercana y parar a la primera persona que pasase para pedirle que avisara a la Policía. Técnicamente, dijo el agente, yo era culpable de secuestro.

Mientras el agente estuvo en casa, mi madre convino en lo que el hombre decía, pero en cuanto se marchó, me dijo que «culpable» no era la palabra correcta. «Culpable» implica saber qué es lo correcto y elegir la vía contraria. Dijo que yo había cometido un tropiezo —estoy seguro de que hay una palabra inglesa adecuada para nombrar esto, ya me dirás cuál es, por ahora solo puedo aventurarlo—. Había hecho algo mal, pero creía que estaba haciéndolo bien. (En este punto de la historia me doy cuenta de que seguramente pensarás que en Dinamarca siempre estamos perdiendo niños, porque también te he contado la historia de Birgitt cuando era pequeña, pero las dos historias no guardan conexión en mi mente. La niña que yo encontré estaba jugando a perderse).

Cuando pienso en lo que pasó aquella tarde, me doy cuenta de que, si yo era culpable, si había cometido un tropiezo, era porque las circunstancias lo habían hecho inevitable. Si la madre se hubiera preocupado más de tener a su hija cerca; si a la niña le hubieran enseñado a no salir corriendo ni en broma; si a mí no me hubieran educado para creer que era mi responsabilidad cuidar de mi hermana, entonces todo aquello no hubiera sucedido.

Estoy seguro de que ya captas por dónde voy. Comprendes lo que estoy intentando decir con esta historia de hace tanto tiempo. La madre era una buena madre, la niña era una buena niña (nos conocimos, más adelante, cuando todo estaba tranquilo, y lo sé) y yo era un buen chico. A pesar de esto, estuvo a punto de suceder lo que podría haber sido una tragedia para algunos o para todos nosotros.

Edward, por lo que me has contado, aunque fuese antes de conocer la verdad, es un buen hombre. Tú eres una mujer honesta. Son las circunstancias de vuestro matrimonio las que han creado una situación en la que él, sin lugar a dudas, te ha traicionado; y tú has cometido el tropiezo (volveré a usar esa palabra) de comportarte de un modo en el que, como mujer honrada que eres, crees que no debes comportarte con el hombre con el que te casaste. En la historia que te he

contado, la responsabilidad de lo sucedido era principalmente de la madre. Así lo reconoció ella misma después de que todo pasara. ¿De quién dirías que es la responsabilidad de lo sucedido en tu historia? Los dos sois culpables de querer más de lo que os está dando vuestro matrimonio. Quizá deberías haber intentado buscar más, pero eso hubiera requerido que uno de vosotros, o los dos, sacrificase algo, y ya me has contado que la vida que has llevado como resultado de la decisión de casarte ha sido un sacrificio.

Tus padres, sus padres, Edward y tú, estáis todos implicados en la organización de este matrimonio. Si se está derrumbando, ¿a quién se puede culpar de ello? ¿A aquellos que en un principio conspiraron para hacer que se celebrara? ¿O a los que se arriesgaron a dar el primer paso que podría ponerle fin? No estoy seguro de que la culpa sea tuya. Puede que llevemos más tiempo carteándonos que Edward acostándose con Daphne Trigg, pero Edward era consciente de estar saltándose las reglas desde el principio. Tú solo estabas buscando un modo de entender en quién te habías convertido. Tuvimos la suerte —por una vez, la palabra inglesa me parece débil—, la suerte de que, gracias a esa necesidad de comprensión, tú y yo nos hayamos encontrado. No puedes creer que la falta que tú estás cometiendo, escribirme, sea comparable a lo que está haciendo Edward. Y ahora voy a ser práctico. Usaré el enfoque que adopto para tomar decisiones en el trabajo. ¿Qué opciones tenemos? ¿Cuáles son las implicaciones de cada una de esas opciones? Deja que haga un listado:

1. Nada cambia. Edward y tú seguís viviendo juntos en la granja. Él sigue viéndose con Daphne Trigg y nuestra amistad sigue adelante. El único cambio es que, ahora, los dos sabéis la verdad.

Cuando fuiste al gallinero el día que lo descubriste, esto te hubiera parecido imposible, jamás hubieras pensado en ello. Pero mi experiencia es que llegar a un arreglo es la opción más sencilla con la que todo el mundo puede estar de acuerdo. «Está bien», se suele decir, «puede que no sea la solución perfecta, no ataja el problema de raíz, pero a fin de cuentas es una alternativa factible sin ninguna implicación negativa importante». De este modo, reuniones que empiezan con la certeza de que, pase lo que pase, las cosas tienen que cambiar, suelen terminar con la decisión de un mínimo cambio en un sentido u otro, pero dejándolo todo como estaba.

Ya comprenderás por qué esta opción es una mala idea, pero voy a recordártelo: seguramente perderás tu amor propio; sabrás que no puedes fiarte del futuro, porque el cambio seguirá siendo inevitable; nada cambiará a mejor. Sin embargo, por otro lado, esta opción salvará tu matrimonio, y no quiero que

pienses que estoy sugiriendo que esto no sea importante.

Aunque sé que siempre te has definido como alguien favorable al equilibrio, lo cual implica llegar a arreglos, no puedo creer que seas la clase de persona que aceptaría esta opción.

2. Restauración. Edward y tú seguís viviendo juntos en la granja. Él pone fin a su relación con Daphne Trigg. Tú dejas de cartearte conmigo.

Esta vía es la que elegiría un optimista. Alguien con el convencimiento de que, con un poco de esfuerzo y buena voluntad, se puede conseguir que lo que no ha funcionado en el pasado funcione en el futuro. Es una opción que podría parecer que no tiene desventajas. Es como restaurar un ordenador infectado a una configuración anterior, en la que todo funcionaba con normalidad. Supone que el virus se puede eliminar. Esta opción sería una catástrofe para mí, pero quiero la mejor salida para ti, y si esto es lo que deseas, me gustaría que fuese la que tú y Edward elegís. Solo diré, antes de que lo hagas tú: no deja lugar a encontrar las frambuesas que se quedaron sin recoger. No habrá nuevos helechos desplegando sus hojas.

3. Represalia. Tú te quedas en la granja, y Edward se marcha y se va a vivir con Daphne Trigg, pero sigue (es su trabajo) llevando la granja.

La primera vez que pensé en las opciones descarté esta. Sería la elección de alguien que disfruta con el papel de mártir, alguien a quien le gusta castigar, aunque el dolor del castigo sea compartido. No te imagino en ese papel.

4. Revolución. Te vas.

Adónde vas, qué vida te creas, son decisiones que, después de tomar la primera, necesitarás abordar con el tiempo. Las opciones son demasiadas para incluir en una lista. Demasiadas frambuesas para contarlas todas. Al principio solo tendrás que decidir dos cosas: adónde ir primero y cuánto tiempo necesitas para tomar la siguiente decisión (que, por supuesto, podría incluir una variante de cualquiera de las antes mencionadas).

Hace falta valentía para tomar esta vía. Tengo la esperanza de que seas valiente. Somos diferentes, me doy cuenta, en el modo en que reaccionamos a las malas noticias. Tú has tenido la valentía de enfadarte, mientras que yo creo que me hubiera hundido en la pena, en la melancolía. En cierto modo, Birgitt solo fingía estar casada conmigo, igual que Edward ha fingido que te era fiel. Juntos, nuestras vidas estuvieron llenas de ternura pero fueron tristes. Los niños se impacientaban con ella, en ocasiones incluso se enfadaban, pero yo solo era capaz de responderle con simpatía y cariño. Quizá le permití muchos caprichos. Quizá nos hubiera ido mejor si yo hubiese sido más enérgico, si hubiera insistido

en que era posible. Me gusta que estés enfadada. Puedes ser enérgica con Edward, insistir en que ponga fin a la relación.

No puedo ocultarte lo mucho que deseo, por tu bien y por el mío, que elijas la vía revolucionaria.

Te dije que volvería al asunto de la oficina vacía de Birgitt. Es en el vacío en lo que quería que pensases. Si, como resultado de una decisión que ahora tomes, desaparecen de tu vida personas que ahora están presentes en ella, ¿cuál de esas ausencias dejaría un mayor vacío en la estancia?

Esperaré.

Con amor,  
Anders

*Escocia*  
*20 de marzo*

Mi querido Anders:

Ya he elegido. Creo que es la decisión que siempre hubiera tomado. O quizá no lo hubiera hecho sin ti. Me encuentro en un lugar desconocido para mí y donde nadie me conoce. Estoy en una casita en la costa oeste de Escocia, contemplando el tiempo que llega por el Atlántico y que a su paso cambia el aspecto de las colinas, las rocas y el mar. Esto es todo lo que veo por las ventanas: colinas, rocas y mar. No he ido a ninguna parte desde que llegué, hace ya cuatro días. Mañana viajaré en coche y me recorreré los pliegues de tierras vacías en busca de un lugar donde poder comprar las pocas cosas que necesito para estar cómoda: pan, leche, queso y vino. Tengo suficientes libros. Tengo suficiente leña. He dejado atrás la rabia y la angustia, y he encontrado algo parecido a la satisfacción. La tristeza puede estar asomando en el horizonte, pero de momento no ha empezado a soplar.

No tenía tomada ninguna decisión cuando leí tu última carta; no me encontraba en un estado mental como para tomarla. De hecho, me acababa de dar cuenta de que era a mí a quien correspondía hacerlo. En mi mente, como te dije en la última carta que te escribí, yo pensaba que no era inocente, y que le debía a Edward intentar encontrar un modo de superar esto sin romper nuestro matrimonio. Creo que estaba esperando a que él anunciara lo que estaba dispuesto a hacer, las promesas que haría, los arreglos que sugeriría para que pudiéramos seguir adelante. O hacia atrás, mejor dicho, a alguna versión de la vida que habíamos llevado en el pasado. Cuando leí las opciones que sugerías que se abrían ante mí, me puse a pensar en mi matrimonio, por primera vez, como algo que no era inamovible. Y si esto era así, pensé, ¿cómo podía yo cambiarlo? Todavía pensaba con cierta distancia; como si las decisiones a tomar no fueran mías; como si tuviera que esperar a que sucediera algo que desencadenase otra cosa, y así dejar que la vida siguiera sin tomar nunca una

decisión.

Y algo sucedió. Edward me envió un mensaje preguntándome si podíamos quedar para vernos. Decía que necesitábamos pasar página. Fue un mensaje verbal. Si me hubiera escrito, yo reconocería su letra por las listas, instrucciones y notas garabateadas y dejadas en la mesa o clavadas a una viga en el hangar. Sin embargo, creo que nunca he recibido nada personal dirigido a mí que estuviera escrito por él. Hubiera apreciado una nota, incluso ahora, pero cómo iba él a saberlo. Hizo lo que siempre ha hecho: le pidió a Andrew que me hiciera llegar el mensaje. Yo le envié una respuesta. Un mensaje también verbal. (Para ser justa, y lo estoy intentando, yo también le he escrito muy pocas cosas personales a Edward. Quizá alguna que otra postal). Fijé una fecha en la que podía visitarme en el apartamento de Bella. Me parecía que podría preservar mi distanciamiento si no nos veíamos en la granja.

En el día y la hora que yo dispuse, llovía. Si me preguntas, supongo que lleva casi todo el mes lloviendo, pero probablemente me equivoque. Casi no ha brillado el sol, de eso estoy segura. Estaba mirando por la ventana de Bella cuando llegó el Land Rover y se bajó Edward. Me parecía más bajito y rechoncho de lo que me esperaba, visto desde arriba. Entonces se abrió la puerta del copiloto y Daphne Trigg se deslizó del asiento y corrió a refugiarse en el portal del bloque de apartamentos. Al momento pensé en tu primera opción, la de «Nada cambia».

Los invité a pasar. En el apartamento de Bella, Daphne parecía ordinaria y Edward, incómodo. Los invité a sentarse. Les dejé hablar. Edward comenzó. Me contó que la casa era un lugar triste sin mí, y que para él era importante que yo volviera. Daphne carraspeó y movió inquieta el trasero en los cojines del sofá. Sin embargo, dijo Edward, yo debía comprender que no era la única con derecho a ser tenida en cuenta en el arreglo al que llegáramos. Él también se preocupaba por Daphne, y no era tan cruel como para dejarla tirada ahora que toda la historia se había descubierto. Confiaba en que yo reconociera que Daphne tenía derecho a su parte de felicidad.

¿A qué te refieres?, le pregunté, cuando me pareció que se había quedado sin frases hechas —estuvo hablando más tiempo, empleó más palabras y fue mucho menos claro de lo que te cuento—. Y así, poco a poco, lo fueron soltando. Daphne fue asumiendo la tarea de explicármelo, y yo no daba muestras de estar absolutamente en contra de aquella idea. Ambos se fueron relajando y actuaron con más confianza. Me explicaron que Edward compraría una casa para que Daphne viviera, más cerca de la granja que ahora. Esta sería, por así decirlo, la

segunda residencia de Edward. Yo mantendría mi estatus de esposa, mi preciosa casa grande, llevaría mi vida exactamente como había hecho hasta entonces, de modo que, ¿por qué iba a negarle a ella esto? ¿Por qué iba a negárselo a Edward? Nos comportaríamos como adultos, sin hacer daño a nadie.

Me pregunto si tuvieron alguna posibilidad de convencerme de ello, teniendo en cuenta que estaba dispuesta a aceptar otros puntos de vista. Espero que no. Aunque Edward sabe cómo encandilar, y he vivido mucho tiempo con él, así que podría haberme ablandado, haberme apiadado un poco de él y haber buscado un modo de calmar el dolor en el que vivía mi esposo, enfrentado a esta alteración de su ordenada vida. Podría haberme rendido debido a la conexión instintiva entre mi marido y yo. Ya no lo llamo amor, aunque ese era el nombre que le he dado y que he estado usando con él durante los años de nuestro matrimonio. Pero Edward no había venido solo, y Daphne era tan frívola, tan egoísta en todo lo que decía, y a su lado Edward parecía débil e inseguro. Ni siquiera podía afirmar que se tratara de una solución deseada por él, o si ella lo había manipulado para que me lo pidiera. Y, por supuesto, ya no soy la mujer que era antes de que empezara a escribirte. Me he vuelto más franca conmigo misma a medida que soy más franca contigo. Eso me ha proporcionado fuerza y valentía.

No se iban a marchar hasta que yo les respondiera con algo, así que les dije que me lo iba a pensar. Aquello les convenció, a pesar de lo inconcreto de esa frase, y de que yo no tenía claro sobre lo que iba a pensar, aunque ellos asumieron que me refería a la proposición que me habían planteado. Pero se equivocaban. En realidad, me dediqué a pensar en las otras opciones que tú me sugeriste. Pero no en el orden en que tú me las planteaste. Primero pensé en la revolución y comprendí la pregunta que querías que me formulara: ¿para mí una estancia estaría vacía si Edward no estuviera en ella? La respuesta a esto no es sencilla, y pensar en ello me llevó a las opciones dos y tres. Y te diré por qué. Tiene que ver con la granja. ¿Lo echaría de menos si no estuviera en nuestra casa? Sí.

Sin Edward, en casa reinaría un gran vacío. Apenas podría soportar moverme por los lugares donde él pasa los días: la cocina, donde se sienta, come y habla; la salita, un cuartito pequeño, cómodo y desordenado junto al recibidor donde tiene el ordenador y el teléfono; el *parlour*, donde se sienta con su bebida tras una jornada de trabajo. Estas habitaciones no tendrían sentido si Edward no anduviera cerca, a punto de entrar o recién salido de una de ellas. Pero esto solo se cumple en la granja. Si tuviera que elegir tu tercera opción y reclamase mi derecho a vivir allí yo sola, obligándolo a mudarse a otro sitio, él podría pasar en

otra casa el resto de su vida, da igual de cuánto tiempo estemos hablando, porque cuando finalmente ya no estuviera, las habitaciones no guardarían rastro de él. El olor característico de una vida llevada al aire libre, entre animales y maquinaria, no tardaría en desvanecerse. Cuando Edward muriera, nadie miraría a su alrededor de repente esperando verlo, como yo espero ver aparecer a Bella en su apartamento. Bella solo vivió en su apartamento un período de tiempo. Pero como era tan vital, tan especial, tan ella misma, bastaba con que hubiera vivido un tiempo allí para que su esencia perviviera en el ambiente cuando ya no estaba entre nosotros. La oficina que describiste no es un sitio en el que vieras habitualmente a Birgitt, no era un lugar que ella visitara a menudo, si te he entendido bien, pero aunque no hayas estado allí antes, eres capaz de entrar en un espacio que ella ocupó y sentir su ausencia. Yo sentiría la ausencia de Edward únicamente vinculada a la estructura de las edificaciones del lugar donde nació.

Me he dado cuenta, al reflexionar sobre mi matrimonio —algo que he hecho con más frecuencia últimamente desde que empezamos a cartearnos—, que mientras yo me he entregado de lleno en todos los aspectos prácticos, también me he guardado algunas cosas. He mantenido al margen la parte de mí en la que vivo cuando nadie y nada demanda mi atención. Nunca le he escatimado mi devoción a Edward, a sus necesidades físicas y emocionales. He considerado que era mi tarea hacer todo lo posible para que él estuviera cómodo y apoyarlo en su trabajo. Pero no he conseguido amar la granja como él la ama. Me he sentido como un plumero pasando sobre sus superficies, limpiándola. Si a Edward se le pudiera convencer alguna vez de que pusiera en palabras este tipo de ideas fantasiosas, se vería como el corazón y los pulmones del lugar, manteniendo su constante bombeo. Si pudiera decirme la verdad, se vería obligado a reconocer que para él la granja era más importante que yo; que me ama porque formo parte de los engranajes y pistones que la mantienen en marcha.

Tras pensar todo esto, me pregunté cómo habrían sido las cosas si Edward no fuese agricultor, si no estuviera tan obsesionado con el lugar y el trabajo. ¿Habría sido yo capaz de revelar mis pensamientos y sentimientos más recónditos, y de llegar hasta ese punto en que me pareciese que una habitación, en ausencia de Edward, estaba vacía? Qué tontería, te estarás diciendo; esto es como decir «Si me hubiera casado con otra persona, podría haber sido más feliz». Qué tontería, me dije, en cuanto la idea se formó en mi mente. Es como decir que su relación con Daphne Trigg —una mujer mucho más superficial que yo, mucho más clara en sus expresiones de alegría, pena y descontento— está en cierto modo justificada por el hecho de que, mientras yo podía aceptar la idea de

haberme casado con el hombre, no era capaz de aceptar mi posición en la jerarquía; subordinada a la granja, con todo su peso de historia y su carga presente de trabajo duro. Nada justifica lo que hizo; nada justifica la propuesta que me ofrecieron. Aceptarla nos hubiera rebajado a todos.

Desde la ventana del piso de Bella, contemplé a Daphne y Edward saliendo del edificio. Daphne dio un paso fuera del portal y volvió a entrar. Seguía lloviendo. Edward corrió por el aparcamiento hasta el Land Rover y lo acercó todo lo que pudo al lugar donde se guarecía Daphne. Este era un gesto de caballerosidad que no hubiera esperado que hiciera por mí. Lo habría hecho, debo reconocerlo, si yo se lo hubiera pedido. Pero yo jamás se lo habría sugerido. Si hubiera estado en el lugar de Daphne, habría aceptado que el coche estaba allí mismo, que yo no me encontraba muy lejos y que tenía piernas. Quizá, en cierto sentido, Daphne sea mejor para Edward que yo. Le obligaré a prestarle atención.

A lo largo de aquella tarde lluviosa comprendí que yo era necesaria para Edward en la medida que servía al objetivo de mantener su comodidad; es decir, que no era realmente necesaria. Y, siendo así las cosas, no tenía motivos para quedarme.

Al día siguiente me acerqué a la granja y entré en la cocina, donde Daphne y Edward estaban sentados a la mesa tomando té, igual que Edward y yo hemos hecho durante tantos años. Me fijé en que estaban usando mi funda para la tetera. Edward retiró su silla y se incorporó, con el rostro colorado y una expresión esperanzada. Daphne acababa de llevarse una taza a los labios y no sabía si seguir y beber, o si posarla. En ese momento de indecisión, se le cayó y reventó contra el suelo de piedra. Los fragmentos se dispersaron desde el punto de impacto y se alojaron en rincones y bajo muebles en los que estoy segura de que permanecerán durante meses.

—He venido a recoger algunas cosas —dije, y pasé por delante de ellos.

—¿Te vas? —dijo Daphne. Sonaba ilusionada. No tenía ni idea del peso que estaba dejando caer sobre sus hombros al marcharme de la habitación.

Edward vino detrás de mí. Cuando empecé a recoger mi ropa, cerró la puerta de nuestro dormitorio y me dijo que, si con ello conseguía que me quedase, dejaría de ver a Daphne. No hacía falta seguir el camino que habían propuesto el día anterior si yo no quería. Las cosas podían volver a ser como antes.

—No me voy solo por Daphne —dije—. Me voy porque no me parece que la

vida que estoy llevando, aquí contigo, sea todo lo que siempre quise tener. — Edward se sentó en la cama y hundió la cabeza entre las manos—. La vida que has llevado conmigo tampoco es todo lo que tú querías, ¿verdad? —añadí—. Si lo hubiera sido, no habrías acabado con Daphne.

—Estás diciendo que no es todo por mi culpa —dijo.

—Eso estoy diciendo.

—¿Volverás?

—De visita. Tengo dos hijos y dos nietos que viven aquí.

—¿Adónde irás?

—Ya te lo diré cuando llegue.

Me llevó las maletas al coche. Daphne seguía sentada a la mesa, rodeada por un círculo de trozos de taza. Al pasar, agarré la funda de la tetera y me la guardé en el bolso.

—Vaya... —dijo.

—Téjete otra —dije, lo cual fue bastante mezquino pero reconfortante.

Edward todavía seguía mirándome cuando me marché y giré al final de la carretera de acceso. Le queda todo lo que más le importa en la vida, y sinceramente creo que será tan feliz sin mí como conmigo, una vez que haya encontrado a otra que le haga las tareas del hogar. Y esta no será, estoy segura, Daphne.

He estado releendo *La gente de la ciénaga* aquí, en mi puesto de avanzada, entre turberas y suelos ácidos. He vuelto a mirar las fotos del cadáver del hombre de Tollund y he leído las descripciones de las partes mejor conservadas —el corazón, los pulmones y el hígado; el tubo digestivo; los órganos sexuales; el gorro—. Me he traído mi pasamontañas de punto —aquí también sopla mucho viento y hace frío— y creo, mientras me lo pongo para salir a dar un paseo, que estoy conservada del mismo modo. Todo lo vital sigue en su sitio, pero suspendido. Mi piel, como la suya, está un poco descuidada; mi cerebro se ha encogido un poco. El profesor Glob describe el gesto del hombre de Tollund como una combinación de «majestuosidad y dulzura». Desearía que mi rostro también fuera así, blando pero majestuoso. Me miro en el espejo y me imagino más parecida al hombre de Tollund.

¿No fue así como empezamos?

Las frambuesas crecen bien en Escocia, y también los helechos. Es muy pronto para que las matas de frambuesa den fruto, pero los helechos pronto empezarán a abrirse. Sé que todavía tengo decisiones que tomar, pero necesito tiempo para contemplar estas cosas antes de hacerlo.

Tina

*Silkeborg*  
*21 de marzo*

Queridísima Tina:

Te espero. Te esperaré todos los días entre las doce y las dos en punto en la cafetería del museo. Estaré mirando hacia la puerta, esperando a que llegues. No hace falta que me avises de que vienes; aunque nunca he visto tu cara, te reconoceré. Sabré que eres tú por la imagen que me has estado ofreciendo todos estos meses: un retrato de palabras. He escuchado todo lo que me has contado y los silencios en los que he oído las cosas que no decías. Espero que sonrías cuando atraveses la puerta, porque por fin habrás llegado al lugar en el que siempre quisiste estar. Yo estaré sonriendo porque estaremos juntos. En la misma sala.

El museo abre todos los días.

Aunque no recibas esta carta, sabrás que te estoy esperando. El hombre de Tollund te espera también, lleva esperando tu llegada dos mil años. Por favor, ven.

Con mi amor, siempre,  
Anders

## Nota de la autora

El hombre de Tollund es un cuerpo perfectamente conservado, de alrededor del 250 a. C., desenterrado en 1950 de una turbera en un remoto rincón de Jutlandia. Lleva un gorro en la cabeza, un cinturón alrededor de la cintura y un lazo alrededor del cuello. El profesor P. V. Glob fue el arqueólogo danés responsable de la excavación y el posterior estudio de estos restos. Escribió un libro, *La gente de la ciénaga*, que se publicó en 1969, sobre este y otros descubrimientos. En 1970, Seamus Heaney compuso un poema titulado «El hombre de Tollund», que apareció en su colección *Huyendo del invierno*, en 1972.

En 2010, Heaney publicó un artículo en *The Times*, reconsiderando sus ideas sobre el hombre de Tollund, antes de lanzar un nuevo poemario, *Cadena humana*. Encabezando el artículo había una fotografía del «rostro templado y meditabundo, perfectamente conservado, de un vecino de la Edad del Hierro». Desde entonces tengo esta foto clavada en mi pared. Cada uno de los aspectos del hombre de Tollund que Heaney resalta en esta gráfica sentencia me fascina. La extraordinaria conservación del cuerpo de un hombre que falleció hace dos milenios, cuando los cadáveres de todas las personas que han muerto y he conocido en vida se han perdido por completo. Aunque sabemos que sufrió una muerte violenta, su expresión de serena contemplación, haría de él un portador de consuelo, si pudiera hablar. Su parecido con los hombres y mujeres de hoy, que viven al otro lado de la carretera, que pasean por la misma calle y dan por sentado cuáles son las cosas por las que habría luchado en su vida: comida, seguridad, calor. *Nos vemos en el museo* ha nacido de mi contemplación del rostro del hombre de Tollund.

No me he inventado el Museo de Silkeborg. Existe, tal y como lo he descrito, y quien tenga la fortuna de estar en Dinamarca y disponga de tiempo, puede visitarlo. Me he inventado a una persona llamada Anders a la que me imagino trabajando allí. Ni la persona ni el trabajo que hace se basan en ninguna de las personas que se encuentran en esta joya de museo ni en los trabajos que realizan.

# Agradecimientos

Gracias a:

James Hawes, por sus ánimos, apoyo y consejo. Judith Murray y el equipo de Greene and Heaton (mención especial para Rose Coyle y Kate Rizzo), y Jane Lawson y el equipo de Transworld, por ser tan buenos en lo que hacen.

Fiona Clarke, Dra. Sarah Milliken y Rebecca McKay, por darme una primera impresión.

Ceri Lloyd, Bev Murray, Elizabeth Crowley, quienes, junto a Rebecca McKay, son unas amigas de escritura indispensables.

Deborah Warner, por prestarme la cabaña inspiradora.

# Notas

[1] Fiddler's Hill significa literalmente «la colina del violinista» en inglés. (*N. del T.*)

[2] Nombres propios en inglés cuyo significado literal es rosa, romero y laurel. (*N. del T.*)

## Sobre la autora



**Anne Youngson** vive en Oxfordshire, y tiene dos hijos y tres nietos. *Nos vemos en el museo* es su primera novela, escrita a la edad de setenta años, y que, tras el sorprendente éxito cosechado, se publicará en varios países.

La edad y el talento innato de la autora para la escritura nos regalan un texto profundo, con fragmentos de gran sutileza que autores más jóvenes probablemente no habrían sabido crear, y en el caso de que se hubieran acercado, es muy posible que hubieran recurrido al artificio en un intento de llamar la atención. La autora opta por un enfoque más cotidiano, como casi todo en la vida, que proporciona a sus observaciones una credibilidad especial.



MAEVA

*MEET ME AT THE MUSEUM*

© ANNE YOUNGSON, 2018

© De la traducción: ÁLVARO ABELLA, 2019

© MAEVA EDICIONES, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

Diseño de cubierta: Opalworks

Foto de la autora: © Adrian Sherratt

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17708-52-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

## Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

Maeva Ediciones en las redes sociales

